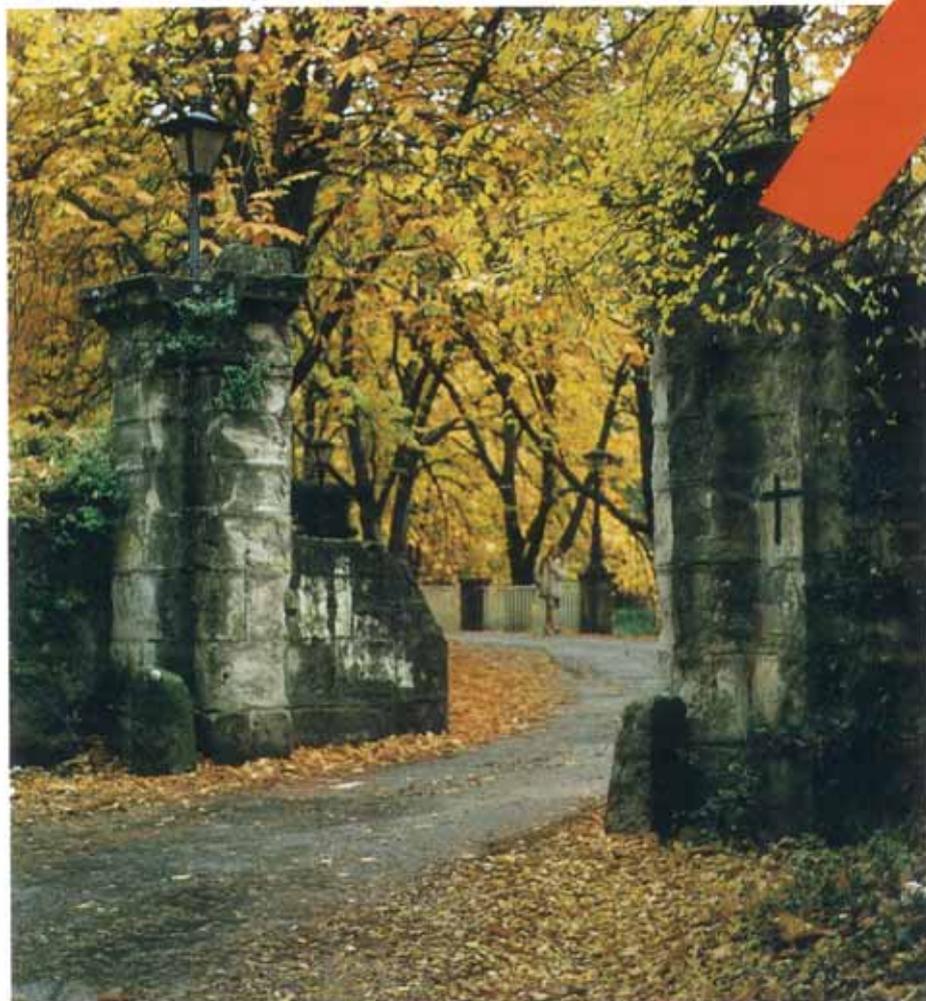


POR NAVARRA

Víctor Manuel Arbeloa

I. DE LEYRE A MAÑERU



Prólogo de José M.^a de Areilza

POR NAVARRA

*Varios de estos artículos han sido publicados en DIARIO DE NAVARRA.
Algunos otros se han publicado también en DEIA, LA GACETA DEL NORTE
y NAVARRA HOY.*

Fotos, ilustraciones de artículos, cedidas por Institución Príncipe de Viana.
Foto de portada: Cedita por Ayuntamiento de Pamplona.

Impreso en I. G. Castuera, S.A. - San Blas, 4 - Burlada.

I.S.B.N. 84-398-5508-7

D.L. NA 1.500 - 1985

POR Víctor Manuel Arbeloa
NAVARRA

DE LEYRE A MAÑERU

I

Prólogo
José M.º de Areilza

PROLOGO

«Navarra será un día el asombro del mundo» exclama uno de los personajes del teatro clásico inglés... Del mundo no sé. Pero de cuantos ciudadanos del mundo actual la visitan puede decirse sin exageración que caen prendados casi todos en las redes de su singular y esotérico encanto. ¿Qué tiene Navarra de fascinante y de original que no tengan otras tierras colindantes de parecida geografía física y humana? Muchas veces he reflexionado acerca del tema tan de actualidad para los que pensamos que la vida de una nación debe ser también una meditación continuada sobre ella.

El libro que va a tus manos, querido lector, titulado: «Por Navarra», da respuestas a esas preguntas que nos hacemos. El autor, Víctor Manuel Arbeloa, espíritu sutil y cultísimo, temporalmente perdido en la batalla política, ofrece aquí un conjunto de crónicas y relatos en que se describen con pluma amena y repleta de matices irónicos, muchos aspectos de la Navarra actual visitada amorosamente por él. Víctor Manuel es el moderno visitador de Navarra. No como inspector canónico de brujerías o desafueros sino como viandante curioso de montañas, valles, cuencas de ríos, santuarios, lugares, villas, ciudades y fuertes. El fue, como el Arcipreste, caminante de veredas solitarias transitadas por pastores (ya no hay serranas) y ganados.

A ratos la prosa se convierte en poesía y hasta en pregón jocoso. Arbeloa conoce los rincones del viejo Reino con minuciosa exactitud, como solamente es posible conocer lo que se ama de veras. ¿Cuál es el mejor sistema para llegar a captar la esencia de un pueblo? Vivir dentro de él, es un buen método pero no todo el mundo puede practicarlo. El otro camino consiste en escuchar o en leer lo que nos cuenta quien lo visitó. Ahora bien, hay muchos que viajan por un país pero llevan puestos desde que arranca la diligencia, el tren o el coche moderno, unos anteojos de cristal determinado, que obliga a lo que se ve a transformarse en argumento en favor de una tesis. Son los viajeros que tratan de demostrar una cosa. Si ésta no cabe en el esquema previo, se suprime radicalmente. Así se obtienen versiones parcialísimas que nada tienen que ver con lo que realmente ocurre en la realidad.

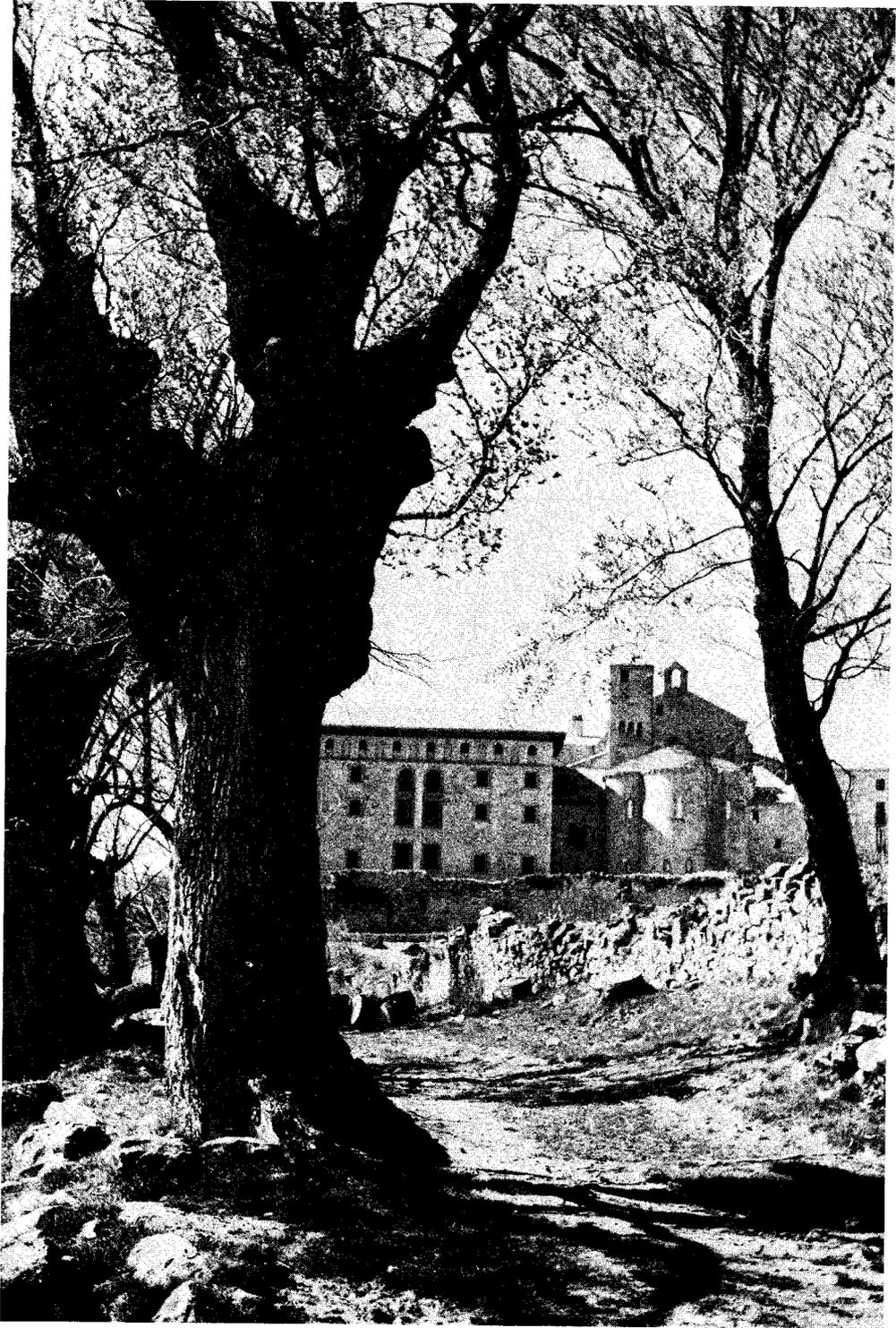
Arbeloa no es un escritor condicionado, ni busca munición para combates dialécticos. Es un observador neutral y atento. Su versión de Navarra es directa y vivida. Los paisajes se extienden ante el lector, y el campo huele a heno segado o alfalfa empacada. Las romerías estallan en un jolgorio ruidoso y alucinante. La montaña navarra tiene algo de misterioso y sagrado y Víctor Manuel se acerca a ella con un punto de escepticismo y una pizca de temor a lo ignoto. Recuerdo haber bajado con él en cierta ocasión por las riberas del Urrobi volviendo de Roncesvalles. Me fue explicando con sosegado ritmo lo que el itinerario ofrecía al que supiese mirar. Encinas perennes se alzaban junto al haya encendida del Otoño. Los robles caedizos y la erguida chopera de oro iban desfilando ante mi vista como en un «vídeo» admirable al que ponía contrapunto el relato puntual de Arbeloa. Cada encañada tenía su historia; cada puente su batalla; cada molino su leyenda; los restos de un palacio evocaban un privilegio de Sancho el Fuerte; mien-

tras que otro, calcinado, pereció entre las llamas encendidas por los cristinos para castigar al propietario, un noble carlista, ayudante de don Carlos María Isidro. Apenas había habitantes en el trayecto. Tan solo un yegüero que llevaba su rebaño de yeguas jóvenes, trotonas y saltarinas a lo largo del agua. ¡Qué original y bellísima versión de lo que es un pequeño río que baja del Pirineo! Aparentemente, nada; un montón de nieve que se deshace camino del Sur. Y sin embargo ese cauce va explicando a través de ambos bordes la historia entera de un pueblo, desde siglos atrás.

Me gustan sobremanera algunas de las páginas de este espléndido libro. Las relativas a Leyre, por ejemplo. Las que hablan de Codés, el Montserrat navarro, donde se refugiaron los cristianos fugitivos arrojados de la ciudad de Cantabria por el furor arriano. Las procesiones de San Fermín y de Corella. Y las descripciones de los Valles de Olo y de Lerín. Por no citar sino unos cuantos capítulos, verdaderamente, ejemplares.

Leyendo a Víctor Manuel Arbeloa, se comprende por qué Navarra fascina a los visitantes foráneos. Toda ella rezuma historia y los restos del pasado se hallan a flor de piel. La Navarra verde se asoma al Pirineo con ánimo de señorearlo y de extenderse hasta los ultrapuertos. La otra Navarra llega al Ebro y lo sobrepasa también. El dinamismo vital de los navarros de ayer y de hoy es algo tangible y visible. En un mundo ambiguo y sonámbulo, la reciedumbre de la gente pone una nota de acento catalítico en la masa fundida. Arbeloa ha prestado un gran servicio a la Navarra eterna al escribir y publicar este libro que tiene el bello mérito de la espontánea naturalidad.

José María de Areilza



LEYRE

Vuelvo a Leyre en los últimos días del año cuando la nieve se agolpa aún en los alrededores del monasterio y en las faldas de la sierra.

Se derrama en esta mañana de diciembre un sol general y limpio. El cierzo frío corta tajante la luz oblicua y todas las cosas aparecen netas e inmediatas.

Aprovecho el mejor rato del día y subo, con menos brío que hace unos años, por la cañada real hacia el Paso del Oso y el fayar Castelar. Bigüézal aparece blanco y distendido y la ermita de San Quirico aguanta entre hayas vinolentas al socaire de la sierra de Illón.

Humea, y aquí no apesta, la fábrica de Sangüesa. Rocaforte (Sangüesa la Vieja) se agarra, ya sin miedo, al terruño. Gallipienzo avanza su implacable vigilancia hacia el Aragón y hacia la frontera aragonesa. Cáseda es una hoguera triangular de casas blancas. Allá lejos levanta su cresta madrugadora de cielos Ujué: cuando allí se encendían las hogueras, sabían en Leyre que avanzaban los musulmanes hacia Pamplona. Más lejos aún, las cimas apenas nevadas de la sierra de la Demanda.

Abajo, entre las dunas calvas y los pinos carrascos, el embalse de Yesa tiene dignidad de lago, que se riza grisplata y verdiazul.

Voy y vuelvo entre las huellas hondas del jabalí sobre la nieve y las menudas y sigilosas de los conejos. Caen los últimos tro-

zos de nieve de las ramas de las encinas, quejigos y marojos, y al caer el bosque parece animarse. El bojeral está rojizo de soportar el viento que aquí llaman matababras, y los enebros siguen tan recogidos y monacales como siempre.

Las pisadas suenan por aquí solemnes y no se sabe si a pastores, a invasores o a peregrinos, que de todo pasó por aquí.

Planean sobre los farallones calizos y sobre el escarpe que se resbala hasta Arangoiti bandas de buitres leonados que anidan seguramente en la foz de Arbayún. A ratos dos o tres bajan hacia el valle en vuelo batido y lento, en contenidas acrobacias, y los veo de cerca con sus cuellos mondos y carroñeros, sus gorgueras cremosas y sus últimas plumas alares abiertas en puas. A veces se cruzan unos grupos inquietos y ruidosos de chovas, mientras las grajas se alborotan en el sotobosque y un buho alto y como displaciente da los minutos a su modo.

La hospedería, pieza indispensable en los monasterios benedictinos, está caliente y acogedora. Su reconstrucción, que ha aprovechado el antiguo monasterio y el palacio medieval, con sus troneras bien visibles, ha sido excelente. Como excelente es el menú que nos sirve la cocina, entre la sencillez y la exquisitez.

Ahora que tengo tiempo, repaso piedra por piedra la iglesia de San Salvador, primer templo del arte y de la historia de Navarra fuera de Pamplona.

Cuando el entonces presidente del Senado, Cecilio Valverde, abogado cordobés, visitó Leyre, el padre Abad le recordó la visita que el obispo de Córdoba San Eulogio hizo al monasterio navarro a mediados del siglo IX y las muchas, buenas y malas, relaciones que tuvo el Reino de Navarra con el Califato.

Huyendo de las invasiones musulmanas de los siglos IX y X, reyes y obispos de Pamplona se refugiaron aquí. Durante muchos años y hasta finales del siglo XI el obispo de la sede navarra fue al mismo tiempo abad de Leyre. Refugio y panteón de los reyes navarros, centro político y religioso del Reino, favorecido con ricas donaciones sobre todo por el rey emperador Sancho el Mayor, a la vera del nuevo camino de peregrinos que por Somport (*summus*

portus) se dirigían a Compostela, Leyre juega un papel precursor y singular en nuestra historia.

Nos lo dicen estas enormes piedras rojas oscuras, esta decoración simple y elemental, estos capiteles toscos madurados de volutas, bulbos, margaritas y florones invertidos, que nos recuerdan a las más antiguas iglesias prerománicas del norte de España.

Tal vez comenzó estas obras nuestro rey Sancho el Mayor. Lo cierto es que presidió, el año 1057, la solemne inauguración su nieto Sancho de Peñalén, rodeado de los obispos, abades y señores de los obispados, monasterios y lugares cercanos. Y si difícil es adivinar la iglesia anterior del siglo X, tampoco es fácil asegurar qué parte del templo consagró en 1098 el abad Regismundus, en presencia de Pedro Sánchez I y de la flor y nata del monacato de un lado y otro de los Pirineos.

Los reconstructores cistercienses, los «blancos» de las innumerables reyertas posteriores, voltearon una cubierta arriesgada y audaz y echaron al viento de la historia del arte religioso una nave aérea y firme que iba a surcar muchos siglos de existencia. Hoy sigue tan esbelta como antaño, apoyada en el codo del arbotante; la espadaña, aguileña, y las inminentes claves heráldicas, por donde trota el caballo, símbolo del monasterio, con los cascos y la espada. Es tan bello el pequeño desajuste arquitectónico románico-gótico, negro-blanco, indígena-francés! La torre románica, aún con nieve, pone paz y equilibrio y suelta de vez en cuando un manojo de palomas blancas que ahuecan y ablandan el aire duro del invierno.

Llego por fin a la cuarta puerta del templo, la principal o *porta speciosa* alborotada de años, colores y matices dentro del arte de la peregrinación. Cristo y la Virgen, ángeles y santos, pájaros y peces, reptiles y cuadrúpedos, monstruos y mascarones, hombres y mujeres, flores y frutos, matraces y zapatos: el mundo medieval hecho símbolo, lección y aviso. Esos ojos ciegos con luz de siete siglos, y ese abrazo de María a Isabel, descabezadas y tan hermosas con manos y piernas como palmas!

Descanso los ojos en el agua remansada del Aragón, puntillosa como en un cuadro de Monet.

Guerras, saqueos, exclaustaciones, trajeron a Leyre la ruina y la desolación. Pero los Madrazo, los Iturralde y Suit, los caballeros de la Comisión de monumentos, los Oyaga, y tantos otros salvaron Leyre de la desolación y de la ruina.

La Diputación Foral se volcó en su ayuda desde que en 1954 puso en manos benedictinas el futuro del monasterio.

Hoy Leyre es un sitio digno, bello, laborioso y acogedor. La biblioteca, recuerdo también de la que aún anda por ahí desparrramada, ha crecido en mil volúmenes cada año. Y lo que más importa, los monjes son hoy mucho más numerosos que durante los últimos siglos. El edificio del monasterio terminado en 1648, en tiempos del abad cisterciense Fr. Antonio de Peralta y Mauleón, profeso de Fitero y natural de Corella, ampliamente reconstruido estos últimos años, tiene todas las trazas, reales y simbólicas, de estabilidad y de trabajo.

Pero Leyre necesita penetrar mucho más en el tejido social de Navarra. Y esto no sucederá si entre todos no ponemos manos a la idea. Montserrat es un ejemplo, no que imitar, pero sí que traducir. Por ejemplo, una asociación de amigos de Leyre, de su religiosidad, de su historia, de su arte, de su entorno, o de todo junto a la vez, puede ser una cosa buena y útil. Como lo es en casi todos los monasterios importantes de Europa.

Así se lo digo a los monjes que me invitan a un café en los primeros días del año. Con nosotros está un monje «blanco» de la Oliva que, por lo visto, ya no es peligroso.

.....

Me vuelvo con los míos, ahora que la nieve se ha derretido y la carretera deshelado.

El cielo tiene hoy color de disgusto.

Y ahí cerca, por San Juan de la Peña, otra montaña real monástica, hay nubes prietas y torvas que parecen que nos van a seguir.

A LEYRE

Fortaleza de hayas y de robles,
de la niebla, los vientos y la lluvia,
del silencio de Dios que habla en las cosas,
aquí buscaron techo y consistencia
los obispos y reyes de Pamplona.
Aquí cuajó después

el Reino de Navarra,
nido de libertad que iban buscando,
siguiendo las orillas de los ríos,
los rudos invasores musulmanes.

Cerca pasó y a veces se detuvo
el Camino real a Compostela,
por donde vino

la Europa medieval
con el arte francés, el canto llano,
el hambre de perdón, el miedo endémico,
el sueño de unidad y paz perpetua.

A ti retorno, Leyre milenario.
Amo tus nieblas, vientos y celliscas.
Miro tus piedras rojas de estaciones.
Me subo al árbol de tus capiteles
donde florece lento

el fruto de la historia.

VICTOR MANUEL ARBELOA

Me acerco al buitre, al gavilán y al águila
por cañadas de ovejas y soldados.
Toco la encina en siglos retorcida.
Sigo los rastros de los jabalíes
que hace diez siglos
se encaramaron en los modillones.
Y si el ensueño borra mi memoria
me sale Fray Virila en un recodo.

Amo tus soles fríos y tus nieves.
Me amansa el río en lago adormecido.
Tu luz me borra todas las fronteras.
Me hundo en la altitud de la plegaria
donde el dulce latín se va hasta el cielo
por el remanso azul del gregoriano.

Aquí se hace ventarrón y piedra
el silencio de Dios que habla en las cosas,
que habla en los hombres y en sus aventuras
y suena aquí con voz de doce siglos.

OLITE ENCANTADO E HISTORIADO

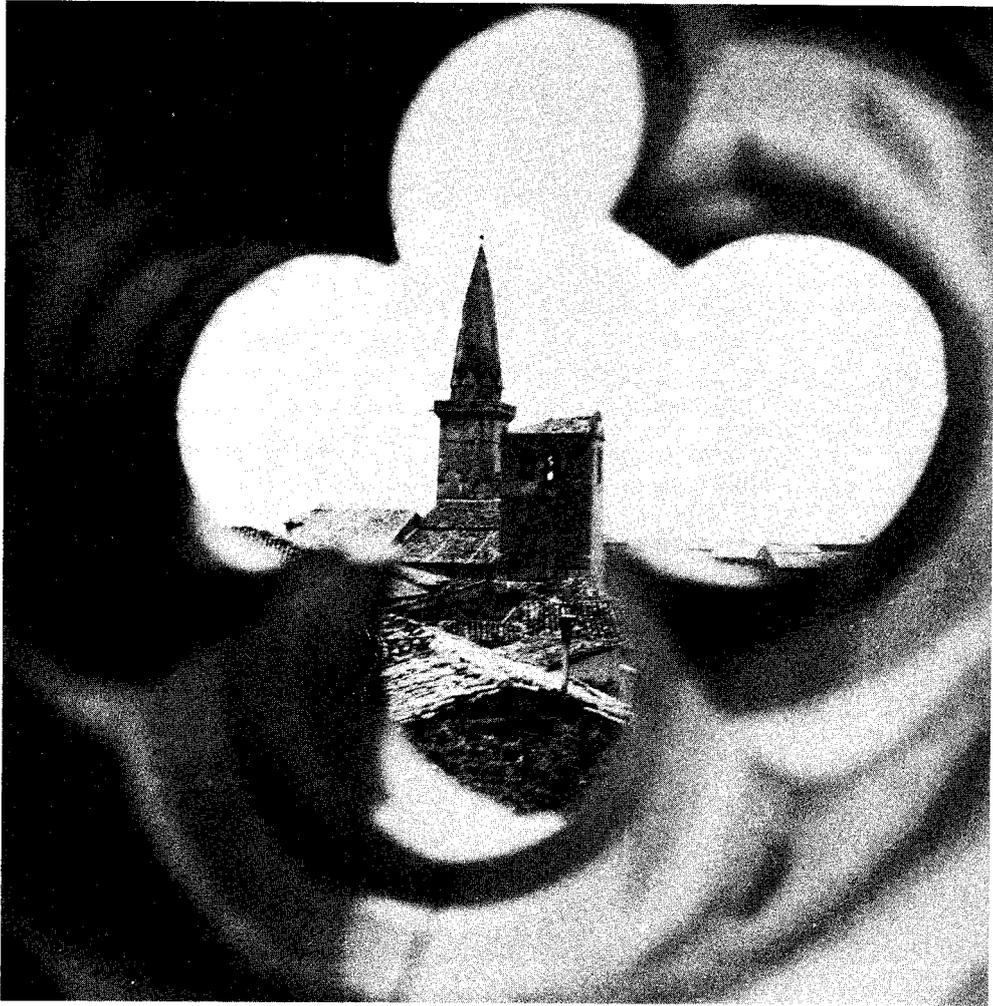
Llego de nuevo a Olite, donde tan buenos días he pasado, siempre bien acogido por amigos, compañeros y autoridades. A pesar de algún que otro chandrío urbanístico, Olite parece siempre una pequeña ciudad encantada por su castillo. Pero cuando uno se sube a la torre de las tres coronas o a la de cuatro vientos, el castillo de los Teobaldos parece encantado por la ciudad.

Quienes conocemos a los hombres de carne y hueso de Olite sabemos que no sólo viven de «historia» y que sus proyectos de vida van mucho más allá de las murallas romanas del «cerco de dentro» y de las torres góticas. Pero conocemos asimismo su amor a su largo pasado que lo llevan muy dentro y que les anima a ir decididamente hacia adelante.

Vuelvo esta vez tras haber leído los quinientos folios sobre Olite de mi amigo el historiador Alejandro Díez, postrado ahora en una clínica de Pamplona. Y la visita me sabe a gloria.

Como Guillermo Analier, en su poema «Guerra de la Navarrería», encuentro en Olite «toda clase de bien», y me dan iguales ganas de pernoctar en lugar tan cómodo. Nunca el olivo de su escudo me pareció más cargado de fruto ni me parecieron más bellas sus ocho torres de tres almenas y dos ventanas.

Olite sigue siendo «buena villa» en la Navarra democrática y



foral de nuestros días, y todo navarro que se precie no puede menos de guardar un silencio de admiración y afecto a la que fue residencia oficial de los reyes de Navarra y lugar habitual de las Cortes Generales del Reino.

A uno que es viajero y peregrino de pueblos y de culturas le gusta recordar aquí que por estas calles y rúas anduvieron en los tiempos de esplendor de la monarquía navarra carreteros de Soria, almadieros roncaleses, artesanos moros de Tudela, físicos judíos, jardineros de Valencia, chantres de Aviñón, artistas de París, toneleros y relojeros de otras dulces tierras de Francia.

A ratos bebo el verde zumo del «verjus» en copa de plata, mientras mi noble rey bebe en copa de oro y me habla en francés. O me doy una vuelta por entre los toronjales de los jardines —ojo con la morera que aún mancha— y los cisnes de la «taillada». O recorro la colección de monedas y relojes de mi señor y su jaula de pájaros. O me entretengo un rato con los juglares y trovadores siempre con ganas de palique.

Y luego salgo y vagabundo por ahí con las pobres gentes de la ciudad, algunas al pan del rey, y me dicen maravillas o me cuentan perrerías de sus muchos amos a quienes a veces llaman «cornudos» y «fornecinos» y las más de las veces «mesiellos», ahora que no nos oye nadie.

No, a los toros no le sigo al rey, ni a la caza, por más que me gusten tanto los lebreles y los halcones. Menos me gusta aún el desorejamiento y no digamos nada la horca por unos hurtos de poca monta, pero hasta ahora no he conseguido mejora alguna.

Afortunadamente no me he encontrado aún con Lazarot Darvesin ni con don Luis de Beaumont, conde de Lerín, y tampoco, y lo siento, como Simenico Feroso, pero alterno con donceles y capellanes, caballeros y escolares.

A veces doy con la madre abadesa de Santa Clara de Estella, antigua conocida mía, que anda por aquí de maestra, y con un poco de suerte con Johana y Marimonda, Pascoala o Marinieta, cuando pueden escaparse del cerco de Johan Barón o Johan Chico.

Me dicen que está hoy fuera de Olite el preboste Johan des Bordes, que hace también de barbero y tendero, y que don Diego de Baquedano aún no llegó, ocupado como anda con la reforma

de su palacio de Gollano. Espero con emoción el día en que me reciba Johan Périz de Maillata, alcalde perpetuo de Olite.

Importante libro éste para conocer tramos importantes de la historia de Navarra, no sólo de los tiempos de Carlos III. Aquí se habla también de las merindades, de la vida de los judíos, del sueldo de los alcaldes. Y no hace falta decir que el interesado por la historia local olitense encontrará en estas páginas casi todo: iglesias, ermitas, conventos, cofradías, sastres, herreros, peones del campo, cóleras y pestes, juegos y festejos, la mesta y la dula, vinos y vendimias, tabernas y garapitos, bailes y prebostes, alcaldes y regidores, la escuela de gramática y las visitas reales, el río Zidacos y el monte Encinar.

Encontrará a los hijos anónimos de su pueblo, que son los más, y a los ilustres que son los menos, pero entre los que están don Miguel Oronsuspe, teólogo de Trento, o el aventurero general carlista don Juan Zaratiegui; el compositor Jesús García Leoz o aquel alcalde bragado que se llamó don Galo Azcárate.

De gran valor me parece la pequeña historia de los comunes y corralizas. Los capítulos sobre la guerra de la Independencia y las guerras carlistas son clarificadores y llenos de eso que se llama actualidad.

Sólo con libros de historia local, sacada de sus fuentes primigenias, podemos ir conociendo la historia general, sea de Navarra, de España o de Europa. Hace bien el autor en ser siempre puntilloso y concreto y en respaldar lo dicho con testimonios de archivo o de cualquier otra fuente escrita u oral. Pueden perdonársele fácilmente en ocasiones ciertas liviandades en el aparato crítico. Acierta igualmente cuando transcribe testimonios enteros porque la verdad es que tienen el sabor original que, de otro modo, no tendrían. Y tampoco me parece mal que el autor se detenga en los umbrales de este siglo, más aún tratándose de una historia local. Mejor es callarse que hacer propaganda o dar leña en nombre de la historia.

EN LARRUN, ENTRE FRANCIA Y ESPAÑA

No sé quiénes fueron los culpables del desarbolamiento de las carreteras navarras. Hoy, que hace un calor sahariano, me gustaría verlos por aquí.

¿Talarán también un día las hayas de Velate?

Sólo en Velate respiramos un poco. Con este calorazo los olmos enfermos parecen agonizantes, los tilos comienzan a octubrear, y los avellanos nos enseñan ya el color de moda del próximo otoño por estos parajes.

Está llena de flores la casona nueva de Almandoz. Se asoma un poco la torre decimonónica de Berroeta. Pinos insignes se consumen en los montes de Bertizarana.

Va el Bidasoa escaso y hasta parece que le cuesta un poco andar.

Llegamos a Vera, la villa de menor altitud de Navarra. Hace calor.

Pasamos por Suspela Sur y dejamos a la izquierda Alcayaga. Luego recorreremos Alzate. Ahora subimos en *jeep* al Larrún. ¡Tantas veces viéndolo, de lejos, de un lado y de otro; tantas veces pasándole, de cerca, por Ibardin y Lizuniaga, y todavía sin subirlo y recorrerlo!

Aunque algo ha llovido aquí en agosto, el Lamitxene o Cía arrastra poca agua, y menos aún la regata del Larrún que desemboca en el primero.

En Larrún primero fueron las cantinas, luego se hizo el camino, o la pista, como aquí se le llama.

Pasamos junto a algunos de los cien caseríos que quedan en Vera: entre la ganadería, la agricultura y la industria, parece que tienen mejor porvenir que otros muchos. Hace unos pocos años se electrificaron por bien poco dinero, aunque buen trabajo costó, pues.

Potokas negras, pintas y castañas, pastan por las laderas. No entran aquí vacas ni cabras ni cerdos porque acabarían con las plantas.

Cuando faltan unos cientos de metros en la áspera escalada, se le rompe al *jeep* un «palier» —ha sido duro el trote—, y hemos de subir a pie, que buena falta nos hace.

Así vemos mejor la obra, casi medieval por lo penosa y solitaria, que Martín Baleztena, «Antxune», hizo por los primeros setenta, armado de almadena, pico y palanca. Un día tras otro, este hombre duro y listo arremetió con los conglomerados, esquistos y areniscas, que se formaron aquí, bajo el mar prehistórico, hace trescientos millones de años, y logró que pasaran los vehículos para transportar los enseres y que las gentes de este lado pudieran visitar más y mejor las cantinas de sus paisanos en la cima del Larrún.

La pista se abrió en 1973. Aquí está entre bloques de losas, que así las llaman, la «Garinentxola», cobertizo de piedra, donde se vendió por primera vez a los franceses, en los años cuarenta, el alcohol para preparar bebidas.

La muga, en su kilómetro 25, divide claramente los dos países, tierras antes que Estados.

Pero más que problemas de fronteras, me importa ahora mirar y gozar el espectáculo único de estos dos mundos, de mar y montañas, de Francia y España, de Laburdi y Navarra, de un mismo País Vasco montañoso y marino.

Baja el penúltimo tren cremallera que transporta a los domingueros franceses. Cuando nosotros estábamos construyendo pistas con el esfuerzo de los calzadistas del Camino de Santiago, los franceses subían y bajaban en tren.

El mar tiene un azul cielo y la larga raya de la costa se pierde como un camino de fantasías hacia Capbreton, bajo la vigilancia del faro de Biarritz. Estorba un poco la lujosa torre de la televisión francesa. El puerto de Ciboure-San Juan de Luz es como un juguete de niños ricos. Detrás de la catedral de Bayona hay una línea de humos turbios.

Culebrea la Nivelle en silencio llevando al mar aguas pirenaicas y fronterizas. Ascain está aquí abajo, menos bello que de cerca. Sara se semiesconde tras el monte. Cambó se alarga, termal, sobre las riberas de La Nive, que trae también altas aguas de nieve, pero van tan hondas, que no se ven desde aquí. En el lago de St. Pée los veleros son lindos como cisnes.

Pasa una avioneta de la «police» francesa. Unos guardias civiles entran en la cantina.

Sobre los montes cercanos de Baigura y Artzamendi, monte de osos, se estira la alta muralla de los Pirineos vecinos, grises claros y solemnes: Midi de Bigorre, Peña Blanca, Anie.

Un grupo de franceses suspiran y exclaman mirando esta última parte de su paraíso.

En la pared de la cantina principal que da a la terraza, hay aún un curioso letrero de situación geográfica, que habla de «Provincia de Navarra...». No es difícil adivinar qué se vende en estas tiendas universales. Los títulos ya dan mucho de sí: «Bar-Bazar-Bijoux Tolède». O «La Maison du Bon Porto». Bodegas enteras de bebidas, además de frascos de esencia a bajo precio, para hacer más bebidas aún. Y todo lo imaginable.

Por este cable, que aún funciona, y en unos mulos, que resistieron menos, se subieron los materiales de construcción antes de construir la pista. Por cierto, hay aquí un curioso caso de propiedad, que los beratarras, unos a favor y otros en contra, conocen bien.

La suave calima, que levantan los calorones de estos días, no nos impide ver y contemplar, ayudados por los catalejos, el otro lado de la moneda luminosa y regalada de esta tarde.

El cabo Higuer se levanta lentamente del mar francés y arranca una serie interminable de alturas, que llegan, en semicírculo hasta la Mesa de los Tres Reyes.

Navarra aparece como un mapa gris azulenco de cerros, picos, crestas, lomas, sierras, faldas, farallones, escarpes. A la izquierda del Urgull y del Igueldo, que se nos desmayan en el mar, las cumbres graníticas de las Peñas de Aya dan las espaldas al sol. Lejos, como sombrajos, el Oiz y el Aitzgorri.

Vuelan unos aviones (*enara azpizuria*) junto al tejado de la cantina principal.

Cercanos y sacando la cabezota pelada de entre la neblina, los picos de Irumugarrieta y San Donato. Mucho más cercanos, Loizate y Ekaitza. Inconfundible el Mendaur, con su ermita al hombro, pájaro que le pica y no se le va. Luego, Velate, Sayoa, Okoro. Gorramendi con sus aparejos en el lomo. A los pies, Labeaga o Ibantelly, la montaña de las pizarras negras, minas de carbón y flora fósil, que el sabio Errandonea, prematuramente muerto, recogía y enseñaba a recoger. Suben unas hayas, como sin gana, por las faldas del Larun Txiki. Un poco más allá, la frontera de Ibardin.

Bajamos hasta el *jeep* aparcado, entre ovejas lachas y dos yeguas jóvenes, por la senda de los viejos mulos. Hace aún calor y pinchan las *ortías* (aliagas). Pisamos *ardibabas* o *ardikekas*.

Peña Plata o Atxuria guarda Zugarramurdi y el barrio de Madaria contra los posibles conflictos fronterizos. Ahí abajo, la cantina de la frontera de Lizuniaga, que por fin se puso en condiciones en 1978, y ahora dicen que ya le pasa en tráfico a Ibardin.

Pasamos junto a la cruz de un contrabandista —entonces lo eran todos— muerto a tiros por un carabinero. Vemos las casas blancas del barrio de Cía. Cuentan y no acaban historias del contrabando, que aún no ha tenido su novela ni su historia. Contrabandistas vendedores y carabineros vendidos, y viceversa, y cosas así. Tristes, divertidas, y algunas, ya lo hemos visto, trágicas.

Bajamos a Landagaita, y por Mendiguibel llegamos a Usateguieta, entre castaños frondosos y helechos más altos que el vehí-

culo. Nidos militares de cuando el *maquis*, y más historias de guerra y posguerra, que han dejado ruda huella en estos pueblos. Chozas de cazadores de palomas y un refugio.

Aquí al *jeep* se le salta la rueda del «palier» roto y hay que volver a Vera a pie. Es un paseo rápido, deportivo y fresco, con la frescura del día que se va, entre pinos insignes, terrazgos de case-ríos, landas, prados y plantaciones de roble americano. Hay un olor verdidulce, casi erótico en la noche.

Alzate está lleno de luces. Nadie diría que no es un pueblo suizo o austríaco de vacaciones, con la gente sentada a la puerta de los bares.

Pero es Vera de Bidasoa, el primer pueblo de Navarra cuando se viene de los viejos países del Mercado Común Europeo o cuando se baja por la pista del Larrún.



DE ROMERIA EN SORLADA

San Gregorio Ostiense es un santo popular en Navarra. Su advocación se repite a lo ancho y largo de nuestra geografía. Pero su iglesia principal está en Sorlada y allí se veneran sus restos:

Italia es su cuna
España su amor
Sepulcro glorioso
Navarra os dio.

cantan las Letrillas que nos reparten a la salida de la procesión.

Cuenta la piadosa tradición que San Gregorio, obispo de Ostia y bibliotecario de Roma, fue enviado por el Papa en tiempo del rey García el de Nájera a combatir una plaga del campo y que murió en Logroño el 9 de mayo de 1044. Puesto el cadáver sobre una caballería, soltaron al animal, que así lo había ordenado el santo, y el pobre bruto cayó por tercera vez y murió cerca de Piñaba o Peñalba, que es donde hoy se levanta el templo.

El arca que guarda los restos, la cabeza de plata del santo, así como el agua pasada por los huesos del relicario manual, han sido tesoros del santuario. La cabeza estuvo viajando por Navarra y otros reinos de España hasta principios del siglo XIX.

Tu fiesta en otro tiempo
a España conmovió
de todas las provincias
devotos arrastró.

Caen baldes de agua sobre Pamplona. Pero uno piensa que en La Berrueza la cosa será diferente. Desde el coche y hasta la bajada del Perdón apenas se ve otra cosa que una franja verde ininterrumpida y unos ciapes y ababoles en las orillas.

Está el Montejurra cortado por las nubes bajas. Entramos luego en el reino del encinar. En Los Arcos me distrae la linterna circular que culmina la torre renacentista más bella de Navarra. Pronto divisamos el bulto de la basílica de San Gregorio y, a la derecha, la ermita blanca del Angel o de Nuestra Señora de la Guarda, que los dos pueden guardar. Vamos entre tomillos en flor y picarazas –marías– en vuelo. No llueve y ya es bastante.

Dos chopos nos saludan a la entrada en Mues, pueblo longo, adornado y bien puesto, con sus barrios Mayor y Corbo, en la vega del Odrón, que viene desde el monte Yoar. A la salida nos despide un choperal de rocas altivas y sin miedo a nada.

Es hoy el tercer día de las fiestas de Sorlada y Juan Castuera, que tiene aquí una casa, ha impreso un programa en color de primavera. Todo es verde alrededor de Sorlada, pueblo de tierra y de piedra rojizas. Todo es verde menos un pequeño trozo, lejano, de flor de colza.

Aquí nadie se acuerda, ni falta que le hace, de los viejos dueños del poblado –Sorruslada o Sorruslata– Fortún Almorabit o Pere de Tors. El pueblo de aquel entonces fue valiente y se liberó pronto del señorío, engulló luego el de Burguillo, puso un castillo de oro en su escudo, mandó hasta México hombres ilustres de su palacio de cabo de armería y eligió a San Gregorio como patrón.

Está todo recién llovido. Divide la calle mayor el caserío que se extiende en pequeños cantones transversales y algunos anchurones. Sale a ratos el sol.

La iglesia de Santa Cecilia, rojiza y grande, tiene una amplia lonja a sus pies. Sus estructuras van del siglo XVI al XVIII, y la pintura es posterior. Me quedo con el retablo romanista miguelangelesco, a pesar del repinte decimonónico, que todos lamentan, y con el pequeño San Sebastián de la misma escuela.

Subimos en coche hacia San Gregorio, entre pinos, cerezos y ciruelos. Los romeros auténticos van a pie.

Desde la nieve ligera de Urbasa hasta las espesas nieblas de

DE ROMERIA EN SORLADA

Codés, toda la mañana es una explosión contenida de vida y primavera.

—¿Qué pueblo es aquél?

—Bargota.

—¿Y aquél?

—Eso es ya Castilla. Y eso que se ve ahí, la torre de Desojo.

Trigos y cebadas verdes prietos y verdes claros en La Berrueza. Pinos, encinas, bojés, lentiscos, árgomas, aliagas y tomillos alrededor de San Gregorio.

Sobre el alto de Sorlada la devoción popular y centenaria ha ido edificando piedras sobre piedras, estilos sobre estilos. La verdad es que nadie puede imaginarse en este remoto lugar esta aparición barroca y rococó, este revuelo de alerones de volutas y rocallas, bulbos y follajes, este santoral y angelería berninianos. Todo esto y especialmente este espacio creado, luminoso y palaciego, canta la gloria del santo romano, milagrero y multitudinario. Cuando sale el sol, la cúpula es un fanal.

En tu trono elevado
Basílica sin par
esperas todo el año
a quien va a visitar.

Bajo la talla multicolor del patrono en el retablo mayor, está hoy expuesta la cabeza de plata dieciochesca, y con ella salimos en procesión, tras la junta de cofrades, a los aires movidos del himno oficial del santo. La iglesia estaba llena pero a la procesión viene poca gente. Y la tonadilla de «Miguel, Miguel...» la cantan pocos.

Del campo sediento
oid el clamor
oid la plegaria
del buen labrador.

El campo no está sediento y las nubes otra vez amenazan lluvia. Caen algunas gotas.

VICTOR MANUEL ARBELOA

Rodeamos el templo. Pasamos bajo un olmo abundante, el único que queda en esta girola natural.

Romped de los rayos
el fiero furor
atad las tormentas
su furia y horror.

Frente a Piedramillera, que se sostiene en la falda derecha y felpuda de las Dos Hermanas, el sacerdote bendice rápidamente con las reliquias del santo los campos y cosechas. Ojalá que las plagas «emprendan carrera veloz», como canta la letrilla. Nada de echar agua por la cabeza, como muchos esperaban, y se ha hecho muchas veces: por algo será.

Agua de tus reliquias
por siglos se echó
de los campos floridos
insectos ahuyentó.

La bendición llega sin duda hasta Valdega, , por un lado, y hasta Otiñano y Nazar, por el otro, y aún más allá, que San Gregorio «no es un santo rinconero» como ha dicho el padre predicador.

Al final del corto rodeo, pasa la cabeza de plata a resguardarse bajo el templete del atrio y pasan los devotos a besarle las gastadas mejillas y a echar una limosna en el platillo. No vendría mal dar una buena mano al pórtico.

Corros de gentes de la zona por el atrio. Como es muy tarde, ya no hay almuerzos sino ganas de comer. El alcalde de Sorlada ha dejado ya la vara. Hay un festival de jotas dentro de la iglesia. Pero la lluvia se asoma de nuevo y Pamplona está lejos.

Compramos unos barquillos redondos en el puesto junto al roquedo y bajamos de San Gregorio. Los tomillos son lucecitas lilas en un mar verdoyo.

DE ROMERIA EN SORLADA

En Ayegui andan construyendo muchas casas. En Puente la Reina la cigüeña sigue en el nido del silo. Los cerezos del Perdón están brillosos de lluvia y primavera. Al llegar al puente, cierro los ojos. Cuando los abro, veo Pamplona refrescada de luz y de aire.

¿QUE VA A PASAR?

(Vísperas Sanfermineras)

Son las vísperas.

Están ya perfectas, acabadas, las hojas de los olmos y de los castaños del Bosquecillo de la Taconera, y primorosamente acabados los adolescentes que pasan, en grupos, con el pecho en proa de futuro, al aire de la vida, ofreciendo tensos racimos de julio.

Todo Pamplona se abre en vísperas. Suena a vísperas. Huele a vísperas. Toca a vísperas. A vísperas sanfermineras.

Hay por las calles de Pamplona un clima de estreno. Las voces son más altas, los corrillos más vivaces, la mirada más fija, la luz de la tarde tiene un color de piedra vieja o de cristal oblicuo, como haciendo juego de gozo y disimulo.

Por la Estafeta cuelgan boinas, camisetas y pañuelos sanfermineros, trofeos de la victoria sempiterna de la vida, amuletos bendecidos por la historia, prestos a contagiar de temblor y de fiesta al dichoso mortal que los exhiba.

Los troncos numerados del vallado del encierro están ahí, como mojones que bordean al hondo cauce por donde ha de pasar el torrente de la vida y de la muerte, el relámpago heridor del vértigo, en forma de cuerno de toro, que atravesará fajas y pañuelos de la mocina, corazones suspendidos, ojos de llaga y labios de fuego amanecido.

Desde algunos balcones de las calles viejas de San Nicolás y San Gregorio se escapan músicas de boda, que predisponen los

ánimos al encuentro con la juventud perdida, con el amor difícil, con la alegría cada vez menos barata.

Atardece sobre la Media Luna y sobre los fosos del Redín, tan lentamente, que parece como si de un momento a otro hubiera de pasar algo, inédito, solemne y transfigurador. Las gentes maduras vuelven por la calle Mayor y el Paseo de Valencia a paso breve, entre decepcionadas y satisfechas porque no haya pasado ya.

No. No pasa nada. Pero pasa la secreta espera y esperanza de las vísperas de la fiesta. Cuando todo hace arco tieso de sorpresa y de prisa a lo que va a llegar, a lo que está en trance de acontecer.

Y en Sanfermín puede acontecer todo: la confirmada amistad entre los compañeros de la charanga y de la peña; la bendita paz, tras el trajín distanciador de los meses de trabajo; la aventura entre la niebla de la música nocturna o tras la fronda sospechosa de la forastería y la excepcionalidad; el amor, que se sostiene contra la frontal agresión de las mil competencias o bajo la aparente candidez de un hallazgo nunca programado; el hijo que frutece al fin en el arranque súbito del impulso o tras el encanto de una ráfaga sentimental; la muerte, entre imprevista y presentida, frente a los toros; la vida, en fin, a cada paso, ya sin la máscara del medio, del miedo y de la medida de costumbre.

Imperan las horas en el lúcido reloj de la iglesia de San Lorenzo. Parece como si la calle Mayor se esforzara a cada momento por ensancharse: para que pasen los gigantes y cabezudos, para que no se ahoguen las jotas y los dulces silbos del txistu, y para que San Fermín, sus canónigos y sus concejales no se encalen mitras, bonetes y chisteras, y no se arruguen sus mucetas y levitas.

La Plaza de Recoletas se sienta bajo los castaños en sus bancos pintados de tercera edad, jugando a los cuatro chorros de su fuente. Y el gigante coso taurino se traga en sueños éxitos y frac-

¿QUE VA A PASAR?

sos, espejos furiosos de sol, desfiles de aplausos y un calendario reciente de sangre, sudor y lágrimas.

Larga espera para tan corto y goloso disfrute de los Sanfermines. Tenso encuentro de un pueblo fronterizo, vigoroso y luchador, entre ascético y epicúreo, que se enfrenta con los totem de la vida y de la muerte —el sol, la piedra, el árbol, los toros—; que se enfrenta con su capacidad, cada vez más frágil de convivencia, y sobre todo, con el enigma infranqueable de sí mismo, que parece abrirse a ratos con un abrazo al cuello, con el último vaso de vino, con una ronda al atardecer, con una gimnasia de ruidos y silencios, con unos besos estudiados o aturdidos.

¿Qué va a pasar? Va a pasar la fiesta. La fiesta milenaria, que desafía, estremece, desborda, supera, recrea a los hombres y hasta a las cosas.

Son las vísperas.

EL COHETE DE SAN FERMIN

Las doce del seis de julio.
Plaza del Ayuntamiento.

La mañana rojiblanca
se ha desabrochado el pecho.

Un toro barroco espera
que le suelten el resuello.

Banderas y recamados
emplazan la luz y el viento,
y se despeña en el aire
un vendaval de pañuelos.

Hay un temblor en el alma
de espera, de gozo y miedo.

Llega el reloj, y la fiesta
se suelta por fin el pelo.



LA FIESTA DE UN PUEBLO

Los «Sanfermines» son la fiesta de un pueblo, mucho más que un pueblo en fiestas.

La fiesta de un pueblo, el navarro, que no quiere dejar de serlo, y que cada año ritualiza solemne y públicamente lo que ha sido, es y quiere seguir siendo.

Un pueblo que, por si acaso, grita y celebra su realidad, la recuerda, la proclama y la anuncia. Casi diríamos que la promete y la jura por sus vivos y sus muertos.

Ven amigo, navarro despistado, turista inquieto, extraño visitante. Mira este pueblo viejo, duro, primitivo, descendiente de hombres que vivieron en cuevas, entre glaciares; en selvas, a la caza de narsicornios y paquidermos. Hijos de negroides blancos de Cromagnon y de bronceados vascos indoeuropeos.

Hacen lo que siempre han hecho, cuando no tenían que defenderse de enemigos constantes, porque son hombres de frontera por todos los lados. Brincan, saltan, cantan, bailan, celebran un triunfo o se preparan para alcanzar el siguiente.

—Mira, mira. Los colores que les gustan son los colores vivos de cada día. El blanco de la luna, su vieja y adorable Maitagarri, y el blanco de las nubes que los cubren casi siempre. El verde del haya y del roble, de la coscoja y del boj, del trigal y de la viña. Y

el rojo de la fruta madura y de la sangre del sacrificio que les hace vivir y revivir.

—Les gusta comer mucho y bien lo que la tierra les da y la tierra les exige. Cerdo y cordero. Y pimientos. Y pan. Y vino bronco antes y después. Porque son hombres del frío y del trabajo tenso. Y de músculo prieto, pieza de coraje y de disposición inmediata.

—Mira esa continua explosión de alegría y de libertad, de calor y de color, de ruido y sonido. Es una demostración de identidad. Un rechazo de la monotonía, de la frialdad, de la confusión y el descolorimiento de un tiempo que se disfraza a veces de internacionalista y terráqueo. Es una celebración étnica, entre lúdica, laica, religiosa y metafísica.

—Ese «riau-riau» interminable, tribal y orgiástico, ¿qué es sino una danza ancestral, hace poco reconocida, de este largo pueblo? Irrintzis, relinchos de caballo, aullidos de lobo, cantos de milano, silbos de pájaros, gritos de amor y suspiros de dolor por la noche. Todo un pueblo conjurando peligros y asechanzas, y reuniendo en torno a sí montañas con nieve y campos fértiles, el *ager* y el *saltus*, la bondad y la belleza, las ganas de vivir.

—Y tras la procesión de San Fermín —el evangelizador cristiano—, herida de txistus y jotas, otra vez el grito y el ruido, la campana y el estruendo, la txaranga y el bombo.

—Porque la procesión sigue. Todo es procesión en estas fiestas. Porque todo es rito y ritual. Expresión pública y reglada de un pueblo entregado a las causas últimas del vivir. De tres en tres o de cinco en cinco, o en mogollón de ceremonial. Con el pendón o el letrero o el cartel. Con la banda adelante o detrás. ¡Qué más da! El ritual sigue siempre. Porque es la liturgia del pueblo, que ha sido siempre, y más a la defensiva, unido y compacto, colectivo, unitario, común.

—En el «encierro» —la procesión más rápida, la marcha militar más embravecida— los mozos son ligeros, amigo turista, amigo visitante. «*Vasco levis*», decían los romanos de sus antecesores. «Les estorbaban el casco y las armas», para luchar contra los romanos, escribe Silvio Itálico. Ahora no llevan más que camisa y pantalón, una faja para ceñirse mejor los lomos y correr más holgadamente, y un pañuelo festivo, recuerdo tal vez del cuerno del cazador y del

LA FIESTA DE UN PUEBLO

guerrero, y que es hoy atuendo alegre, sello distintivo de gracia y donaire.

—Las viejas y feroces armas se reservan sólo para el toro, animal totémico, prodigioso todavía —desde el Asia menor de nuestro progenitores—, símbolo vivísimo del enemigo a quien se le respeta y admira, pero a quien se le encorre, se le burla, se le mata al fin celosa y rítmicamente, repetida e irrepitiblemente. Las *azkonas* y las *ezpatas* se usan sólo ahí, fuera de algunas danzas guerreras que se bailan estos días también por las calles de la vieja Iruña, Pompelo y Pamplona. El torero, hombre tan extraño y, sin embargo, tan cercano a los mozos de las peñas, es el sacrificador nato, ligero de cuerpo, resuelto de espíritu, presto a todo, héroe sin par, sabio en el arte de aplacar a la divinidad de la sangre, del terror y de la muerte.

—Oh, el toro, el Hércules vascón, el Basajaun de la feria, mítico y fatídico, divinidad-humanidad viril y ceñuda, a la que es menester aplacar y doblegar, sacrificar y celebrar, y engullir al fin, para volver a empezar la fiesta, a correr y a gritar, a tocar el cuerno de la caza de la vida y de la muerte.

—Y si no sólo el toro muere en la fiesta, sino también el hombre, el rito entonces cobra nuevo vigor y temple. Y se hace más hondo, más real, más alto. Y exige entonces nuevos esfuerzos, nuevas victorias, nuevos rituales.

Fiesta de un pueblo libre, que a muchos les parece brutal y no les gusta nada. Y ¿por qué tiene que gustarles?

PROCESION DE SAN FERMIN

Trotan las campanas de la vieja ciudad
y tiembra San Fermín en su capa pluvial de resoles.
Tiemblan también los tilos y castaños del cercano bosquecillo
y se erizan de gótico las torres de San Cernin.
Vira la nave de la lenta catedral
hacia el Arga incesante que le incita a la aventura.
La Virgen del Amparo se exalta en su trono-parteluz
y hay un revuelo onírico en las filas de la Puerta Preciosa.

Se echa un velo de calma la calle Mercaderes
y danza dando vueltas la Plaza del Castillo.
Rompe el agua la fuente menestral de Recoletas
y despierta silbando el Neptuno de la Plaza del Consejo.
Se estira de contento el puente de Miluce
y se abrazan, obsesivas, las murallas al sentir el urgente cam-
peneo.
Las verdes cañoneras del Redín reviven viejas glorias
y refulgen de brío y de donaire las tres estrellas de la Ciudadela.

Se encarama a la gloria la estatua plurilingüe de los Fueros,
se yergue aún más Gayarre, se cuadra Sarasate, y enrojece
de vida y de mañana el torso de gigante de Mister Hemmingway.

Los músicos que tocan para Abd-al-Malik
en su arábigo marfil, se unen a la fiesta.

VICTOR MANUEL ARBELOA

Gaiteros y dantzaris, txistularis, joteros,
alabad al Señor, y al señor San Fermín,
que ilumina Pamplona de claveles y sangre
y hace mover las piedras de burgos y burgueses.

Porque llega el proceso de la alegre procesión,
y todo, viejo y nuevo, revive y se levanta.

LA TARDE EN QUE NO FUI A LA CORRIDA

Senadores y diputados a Cortes, casi desconocidos en esta plaza, invitados por el alcalde de Pamplona, tomamos café y copas de pacharán en la sala de cuadros del Ayuntamiento, enriquecida ahora con el de San Fermín, brillante y brioso, que acaba de llegar de Lazcano.

Llegan de pronto las mulillas rojiamarillas a la plaza, y salimos al balcón, que da siempre algo de escalofrío municipal. Nos lleva luego la música de «La Pamplonesa» a paso ligero, *allegro ma non troppo*, cuando la tarde sanferminera se despreza del vino, de la enésima buena comida, del tabaco, y de ese impenitente sueño dorado de una alegría sin fin.

Es ésta otra procesión ritual, marcada por el itinerario, la hora y el objetivo implacable, que es la muerte del toro en la plaza. Es la laica «compaña», que sabe bien su fatal destino.

Ya estamos a las puertas del *circus maximus* de Pamplona, alborotado de gente, donde desemboca cada tarde el rudo río de la Fiesta, donde se remansa y reposa, se justifica en sangre de totem, y vuelve otra vez a irrumpir en la noche negra y alta, hasta quedar casi quieto, para saltar otra vez en el encierro como un mantial matutino.

No entro. Si uno no tuviera una pizca al menos de respeto a los humanos que aman la fiesta llamada nacional, diría que la

aborrece hasta las cachas. Y que el Club Taurino me perdone, y el presidente de la corrida de ayer, que es amigo mío, y los beneméritos programadores de los Sanfermines.

Eugenio Noel y otros buenos escritores me enseñaron a poner en orden mis repulsas instintivas ante esta fiesta de la sangre y de la muerte, adornada por el arte, el valor y un entorno de encantos. Me parece un bárbaro residuo de épocas bárbaras, que todos los progresistas que se preciaban despreciaban hasta hace poco. Pero ojo con este otro mito del progresismo. Porque hermosos y activos progresistas, y finos escritores también, van a los toros y nadie los ha excluido de la lista de los justos. Lejos de mí la funesta manía de generalizar.

He leído mucha buena prosa y muchos excelentes poemas que se han escrito sobre la fiesta taurina –Hemingway, o Gerardo, o Rafael (Alberti y Morales)– y entre eso y la musiquilla sanferminera, que uno lleva en el tuétano, me han puesto a veces al borde del corto abismo de la plaza. He aguantado después en mi vida profesional algunas corridas, casi siempre hasta el segundo toro.

Que me dejen de símbolos, de totems nacionales, de historias, que sí, que no lo niego. Pero no vamos a estar toda la vida con las mismas herencias. Que no estamos en tiempos de Minos, de Mitra, ni ésta es siquiera la España de Goya, del Estudiante de Falces, de Picasso o de Solana. Que no quiero el horror que se hace fiesta para poder encararlo mejor. Que para catarsis colectivas está la música, el deporte, o la imaginación soltera.

Sé que a buena parte de la gente no le gustan las corridas, y sé también que no hay que poner en cuestión y sin respeto el culto oficial del torerío so pena de graves riesgos.

No me vale la excusa de que en Sanfermines los toros son otra cosa, porque al fin y a la postre no lo son, si es que no son esa misma cosa más honda todavía.

Quien sabe qué secretos canalillos de violencia legal y ritualizada nos recorren desde las plazas de toros. Qué nubarrones reventados de sangre nos cierran el paso con ventoleras y todo de claveles, de pañuelos rojos y de lágrimas furtivas. Qué hados siniestros nos persiguen en las tardes desmayadas y abatidas por los ojos cegatones de los toros, pobres girasoles locos, y por los cuajarones de sangre arrancada entre aplausos y músicas de ejecución.

LA TARDE EN QUE NO FUI A LA CORRIDA

Pido perdón al alcalde por escribir un artículo que no van a premiarme unos jurados que asisten con puros oficiales a las corridas. Pero las tardes de toros, de matanza de toros, me parecen unas tardes acorraladas y acribilladas por las fuerzas más atávicas e incontrolables que nos vuelan por los aires en los ruedos.

Afortunadamente, el sacrificio ritual dura poco rato. Pero lo bastante como para que todos o casi todos vuelvan a celebrar a las pocas horas, la única pena de muerte oficial, de animales ya lo sé, que nos queda.

TORO NEGRO, ROJO, AZUL, NARANJA

Ay, negro toro de pena. Ay, rojo toro de sangre. Toro naranja de arena. Ay, toro azul de altos cielos.

Te vi ayer subir por el crepúsculo verde de la Rochapea, lucero oscuro de prisa y alboroto, nublar el Arga y perderte en las frondas de la noche festiva y misteriosa.

Te he visto hoy atravesar las calles de Pamplona, como un trueno de tormenta mañanera, tras el relámpago del cohete, asustando a las gentes, electrizadas de júbilo y de miedo.

Pero ahora estás solo, en esta plaza inmensa y alocada, corral inédito, dehesa amurallada, cielo empequeñecido. Sólo y extraño como una pieza prehistórica recién encontrada; como una presa única, perdida al fin a los pies de los cazadores.

Porque tú eres prehistoria. Eres el viejo totem de nuestro *saltus*. El superviviente de aquellas razas de animales y de hombres hechas al hambre, al frío y al fuego, a la lucha feroz de cada día, a la huida, a la defensa, al asalto, a la muerte prematura. Miles de años han dejado su huella sobre ti. Todos los colores son tuyos. Todos los olores y todos los dolores.

Negro todo de invierno, azul de primavera, rojo de verano, naranja de otoño.

Hace mucho tiempo que los hombres aprendieron a engañarte, a cazarte, a devorarte. Pero guardan también, de padres a hijos, la vieja costumbre de rendirte culto, porque eras el más fuerte, el más ágil, el más fecundo.

Azul de cielo, naranja de lunas, rojo de pasiones, negro de duelos.

Te buscaron un campo parecido al que pastabas. Lo adornaron con todos tus colores de siglos. Trajeron la arena de las orillas de los ríos que limpiaban tu sed, de los secarrales donde dabas cuenta de tus enemigos. Eligieron días de sol, el otro dios que un día te hizo sombra, tu más fiel compañero de vida. Pusieron músicas alegres y rítmicas que recuerdan las danzas con las que aprendieron a prenderte, con las que pensaban aplacarte y eternizarte. Y vistieron de mago mágico al hombre que iba a continuar el rito de tu apoteosis y de tu muerte.

Ayer, por la noche, y hoy, por la mañana, fuiste, como antaño, el protagonista. El más fuerte, el más ágil, el mejor armado. Ahora, quien va a acabar contigo, al celebrarte como el animal más bello y heroico, celebrará, entre aplausos o pitos, la primacía y la victoria del hombre sobre ti, de la inteligencia sobre el instinto, del arte sobre la fuerza.

Porque eres un símbolo ejemplar de la historia del hombre, no puedes faltar en nuestras fiestas populares. Somos un pueblo tradicional y apegado a la historia que nos hizo. Un pueblo que, a recio golpe con su destino, conserva la memoria telúrica de lo que primigeniamente fue, tal vez para superar su oscuro origen, tal vez para no olvidarlo nunca del todo.

Toro-naturaleza, toro-universo.

Naranja y azul, rojo y negro. Toro de aire y de agua, de fuego y de tierra con sangre.

Toro-hombre, toro-antihombre, sin el que el hombre no puede pasar, porque no puede pasar sin el hondón más remoto y bronco de su estirpe.

Ay, negro toro de pena. Ay, rojo toro de sangre. Toro naranja de arena. Ay, toro azul de altos cielos.

SANFERMINES DE SANGRE

A Germán Rodríguez Sainz

¡Qué Sanfermines de sangre
por el toro de tu cuerpo!
¡Qué pezuñas de metralla
por la fiebre de tu «encierro»!

.....

Pañuelos de viento rojo
arrebataban tus sueños.
Mil puños de rebeldía
levantaban tu resuello.
La tarde se puso torva
por la pólvora y el miedo
y la plaza de la muerte
fue de lucha cuerpo a cuerpo.
Las calles se hicieron selva.
El odio apagó luceros.
La sangre saltó a las manos,
las manos se hicieron cepos.
Los fusiles imponían
su ley de terror y cieno.

Una bala te rompió
la vida como un espejo.

VICTOR MANUEL ARBELOA

Mugieron todos los toros
que pastaban su degüello.
Toda la historia navarra
regoldó sus cementerios.
Olía a toro la sangre.
Olía la noche a muerto.
Era toda la ciudad
un funeral descompuesto:
tumultos y barricadas,
catafalcos de silencios.
Te llevaste nuestras fiestas
en tu luto sin aliento.

.....

¡Qué Sanfermines de sangre
por el toro de tu cuerpo!
¡Qué pezuñas de metralla
en la fiebre de tu «encierro»!

POR LA NAVARRA DESPOBLADA

He estado a punto de titular este artículo «Por la Navarra desierta», «Por la Navarra abandonada», o cosas así pero no he querido pasarme de listo ni de sensacionalista.

La tarde es limpia y calurosa y huele a hierba seca. Al llegar a la carretera de Alzuza huele a estercolero, lo mismo que al pasar junto a la carretera de Lerruz. Qué bochornos tercermundistas en tantos sitios de Navarra. Para colmo, un camión que viene de una fábrica cercana, va manchando la carretera principal de cartones y papeles. Menos mal que después de Urroz nos sosiega un río Erro transparente aunque débil, que nos trae nostalgias del Adi y de Sorogain.

Desde Beortegui tomamos, para no dejarlo en toda la tarde, el camino forestal. Vamos a saltos, como a trote de laderas y barrancos. Entramos en una inmensa soledad verde azulada, de clima más mediterráneo que atlántico, poblada de pinos silvestres, enebros enanos y amplios bojerales, con algunos robles pobres —*quercus toza*—, restos de los grandes bosques perdidos por incendios y talas salvajes. Subimos por la sierra de Labia y a nuestra izquierda seestean al sol los pueblecitos casi quietos de Janáriz, Os-cáriz y Zalba.

No había estado nunca en Espoz ni en ninguno de los núcleos humanos que visitaré esta tarde. Para que luego haga uno alardes

de nada. En el camino encontramos a uno de sus tres habitantes y sube con nosotros. Vive en una casa grande con otros dos hermanos también mayores. Hace muchos años vivieron otras familias en casas de piedra ahora deshabitadas. Sobre la puerta de una de ellas, una cara humana en piedra y dos animales a los lados. Como si fuera una prefiguración. Al final, entre fresnos altos, el atrio-cementerio de una pobre y fuerte iglesia rural, todo casi cercado por la hierba. Varias estelas antiguas aquí y allí. Un trozo de tierra removida y unas flores secas. Era el cuarto hermano. Me dicen que el día del entierro, hace dos meses, los hombres lloraban estremecedoramente. Cerca, la cruz de la tumba de la madre, muerta a los 93 años. La campana se esconde casi en la pequeña torre. Tiene que ser terrible o maravilloso, no sé, oírla aquí. El interior está relativamente limpio. Las imágenes del altar parecen implorar más que escuchar imploraciones. Hay un precioso San Millán y una Virgen tal vez del Rosario, que aquí es inmensa ternura. Reprimo con dificultad las lágrimas.

Detrás de esta montaña está Loizu y más arriba Aincioa, pueblo que me encantó cuanto lo visité hace algo más de un año. Aquí no hay luz, ni agua, ni teléfono, ni tele. Desde hace tres años hay un camino desde Uriz. Parece que los servicios de la Diputación van a intentar hacer algo esta vez con éxito. Si quieren poner los tres hermanos un establo, la luz es indispensable.

—Dios le oiga.

Atravesamos ahora la sierra de Labia. Vamos rozando los espinos blancos, las zarzas y algunas madre selvas. Dejamos a la izquierda el despoblado de Urdíroz, pasamos el Urrobi, que da gusto verlo, ladeamos el despoblado del mismo nombre, donde dicen que hubo minas de cobre, y paramos en la fuente musgosa y verdosa de Iturroz. Es fresca, como su nombre lo dice. Ya estamos en Imízcoz, donde hay cuatro casas y una familia. Pero aquí está doña Modesta, que nos da agua y leche fría y nos acoge en una casa hermosa, bien cuidada, donde hay televisión y unos cuadros con hermosos caballos rojos, raza Burguete, que andan por aquí. Nos enseña una cuidadísima iglesia, con techo de madera y una Virgen románica, un poco deteriorada.

—Pero si la llevan, ¿la devolverán?

—Tendrían que devolverla.

Se juntan doce o trece personas los domingos. Tienen un generador de luz. El agua la traen por su cuenta. Una potente línea pasa cerca, que lleva la luz de Oroz Betelu a Rentería. Ya tiene esto que ver, ya. Menos mal que la concentración ha puesto las cosas más fáciles.

Desde aquí, las Peñas de Aincioa tienen forma de sierra o de animal al acoso, y el Elke y el Pausarán están mucho más cerca.

Gorraiz está a unos minutos de camino forestal. Dos familias volvieron cuando la Diputación abrió los caminos y otras dos pasan aquí el verano. Tiene generadores de luz y se trajeron, solitos, el agua. La Virgen Blanca, o de las Nieves, de yeso y arpillera, que se quedó sola, es todo un símbolo de resistencia, y parece mucho más guapa. Y como la concentración está haciéndose, hay también un poco de esperanza.

Rodeamos el Pausarán, que es un cono más recio de lo que parecía, y bajamos como podemos hacia Oroz Betelu, que para quienes leímos el libro de Cabodevilla es siempre *San Josecho a lápiz*. Lo vemos desde aquí blanco y rojo que es un primor, lengüeteado por el Irati y con un puente de plata para escaparse hasta Azparren, donde vive el acalde del Valle de Arce, hermano del que fue cura de San Josecho, tan buen párroco como buen escritor e historiador de la zona, muerto en plena tarea.

No podemos detenernos en Oroz, pero le seguimos al río, en uno de los más bellos recorridos de Navarra, hasta Artozqui, donde nos espera la alcaldesa entre flores y calores de julio. Y mientras tomamos cerveza, hablamos del pantano chico de Alduntza, que evitará el grande de Lumbier. ¡Si todo se hiciera bien —nos dicen—, y el agua fuera para Navarra, y a la gente, forzosamente desplazada, se le tratase como a las personas! En otros sitios de Europa, cuando viene el agua o la mina, se hace el pueblo nuevo al lado, lo más parecido al anterior, a veces con las mimas piedras. ¿Y por qué no aquí?

Vamos hacia Equiza, que se hace tarde. Seguimos casi el cauce de la regata. Entre los montes de Areta, la sierra de Archuba y

la de Zariquieta cerca de Urraul y de la Aézkoa, Equiza puede parecer un hostel de verano. La verdad es que doña Crescencia, natural de Arive y casada con un hermano de doña Modesta, tiene aires de dueña de hostel. Nos da chorizo de cerdo y jabalí y un vino negro, demasiado suave para estar a tono con el sabroso embutido. Ignacio, que es de Igoa y trabaja en la casa, es delgado y alto como un haya, pero no nos acompaña en el saque.

La casa está construida sobre la piedra del monte y está empinada como él. Es una típica casa montañesa navarra, llena de recuerdos familiares. El jabalí y el águila real disecados son algunos de sus tesoros caseros. Tienen generador eléctrico y televisión, y suben el agua de la regata con el ariete o «fraile».

Cae la tarde y tenemos que llegar a Larrángoiz. Recorremos un trecho de la cañada que baja de las Abaurreas a Milagro y donde el coche no zangolotea tanto. Allí abajo el despoblado de Arizcuren, trepado por los arbustos, es una ruina donde riñen la estética y la piedad histórica. Dejamos la cañada y por difíciles caminos forestales atravesamos la sierra de Zariquieta. Apenas puedo ver las ruinas del despoblado del mismo nombre, azuladas por los faros del coche, y entre las que me dicen están los restos de una iglesia de valor. Dejamos también a la izquierda las sombras de lo que un día fueron Javerri y Larequi. Enlazamos con la carretera de Meoz a Murillo y llegamos al caserío de Larrángoiz, que se descolgó del pueblo viejo colgado en la sierra de Gongólaz, y que se nos queda como punto de partida de otro viaje.

A pesar del empeño de nuestro amigo montero, no hemos visto al jabalí.

Tierra dura de montes y sierras, barrancos y hondonadas. País de desolados, despoblados, señoríos y cotos redondos. Patria de emigrantes. Valles de desolación y de salvaje hermosura.

Hombres como José Antonio Larrea, que conoce al dedillo estos parajes, que los recorre, que los ama apasionadamente, que los estudia para buscarles un futuro de posibilidades, deben escribir sobre esta zona de dolor y de sueño, describirla, para que la conozcamos mejor y sea tan nuestra como las otras.

POR LA NAVARRA DESPOBLADA

¿Qué va a hacer la Diputación con estos miles de hectáreas de patrimonio? ¿Un parque natural? ¿Un coto social de caza? ¿Las dos cosas? Ojalá que todo se haga pronto. Ya hay algo bueno en marcha: las cooperativas de aprovechadores del monte, que tanto éxito van teniendo en Cataluña.

Pasa el río Erro silencioso y cauto. Vamos a Pamplona. Allí tenemos luz, teléfonos, máquinas y hasta uno puede escribir artículos para lucirse con la oscuridad de los demás.



EL RETABLO DE ARALAR, A SU SITIO

(Aralar'ko erretaula, bere lekura)

Vengo de San Miguel de Aralar. Hemos subido en coche por el camino de Huarte, que hace poco se abrió e inauguró con pompa y júbilo, y ahora está tan descuidado, que puede cerrarse cualquier día.

Un sol cansado de tan bello, el sol de otoño, se recostaba entero sobre las cordilleras y sobre la barranca del Araquil. Las hayas, los robles, los arces y los castaños eran un puro regocijo. Volver por Baraibar era atravesar por medio de una fiesta forestal.

Pero ni la emoción del paisaje, ni la honda y alegre liturgia en euskara, ni la comida buena y barata, ni la risa de don Inocencio, uno de los pocos inocentes que nos quedan, y que lo preside todo, pueden sustraerme la tristeza de no ver por allí el retablo de Aralar, que contemplé por última vez en Madrid, en la exposición solemne tras su robo y su recuperación. ¿Dónde está ahora, quién lo contempla, quién calla, goza, reza ante él?

En la última sesión plenaria de la Asamblea parlamentaria del Consejo de Europa tuvimos que vérnoslas con un informe de la Comisión de Cultura y educación sobre la recuperación de las obras de arte, cuestión promovida sobre todo por los delegados de países que, como Grecia, se sienten expoliados artísticamente por ex potencias coloniales como Gran Bretaña.

La Asamblea llegó a la solución salomónica de reconocer que el patrimonio cultural europeo pertenece a todos los europeos, que a todos debe estar accesible, y de invitar a la vez a todos los países miembros del Consejo de Europa a colaborar, sobre bases bilaterales, a la devolución de ciertos bienes culturales a países no europeos.

Al mismo tiempo la Asamblea reconocía las bien fundadas razones de muchos países para recuperar su patrimonio cultural e impulsaba todas las iniciativas tendentes a favorecer la devolución negociada de ciertos elementos del patrimonio cultural a sus países de origen.

Las obras de arte destinadas a un lugar y a un objetivo concretos no deben estar siempre en las ciudades grandes ni en los museos centrales. Ni todo el tesoro gótico francés está en París ni todo el arte románico catalán está en Barcelona. A ser posible, deben estar, protegidas y accesibles, en sus lugares de origen y de finalidad. Deben estar en su sitio propio.

Y el sitio del retablo de Aralar es el santuario de San Miguel de Aralar (*ara-larre*), de San Miguel de excelsis.

Desde allí nos mira el Arcángel, desde allí mira a sus imágenes compañeras del frontal, entre las que está San Gabriel:

*Aralar'tik Mikel
begira dago.*

Pueblo, reyes y obispos de «la nación de los navarros», desde los tiempos más duros de la Reconquista, tuvieron en Aralar uno de sus santuarios más queridos, uno de sus patronos más venerados, defensor de la frontera occidental del Reyno. La Virgen Madre del Salvador y el Arcángel San Miguel fueron dos cultos permanentes e importantes de la diócesis de Pamplona. Aralar es el tercer santuario navarro tras la catedral de Iruña, consagrada a la Virgen Madre del Salvador, y San Salvador de Leyre.

El retablo de Aralar es todo un testigo de excepción. Sus láminas de metal dorado y esmaltado con la imagen de la Virgen del Sagrario de la catedral de Pamplona, a la que era anejo el Santuario de San Miguel, fueron sacadas de la «oscuridad de su

EL RETABLO DE ARALAR, A SU SITIO

capilla» románica y colocadas en la capilla mayor del santuario en 1765. Ocho siglos de fidelidad por encima de cambios políticos, invasiones, robos y pillajes, son el argumento principal para su restablecimiento.

San Miguel de Aralar no es un sitio aislado. Es uno de nuestros lugares sacros más frecuentados, más populares.

El retablo de Aralar merece y necesita la mejor protección y los mejores cuidados, que la Consejería de Educación y Cultura y la Diócesis de Pamplona pueden muy bien prestárselos. Si fuera menester, estoy seguro de ello, el Ministerio de Cultura, en manos de personas sensibles como pocas, podría hacer el resto.

El retablo de Aralar debe volver a Aralar, cuando y como lo digan los expertos y los responsables del tesoro.

No sólo San Miguel. También el retablo pide a gritos su trono natural.

*Izan beti tronutzat
Aralar mendia*

ENTRE ARALAR Y ZAMARCE

(Corpus en San Miguel)

Hay rosas, muchas rosas, a derecha e izquierda. Y cremosas flores de saúco por todas partes.

—Qué es lo que sabemos, si no sabemos para qué sirve la flor del saúco?, decía el señor Cayo, el personaje de la novela de Delibes.

Sarasa y Sarasate parecen querer animar a la mañana gris de este día de junio, que va con la cabeza baja.

La cuenca del Larraun se aprieta de verde cejijunto. Y la flor del espino albar nieva aquí y allí el vuelo de las faldas plisadas de la sierra de Aralar.

La cola de los coches se alarga en todas las direcciones. Hay un gentío arracimado en el bar, entre las innumerables tiendas de rosquillas con ramas de madroño, y luego en la pequeña iglesia que no está para estos trotes.

El sol se empeña en abrir un ojo, pero vienen unas nubes torvas y se lo cierran. Unos flecos de nieblas se enredan en los farallones de San Donato. Hace frío.

La gente, casi toda de pie, canta y reza en vascuence con temple y brio. La misa es un poco larga, como casi siempre que se está de pie. Me hundo en la emoción de mis orígenes que van más

allá del siglo XII, cuando se levanta esta iglesia sobre otra anterior, dedicada a San Miguel *in excelsis*, en lo alto.

Sobrecoge la oscuridad del templo, la humedad visible y sensible, la austeridad de la decoración románica, el fervor de este pueblo tradicional y al día. De vez en cuando alguien mueve las cadenas «de» Teodosio de Goñi.

La procesión es también austera y simple. Vamos en prieto y desordenado pelotón tras el pobre palio hasta la ermita de la campana. Unos cantos, una bendición rápida con el Santísimo, dos ramos de claveles y unos pétalos de rosas en el suelo. Aquí el altar es la inmensa geografía, desde la sierra de Cantabria hasta Izaga, que se levanta allí como una mano pálida. Las sierras de Satrústegui y San Donato se inclinan de siglos y de hayas. Y la cuenca profunda del Araquil, labradora y fabril, es desde aquí un largo manantial de silencio y de belleza.

Unas nubes panzudas, oscuras y feas, pesan sobre nosotros. La gente se va pronto y quedan muchas rosquillas por vender. Grupos de jóvenes se desparraman por la sierra, y otros nos abrigamos con la sabrosa *sukaldea* de la hospedería.

Aralar, uno de los más bellos parajes de Navarra, uno de los más primitivos monumentos históricos-artísticos, nudo de amistad navarro-guipuzcoana, necesita una seria reestructuración. En ese contexto, y con todas las medidas de seguridad que hagan al caso, debe volver al santuario el retablo de San Miguel. Brilla hoy por su ausencia el retablo. Brillan —¿dónde están?— la Virgen y el Niño, majestuosos y sonrientes, envueltos en la gloria de la mandorla polilobulada, y los esmaltes de los Apóstoles, de los Magos y del Arcángel.

Don Inocencio está más pesimista que nunca.

Bajamos también nosotros, y no a pie, por el camino abierto hace cuatro años, hacia Huarte. En el primer tramo, parece una carrera de obstáculos. El puente viejo, forrado en parte por la yedra, está débil y el Ayuntamiento hace planes para construir otro. ¿Cómo será, Dios mío?

Aún conserva la villa el aire y hasta el espacio del antiguo

asentamiento fortificado, cercado de murallas y torres, levantado en tiempos de Carlos II. Hoy está muy remozada y elegante tras varios incendios sufridos en su historia. Lo peor son los accesos a la carretera principal, donde muchas personas han dejado la vida, y que ahora traen a mal traer a los que gobiernan el pueblo.

En la calle mayor, ancha como una avenida, está el suelo adornado aún con las hierbas de la procesión de esta mañana. La iglesia, recién restaurada con el trabajo de todos, está limpia y luciente como el oro. Huele a cera. El órgano barroco espera las manos, aunque no sean de nieve, que le ayuden a recuperarse. Todo está claro y bien puesto. El retablo principal es un soberbio conjunto, mezclado de épocas, donde esplenden de lozanía renacentista la estatua de San Juan y de la Virgen de los Remedios y los relieves del Sepulcro y de la Resurrección.

De aquí vamos a Zamarce, no sin antes tomarnos algo fresco. El alcalde, los concejales y el párroco son amables, serenos y activos, y me dicen las principales preocupaciones que tienen. Hay más para otro día. Pero, ¿qué puedo hacer yo, pobre de mí?

Las dos casas adjuntas al viejo monasterio de Santa María de Zamarce son una galería de rosas, que hacen la entrada casi triunfal. Desconocido por muchos, fue en sus tiempos de esplendor un centro de vida activa religiosa que tenía como filial la iglesia de San Miguel *in excelsis*. Esta le fue desplazando ya a principios del siglo XII, y quedó hasta hoy en manos del Cabildo catedral de Pamplona.

La iglesia que queda necesita una seria restauración. Una ventana del ábside y la portada son una filigrana románica de columnas, arcos y capiteles. Bellos entrelazos, cesterías, hojas, palmetas, roleos y frutos. Quedan algunos canecillos intactos, a pesar del incendio que arrasó las cubiertas. Una hilera de fresnos guarda este encanto por la parte norte, bajo el fiero peñasco de Aitztondo, habitado un tiempo, según me dicen, por buitres. Que también hubo brujas nos dice el nombre vasco de Sorginleze, —cueva de brujas—, que se le da a un abrigo en la base de la roca.

Cuando volvemos hace un buen sol. No les vendrá mal, si la boira no lo tapa, a los que a estas horas ya meriendan en Aralar.

Después de visitar Aránzazu y de bajar del Aitzgorri, llegó a Huarte en tren, un día de setiembre de 1909, don Miguel de Unamuno, con varios amigos. Acompañados del «mandadero», tardaron en subir al santuario, a últimas horas de la tarde, dos horas y media, por un camino «en continuos rezagos, pedregoso y áspero». Según Unamuno, el capellán don Miguel «el gran don Miguel», recientemente fallecido, se opuso siempre a que la Diputación hiciese la carretera: «Cuanto más áspero y escabroso el camino, más mérito el de la romería y peregrinación». También se oponía, por lo visto, el capellán a que se sirviese café –bastaba con chocolate y aguardiente– pero no a que se pusiese el teléfono, que por entonces ya funcionaba.

Unamuno encontró la hospedería «de aspecto conventual, pero confortable, sencilla y limpia». Les despertaron pronto al día siguiente y bajaron –«qué remedio»!– a misa. Tras el desayuno, presenciaron en la Iglesia el «baile del brochado» que hacían las criadas o «diaconisas» al encerar el suelo con un pie desnudo sobre la brocha y un pañolito blanco a la cabeza.

Como no estaba el capellán, no pudieron ver el «magnífico frontal de esmalte» que alguien les dijo que era nada menos que parte del sepulcro de Constantino el Grande. Pero a don Miguel de Unamuno y a sus amigos les alegraron los ojos cuatro señoritas de Huarte, que subieron al santuario con fines penitenciales: «Eran unas muchachas de un despejo y una soltura admirables. Estas hijas de las pequeñas villas, y más si son navarras, tienen una soltura, una franqueza y animosidad de trato, una naturaleza en el portarse, de que carecen la hijas de las pequeñas ciudades agarrotadas por convenciones ridículas».

Por gracia especial, y tras haber comprado, como piadosos recuerdos, sendos folletos de la historia compendiada del santuario y la novena, les dieron de comer media hora antes de las doce, hora ritual.

Bajaron a Huarte Araquil, «a trechos por atajos, siguiendo los postes del teléfono» y tomaron el tren para Vitoria.

Los peregrinos no debían de conocer Zamarce.

TARDE DE CALOR EN BEIRE Y PITILLAS

Salimos de Olite tras sacarnos unas fotos, al sol que más calienta, en la puerta del Parador y ante el claustro y pórtico de Santa María.

Se asan los apóstoles góticos, con tanto manto, tanta barba y tanta melena, y se retuercen de calor las hojas de vid, roble, castaño, hiedra y cardo del tímpano. Echa fuego.

Por el carretil que nos lleva a Beire saltan y vuelan los gorriones que pican los granos de los rastros. Están torpes y atontados.

Son las siete cuando llegamos al pueblo. Pasamos por el puente medieval que, más que salvar, oculta las aguas del Zidacos. Tan mermado, horizontal y verde baja, que parece un lagarto al sol.

Beire, tan cercano al Castillo, anduvo de mano en mano de reyes, vizcondes, alféreces y caballerizos.

Hoy está toda la villa en obras de abastecimiento, saneamiento y depuración, que han sido los tres problemas más acuciantes de estos últimos años. Están levantadas las calles y hay polvo por todas partes, según me dicen los del pueblo. Cosas del progreso. Esto no ocurriría en tiempos de D. Bernalt de Ezpeleta. Están los obreros dándole a la perforadora, desnudos de medio cuerpo y la

cara rojinegra, cosa mala. Hoy todo el mundo está desnudo de medio cuerpo, si no puede estar de cuerpo entero.

Bebemos agua del chorrillo de la fuente de la plaza.

—¿Se puede beber agua en Beire?

Dejémonos de coñas: se puede. Ahora sí. Los tifus y las diarreas, sobre todo mientras y después de fiestas, son sólo un mal recuerdo. Han conseguido dar con un buen pozo de la sierra, que trae el agua que acabamos de beber, y, por si acaso, la cloran.

El Zidacos que baja, tras la paliza de Tafalla y Olite, achacososo y mal cargado, es siempre un peligro público. La cosa es que desde 1967 se viene hablando de la depuradora, que parece que sí, que ahora, que el año que viene, y nunca llega. ¿Y con qué agua se van a regar los huertos?

Del Ayuntamiento, renovado y cómodo, vamos a ver la pequeña iglesia de San Millán, sobre cuyos sillares descarga el sol sin compasión. La torre y la espadaña decimonónicas no saben cómo quitárselo de encima.

En los capiteles de la portada gótica suda el santo, de joven pastor, y suda la caballería que lleva sus restos hasta la Cogolla, donde repican las campanas.

Entramos. Es un alivio. Dos frailes franciscanos, del convento de Olite, guipuzcoanos y sudorosos, con sandalias y blusa floja, preparan el Rosario y la Misa, que van a empezar. Me gustan la parte gótica del templo, la pila del agua bendita y el patrono, que preside con el libro y el báculo, aunque no sé si por el repinte moderno que lleva encima o por qué, me parece que está sudando.

Un discreto sepulcro de mármol negro, bajo el símbolo del león rampante, guarda los restos del Conde de Ezpeleta de Beyre (1741-1823) y de su esposa María Paz Enrile, gaditana, «la mujer más linda de su tiempo». Hijo de D. Joaquín Ezpeleta, pamplonés y señor de Beire, y de Doña María Ignacia Galdeano, olitense, fue, entre otras cosas, alcalde perpetuo del palacio de Olite, merino mayor de la Merindad, capitán general de Cuba, consejero de Estado, virrey de Nueva Granada, virrey de Navarra y capitán general de los reales ejércitos. Nació en Barcelona y murió en Pam-

plona, poco después de que el mariscal guerrillero Espoz y Mina, fugitivo de Francia, y su adversario levantisco, fuera nombrado por Fernando VII comandante general de Navarra.

Volvemos a beber de la fuente de la plaza, y en el bar, donde los hombres juegan a las cartas, y los jóvenes entran y salen no sabiendo dónde se suda menos.

Me alegro de que los estudiantes claretianos ya no estén en el destartado edificio, otrora propiedad de los Condes, para que no pasen calor, porque ni los cipreses altos de la huerta hubieran podido aliviarles.

Recorremos el pueblo, que conserva bien su estructura de piedra. En casa de los Jaurrieta y los Esparza quema el sol que guía al animal pasante del escudo.

Me detengo ante la casa rectangular de los Galdiano, dos balcones de hierro y yeso ennegrecido, de donde salió un día difícil, siendo mozo, Lázaro, «cuyas ricas colecciones de arte pueden admirarse en la que fue su casa particular», como reza la guía del Museo Lázaro Galdiano de Madrid. Español hasta el tuétano dentro de España y en su exilio americano, entregó a su patria una de las mejores colecciones que tenemos y fue inaugurada su permanente exposición nada menos que por el Jefe del Estado, Francisco Franco, el 27 de enero de 1951.

Hay que recuperar también para la cultura navarra a este admirable Mecenas de Beire.

Cerca de Pitillas hay un campo de girasoles, con sus grandes ojos amarillos, de espaldas al sol que, por fin, se pone. No hay un solo pájaro, a no ser los vencejos infatigables que dan vueltas y vueltas a la torre herreriana del pueblo.

En el Ayuntamiento de Pitillas, a pesar de ser de piedra, y de piedra del siglo XVII, también hace calor.

No nos refrescan ni las acacias de la lonja, que aquí, como en todas partes, se llama atrio, ni esos otros árboles de grandes hojas y amentos afilados, que nadie sabe cómo se llaman, y que un día trajeron «de Diputación».

Entramos por el hermoso pórtico dieciochesco a una iglesia

grande y bonita, construida en torno a 1.600, ampliada a primeros de siglo. Nos perdemos en una floresta de retablos barrocos, donde anduvo la mano del maestro arquitecto Juan Zapater. San Pedro es el patrón, que está hasta en el escudo del pueblo, pero aquí se le caen las llaves. Oros y rojos por todas partes. Como el 29 de junio, que es su santo, era demasiado pronto, escogieron el 31 de agosto, fiesta de San Ramón Nonato, otro santo con lienzo y retablo, para empezar las fiestas populares. Pero como ahora las clases empiezan pronto, terminan ese día los festejos. Comienzan con la salve y luego, en los porches del Ayuntamiento, se reparte melocotón con vino que es un gustazo.

Sobre el tornavoz del púlpito bailan unos niños juguetones, para aliviar sin duda las cosas terribles que, según el alguacil, se decían «antes» desde ahí.

La Virgen y el Niño de la talla gótica del altar miran entre ingenuos y ensimismados, como si fueran a hacerles un retrato. Porque la bajaron de la ermita de Santa Ana, hoy en ruinas, algunos la confunden con la talla de su madre. Algo anterior es el Cristo muerto en majestad del altar de la derecha, plácido en la entrega a la muerte, vencida por su gloria.

En el alto coro ya ni se ve ni se oye, ay, el viejo órgano que vendieron hace años.

Parece, por lo que dicen los libros, que en la casa parroquial se guarda un pequeño museo, con obras que van del XVI al XIX, pero ya es tarde y hace calor. Los vencejos, que aquí llaman grillos, no dejan de chillar y de hacer bellísimas piruetas.

Entre dos luces, vamos a ver la villa de piedra. Pocos pueblos como Pitillas pueden lucir calles como la de Matías Sagardoy, José Antonio Elola, San Ramón Nonato, San José, plaza Juan Carlos I (antes del Raso). Palacios de Goñis Ubagos, Jaurrietas-Esparzas, López de San Román... Con herederos de uno de estos palacios barrocos emparentó aquel hombre fuerte del franquismo que fue José Antonio Elola, que hizo cosas por el pueblo. Lástima que varias de estas casonas estén ya vacías o semivacías.

En el caserón que fue de las Jesuitinas se alberga «La Sociedad» y en sus ventanas y balcones toman la fresca inexistente chicos y chicas que aquí tienen su centro recreativo. En el salón que fue un día capilla se oyeron los primeros mítines en 1977.

Una larga historia ésta de las monjas y el «herencio» de la huerta y de la casa. No imaginó aquel paisano, obispo de Vitoria, Cadena y Eleta, quien trajo a las religiosas, que las cosas iban a complicarse tanto entre su familia –casa fuerte con higuera–, el Ayuntamiento y la Diócesis. Jesús Sagardoy se sabe esa historia de pe a pa, y espera ahora poner la casa de cultura en el inmueble, en cuanto el actual arzobispo firme el traspaso de la finca.

Más agua en casa de Jesús y peras frescas. No hay quien nos sacie la sed.

Nos acercamos a la laguna de Pitillas a ver si por allí pega el aire.

Ya en 1348 el Concejo propuso al Gobernador del Reino encargarse de la laguna real de Sabasán, con facultad sobre aguas y caza de los alrededores, a cambio de cuatro cahices de pan al año a perpetuidad. Los reyes primero y los otros señores de la villa después, como los mariscales de Navarra en el siglo XVII, preferían quedarse con los azulones y las fochas.

Se mueven los carrizos con el bochorno y brilla en la noche el agua cerca del murallón de la presa. La falta de agua ha despoblado estos pueblos. El pantano de Mairaga, me dicen, solucionará el problema del agua potable y de uso industrial. En cuanto al plan «maestro» que llega también a estas tierras, mantienen sus reservas. No se hable más.

Se ven luces por el cielo nuboso y cariacontecido. Se remueven más aún los carrizos. Un relámpago, entre nervioso y miedoso, santigua la noche bardenera. Luego otro y otro, a derecha e izquierda, algo más disimulados por las nubes, dejan ver brillos en la superficie y alumbran el cabezo de la ermita de Santo Domingo, cuya romería se hace el día de San Gregorio. Truena.

Los carrizos se agitan y el bochorno arrecia. Nos vamos. Caen unos goterones. Llevamos delante el cuarto creciente de la luna.

Pasado Olite, ya no llueve. En Unzué bebemos con avidez de los caños de la fuente, a la entrada del pueblo.

VICTOR MANUEL ARBELOA

En Pamplona nos dicen que ha sido el día más caluroso del verano.

Hace calor.

DE PAMPLONA A PETILLA

(En el cincuentenario de Ramón y Cajal)

Los chopos que acompañan al río Elorz están tan amarillos que no es de envidia, qué va, sino de alegría. El sol del último octubre nos embadurna de regocijo.

Mejor es no mirar la Higa —dije de azabache o de coral en forma de puño— hasta que no cicatrice la feroz tajadura. Mejor es mirar a los chopos, al bosque junto al río, a la sombra arbolada del viejo castillo o a los geranios que saltan de gozo en los balcones y ventanas de Idocin.

Desde Lumbier vamos entre viñas de uva garnacha, recién vendimiadas, descoloridas, y dóciles. De tanto en tanto, entre las cepas blanquiamarillas, hay una de ópalo de fuego, que parece rebelarse contra no se sabe qué. Liédena es por detrás una cabellera rizada de pinos breves. Por delante, es romana y vinícola.

Racimamos golosamente algunas cepas últimas en la cuesta de Leyre, y el sol nos confirma dichosos y báquicos.

El pantano está alto y el agua baja. Sacan las testas deformadas algunos edificios del Tiermas termal, mientras por la puerta de las brujas del pueblo alto se escapan todos los fantasmas.

Berdún es un balcón perfecto al sol del otoño. El río Aragón viene plácido por aquí, entre alisos y álamos, sin tener que arrastrarse aún hacia el embalse o hacia el Ebro.

Cruzan algunas urracas la calma mañanera. No falta nada para el cuadro total.



Ya cerca de Jaca, Juan Ramón Corpas nos introduce en la maravilla románica de Santa Cruz de la Serós. (Qué muchacho éste, ya tan culto como un anciano). La guarda un castaño macizo, ahora dorado de lujo. Un guarda propinero nos explica correctamente el enjedrezado aragonés, la columna salomónica, el retablo gótico tan estropeado... Subimos hasta la extraña sala capitular, en medio de la torre, desde donde vemos otoñar las hayas junto a los farallones del monte Estellero y desparramarse el pequeño caserío color de hoja seca.

Cerca está San Caprasio, ermita protorrománica hecha de sillarejo y lajas. El santo venerable tiene en la mano un ramo de flores de saúco.

Subimos a San Juan de la Peña, bajo la pura peña rodada, estalactita histórica, cueva mozárabe, santuario románico, donde abrió los ojos el Reino de Aragón. La geografía nos trae el recuerdo de Covadonga, y la historia el recuerdo de Leyre.

¿Nos vamos a Petilla? Ruesta, tras el rodaje de «La Vaquilla» de Berlanga, parece asolada por la guerra. Pero es el tiempo, los tiempos, los que la han convertido en un airado cementerio, que guarda el ciprés de la torre.

Nos quedamos en Sos. Ya es tarde y sólo quedan huevos fritos con magra. El pueblo está solitario. Es una siesta de piedra al sol. Algunas personas se asoman a las ventanas cuando pasamos. Está el pueblo mucho más limpio. En el Parador hay jolgorio de bodas.

Cuando volvemos, al terminar la cuesta, vuela un milano orgulloso como un emperador.

Distinguimos aún las sonrisas de piedra en la portada de Santa María en Sangüesa y la pobre ruina del Palacio de los Reyes.

Llegamos a Leyre a la hora de vísperas. Allí perdemos la noción del tiempo en el espacio del entusiasmo. Y éste se nos escapa por todas las ranuras del recital de poesía en la Casa de Cultura de Sangüesa.

A los pocos días, 1 de noviembre, me toca volver casi por el mismo camino, esta vez hasta Petilla. Sólo por ver el derroche de

oro otoñal en las orillas del Irati hubiera merecido volver. Y por cruzar los ríos de Sangüesa. Y sus calles, que a los ríos se parecen tanto.

Las tres torres de Sos siguen contando las horas y los siglos. La torre del obispo de Navardún nos deja paso libre y llegamos más tarde de lo que quisiéramos a la fortaleza natural de Petilla de Aragón, que es de Navarra. «Una gran montaña, áspera y peñascosa, de pendientes descarnadas y abruptas, llena con su mole todo el horizonte», escribió Ramón y Cajal. Cuesta subirla. Parece un castillo frente a la sierra. La sierra es un inmenso bosque de pinos, de los que viven, bajo la tutela especial de la Diputación Foral, unas cuantas familias de petilleses.

A principios de los años sesenta, los pocos vecinos que quedaban de la fuga ininterrumpida decidieron quedarse arriba, junto a la iglesia románica y pura de San Millán. La tarde en que subieron los diputados Ripa, Uranga y Marco, se salvó Petilla. En otro caso, Rada o Figarol hubieran absorbido los últimos habitantes del enclave. Amadeo Marco continuó hasta el final la ayuda. «Sin él, Petilla no existiría», me dicen todos a coro. Por eso, el recuerdo de esa calle.

Se rehicieron las casas, demasiado iguales y hechas desde demasiado lejos, la verdad. Se trajo el agua desde San Basculín. Ya son lejana historia «las mezquinas casuchas», «sin una maceta en las ventanas, ni el más ligero adorno en las fachadas». Hoy hay rosas, claveles chinos, geranios.

Subimos al cementerio. Es grande, empinado, con cruces dispersas y lirios silvestres. Hecho para acoger a los 500 y hasta 700 habitantes que tuvo. Los cipreses parecen encogidos ante los ventarrones.

Desde aquí vemos palidecer el sol entre las fayas (hayas) de Fuentelizonas, Landreva y Faito. Amurallados entre el Castellón y el Poyo, vemos de cerca lo que aquí llaman rugas, esas «imponentes y colosales peñas a modo de tajantes hoces, especie de murallas ciclópeas surgidas allí a impulso de algún cataclismo geológico», como escribía D. Santiago. No hay nada parecido en Navarra.

Volvemos entre bujos (boj), ajenzos (ajenjos) y escaramujos. A la izquierda queda la ermita de la Virgen de Caridad, «tenida

en gran devoción». En el barranco enrojece el escarrón. Allí lejos, comienza a velarse la peña de Izaga. Y en la montaña a la derecha aún se ponen de pie los castillos de Sos, por donde vaga errante el recuerdo de aquella condesa madrileña que montaba a caballo, con la pistola al cinto.

Juega por el camino, con otras niñas, la única niña del pueblo en edad escolar que cada mañana va en taxi a Sangüesa.

Aquí vino un día en mulo el ya famoso médico. Lo recibieron, con el mayor de los cariños, el cura, el Ayuntamiento y las buenas gentes que lo emocionaron mucho más de lo que él previó. Aquí vio la miseria del pueblo y sobre él escribió páginas doloridas. Vio también «las ruinas del vetusto castillo» y la fábrica ruinosa de su casa natal, donde vivió dos años, «albergue de gente pordiosera y trashumante».

Hoy Cajal tiene en Petilla una calle, el título del Grupo escolar, ahora vacío, y un busto en la plaza frente al Ayuntamiento, regalo de un grupo de histólogos norteamericanos.

En la Sala del Ayuntamiento hay un retrato de Ramón y Cajal, en un gran cuadro, que el Colegio de Médicos de Navarra regaló al Ayuntamiento de Petilla el 12 de mayo de 1922 «en honor de su paisano Dr. Cajal». Tiene el maestro un libro entre las manos y delante el microscopio. Y escrito de su puño y letra, con fecha 1 de mayo, este hermoso texto: «Se ha dicho tantas veces que el problema de España es un problema de cultura. Urge, en efecto, si queremos incorporarnos a los pueblos civilizados cultivar intensamente los yermos de nuestra tierra y de nuestro cerebro, salvando para la prosperidad y enaltecimiento patrios todos los ríos que se pierden en el mar y todos los talentos que se pierden en la ignorancia».

¿Pensaba al escribir estas palabras en su pueblo natal? Hoy siguen siendo palabras que podrían estar en todos los Ayuntamientos.

Generoso Aguas, que es alcalde, y hace honor a su nombre, no nos deja volver así como así. El y el secretario han vuelto a contagiarme su cariño a Petilla.

VICTOR MANUEL ARBELOA

Aquí nació Santiago Ramón y Cajal; aquí nacieron y murieron muchos navarros. Y aquí viven, tan navarros, tan desconocidos. Entre las acogedoras y entrañables tierras del Alto Aragón.

La noche se ha cerrado pronto. Vienen y van los tractores por los caminos. Al llegar al Onsella comienza a llover a ráfagas. Mañana muchos árboles estrenarán invierno.

ABRIL EN SARRIA

Junto a Sarría
entré en el Arga,
entre los chopos,
que me guardaban.

Los peces, rojos.
El agua, mansa.
Las piedras, lábiles.
Las hierbas, altas.

Mañana alegre,
llena de gracia
como una virgen
enamorada.

En los ribazos,
junto a las malvas,
la luz discreta
de las aliagas.

Pinos devotos.
Cepas calladas.
Montes azules.
Lentas calandrias.

.....

VICTOR MANUEL ARBELOA

Dentro del río
sentí a Navarra
como una historia
de piedra y agua,
de viento y sangre
que me anegaba.

Flor de leyendas.
Carne humillada.
Densa corriente.
Sed en el alma.
Historia viva
que corre y calla,
que nunca muere,
que siempre mana.
Siempre soñando
mar de esperanzas.

Dentro del río
sentí el futuro
que me empujaba.
Sentí el pasado
—ya flor y rama—
Sentí el presente:
agua que pasa.

.....

Junto a Sarriá.
Abril. Navarra.

URDAX Y ZUGARRAMURDI, PUEBLOS DE FRONTERA

Subo por Aniz y bajo por Irurita, Elizondo y Elvetea. Hace muchos años que Félix Urabayen se atrevió a describir el Baztán. Yo no me he atrevido todavía.

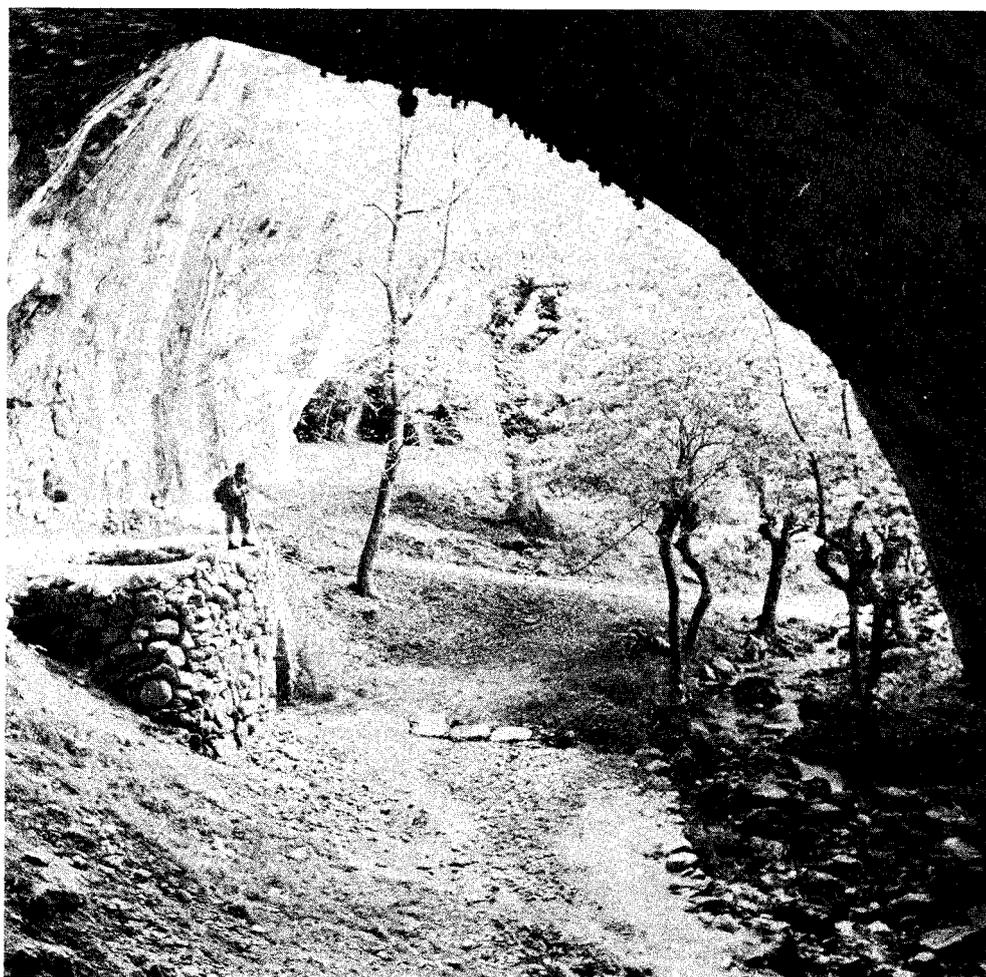
Hoy me contento con mirar y ver a derecha e izquierda. Están cortando la hierba, tranquilamente, pero con unas guadañas furiosas. Los amentos de los castaños son largos y luminosos, tras los cuales se esconden las flores femeninas. El monolito a quienes lucharon por la independencia de Navarra es una llama de piedra que arde patrióticamente sobre el alto recuerdo del castillo de Maya.

Desde el collado de Lizermeaca la bruma internacional impide ver la Comunidad Económica Europea, en la que vamos a entrar. Bajo por el puerto de Otxondo, protegido por una larga fila de hayas, de tronco corto y brazos largos.

Sigo hasta Zugarramurdi, último pueblo navarro de esta ruta, disperso en caseríos que cabalgan sobre pequeñas colinas verdes, sin intentar nunca pasar a Francia, que aquí son muy europeos, pero navarros como cualquiera, o más.

Zugarramurdi nació como poblado de bordeantes o caseros al servicio del Monasterio de San Salvador de Urdax, pero se liberó pronto de la tutela y mantuvo el núcleo de población estable casi hasta hoy.

Me paro en el palacio o Jauregia, donde me espera el alcalde para darnos un paseo por el monte y por los barrios Olasur, Mardaria y Etxartea.



Dejamos a nuestra derecha Ainara, con su cruz de piedra, hasta donde iba en tiempos el pueblo en procesión. Más alto, el Malkor nos sobrecoge, mientras a la izquierda nos sosiega el collado redondo de Urbia, al que escoltan de más lejos el Mendibil y el Azkar. Huele el campo a manzanilla y penden de los ribazos, airo-sos, los brezos.

Al otro lado de Olalde, están, compactos y fronterizos, los montes del Baztán. A este lado, veo los caseríos, en jurisdicción baztanesa, que desde hace más de un siglo tributan a Zugarramurdi, donde hacen la vida, y que ahora, después de las sentencias de los tribunales, deben tributar al Ayuntamiento del Valle. Por parte del alcalde que me guía, no quedará el hacer todo lo posible por defender unos «derechos históricos» que reclaman, parece ser que por unanimidad, los caseros.

Estos son pueblos acostumbrados a pleitos. La historia del Monasterio de Urdax es también la historia del llamado «pleito de Urdax» con los vecinos de allí y de alrededores. A los monjes les fue bien ante el Consejo y Corte Mayor de Navarra, pero el fiscal de la Cámara de Castilla, el célebre Pedro Rodríguez Campomanes, los llamó «explotadores inicuos de aquellos fidelísimos vasallos» y la Cámara declaró en sus sentencias de 1784-85 «ser libre el pueblo de Urdax e ingenuos sus habitantes».

Vamos entre robles, castaños, avellanos y arces. Espero que entre todos, y cuando el Gobierno foral decida, busquen una solución que a todos deje contentos y en paz. En paz terminó en el siglo XVI el pleito entre el Monasterio y el Baztán surgido por la instalación de la ferrería de arriba –*Gainekola*–, que acabó llamándose, hasta su destrucción por los franceses en 1636, *Bakeola*, o ferrería de la paz.

Cuando volvemos, nos detenemos a mirar el casco rojizo y blanco del pueblo, en forma de cruz latina imperfecta. Unas nubes quietas y duras parten la luz del último sol, que intenta escapar tras el Larrún y no nos dejan ver bien Peñaplata.

Andan ahora las brujas tranquilas, desde que se arreglaron bien los accesos a la Cueva, el guarda funciona y el Ayuntamiento

cobra sus dinericos de los turistas que van a Zugarramurdi buscando emociones fuertes. Pero ya no viven los «reyes» Miguel de Goiburu y Graciana de Barrenechea; Jesús Ansalas no se parece en nada a Martín Bizkar y el verdugo Johanes de Echalar no era ni es del pueblo.

María de Zozaya y María Chipía ya no enseñan sus artes entre los laureles, acebos y castaños que rodean al Uraundikoerrea que baja del Aitzparaz. El tamboril y la flauta solo suenan el día de la fiesta alrededor del *zikiro* a punto, y la juerga, eso sí, termina, al menos allí, antes de cantar el gallo. Pero no bromeemos mucho, que aquel noviembre de 1610 fueron quemadas siete personas y cinco, ya difuntas, en efigie.

El párroco, que se parece más a Alonso de Salazar, escéptico ya entonces ante las brujas, que al inquisidor Alvarado, nos enseña la amplia iglesia que, junto con el palacio, hizo construir a fines del XVIII el benemérito matrimonio Duturi-Borda, que abrió la tradición de fundaciones y patronatos. El atrio está lleno de hortensias sonrosadas y azules pálidos y la parra virgen comienza a abrazar el muro. El alcalde se fija sobre todo en que sobre las «fuesas» de la iglesia hay apellidos de los caseríos reivindicados ahora por el Baztán.

Cenamos bien y barato en Alquerdi, donde mozos y mozas de Zugarramurdi y Urdax celebran un cumpleaños con tarta y champán. Hablan en castellano y hacen planes para ir esta noche a los Sanfermines. En el hostel «Lapitxuri», cerca del río de este nombre y a cuatro metros de la frontera, se duerme a pierna suelta, que a pierna suelta anda por aquí el cierzo que me hace olvidar el calorazo de los días anteriores.

De mañanica, desayunamos en Urdax. El Ugarana, nuevo nombre del Olabidea, que nace cabe el Alcurrunz, pasa en medio del pueblo muy formal, por el bonito cauce que le han hecho entre plátanos gigantes, huertas y flores. Con el Lapitxuri forma en la frontera La Nivelles, río femenino y francés.

El Monasterio de Urdax lo conoce mucha gente por la calle que tiene en Pamplona, pero pocos de cerca. Lo malo que el pá-

rroco-monje, don Justino, con sus 84 años, anda estos días un poco pocho y a veces no puede ni abrir la puerta del caserón, en cuyo vestíbulo anidan las golondrinas.

«*Abbatia insignis*» la llaman los viejos libros que guarda el viejo cura junto a otros de Ferreres, Monsabré o Pirala, en una galería llena de plantas interiores, que da sobre el claustro de finales del XVII, obra del cantero Martín de Zubieta. En el jardín del claustro plantó don Justino hace cuarenta años una tuya, que gallea ahora entre helechos, hortensias y rosas blancas. Nos mira, por encima de los tejados, la cresta pelada del Azkar. Un día podrían restaurarse este claustro y este caserón, y podrían servir para varios fines.

Limosnería primero en la ruta jacobea de Bayona a Pamplona, fue desde finales del siglo XII abadía premostratense, mansión predilecta de los Teobaldos. Los abades –Aguirres, Elorgas, Barrenecheas, Arbeloas, Sanzberros...– eran mitrados, ejercían jurisdicción eclesiástica desde Eugui hasta Ainhoa, tenían asiento, con voz y voto, en las Cortes de Navarra, y ocupaban el primer lugar en el Sínodo de Bayona, diócesis a la que perteneció toda esta zona hasta mediados del siglo XVI. Es el siglo de las saludables, bien que dramáticas, reformas dentro del Monasterio.

La Abadía que tenía casa en Pamplona, abrió dos ferrerías y tuvo puerto propio en Ascain; según otros, en San Juan de Luz. En el siglo XVIII creó una de las primeras fábricas de chocolate en Europa.

En 1793 las tropas francesas de la Convención hicieron lo que solían, destruyeron y quemaron todo. Se perdió así una biblioteca de nueve mil volúmenes y un precioso archivo, pasto también de las llamas dos siglos antes.

Volvieron los blancos premostratenses en 1806 de Loyola, donde se habían refugiado, pero tras las conocidas peripecias de aquellos años, fueron expulsados definitivamente en 1839.

Don Justino no nos saca esta vez champán francés, que lo tiene para las ocasiones, pero sí bombones y vino de celebrar, y a

mi madre y a mi prima les da un rosario de coloricos, uno por continente. Tiene este párroco, fino color rosa, montado un sistema de altavoces, por donde transmite cada día el rosario en euskera, y otros cantos y devociones, incluidas jotas, zortzikos, y hasta canciones sanfermineras estos días.

Llega de sus Ventas el alcalde Pantxo, que un día, con lo que hoy sabe, pudo haber llegado a abad mitrado de Urdax. Visito con él el cuartel fronterizo de la guardia civil, un cuartel nuevo y grande para los treinta guardias que aquí viven, y que a uno le recuerda otros tan distintos que quedan por ahí.

Urdax, que un día fue «granja» del Monasterio, sólo fue villa por concesión de Carlos III en 1774 y llegó a su emancipación total, como hemos visto, once años más tarde. Hoy vive, en parte, del turismo que le viene de Francia. También la luz y los bomberos vienen de allí. Pero el turismo, como su otra fuente de vida, la ganadería, necesita un nuevo impulso. Basta ver los pueblos fronterizos franceses para aprender un poco. Las cuevas, por ejemplo, tan hermosas como desconocidas, podrían pasar a la administración municipal y entrar en el circuito turístico de las de Sara y Zugarramurdi. Entonces la cueva del ogro, la boca del dragón y la gruta de las ninfas podrían ejercer mejor su poder de encantamiento.

Todos andamos también queriendo potenciar la aduana y ensanchar el puente, que es estrecho y rijoso. Tenemos mala suerte en Navarra con nuestros muchos pasos fronterizos, casi todos precedidos de largos puertos. Es difícil competir con la autopista de Behobia, pero por eso el esfuerzo tiene que ser mayor.

Zugarramurdi y Urdax, dos pueblos pequeños en la muga con Francia, ya están acostumbrados a dificultades. En 1591 Felipe II, receloso ante la herejía calvinista que venía por el norte, en carta al capítulo general de la orden premostratense, prohibió que recibiesen en el Monasterio de San Salvador «hombres naturales franceses de los lugares de Urdax, Labandibar y Zugarramurdi, porque mantenerlos allí, como franceses que son o emparentados con franceses, es mucho deservicio de Nuestro Señor y mío».

Cuando los de Zugarramurdi quisieron en 1630 unirse al Baztán, los baztaneses les recordaron la famosa filípica. No mejor suerte tuvieron los de Urdax, a quienes les echaron en cara el origen servil de sus habitantes, apiñados en torno al Monasterio. «Ved, pues, si orígenes tan confusos pueden armonizarse con los del Valle, tan generoso y distinguido, manantial de sus privilegios y libertades».

Basta ver hoy, en cualquiera de las fiestas patronales, reunidos a los alcaldes españoles y franceses de la muga, todos vascos, para darse cuenta de que eso se escribía hace muchos años.

Comemos en Sara, pueblo turístico entre los Pirineos y el Atlántico. Es curioso que en esta República, tradicionalmente laica, los cementerios estén aún en medio del pueblo, en torno a las iglesias de altares barrocos y lindas galerías de madera. Recuerdo los pocos que nos quedan así en Navarra, en los valles de Erro y Unciti.

En los muros del templo una lápida recuerda a don José Miguel de Barandiarán, afortunadamente vivo, cura exiliado aquí durante la última guerra civil.

Otra placa celebra al célebre párroco de Sara, buen predicador y autor de la obra maestra euskérica *Gero*, publicada en Burdeos en 1643, que tengo siempre en mi mesilla. Fue también restaurador de esta iglesia: «*eliza hunen berritzaile*». Cuando fui por primera vez a visitar la casa nativa de Pedro Axular en Urdax, lei con emoción las dos primeras páginas del libro.

En la memoria que el príncipe Luciano Bonaparte, «*euskarazale*», dedicó a Axular dentro del templo, en 1865, lo llama «*Iskribatzalletatik iztun ederrenari*»: el mejor orador de los escritores.

Cerca, se expone a la devoción de los fieles un tosco y dramático Crucificado de madera, roído por las termitas, hecho por los carlistas navarros refugiados aquí después de la primera guerra civil, y que aquí lo dejaron como muestra de gratitud. Está visto, estamos en tierra de exilios y exiliados.

Cogemos la carretera de San Juan de Pie de Puerto, a contra-

VICTOR MANUEL ARBELOA

corriente de La Nive, al que acompañan el tren y la alta frontera de montañas. Nos ladeamos hacia Saint Etienne de Baigorri, por donde paseamos un rato. Pasamos la frontera, ya intraeuropea, por Alduides, entre helechos y hayas que nos cercan por todas partes. Parece una travesía hecha para dioses; tantos son los montes, los árboles, los riachuelos; tan claro y vivo está todo.

Paramos en Eugui, pueblo-calle, pueblo-orilla, pueblo-mirador sobre el pantano, con dignidad de lago. Entre los gigantes del Arzaba y el Apeite, es el pueblo navarro que más se parece a un pueblo alpino centroeuropeo.

Cuando llegamos a casa, Pamplona se ata el último pañuelo sanferminero de la tarde.

DE LAS PALMAS A LAS LANZAS

La familiar calle de la Dormitalería, donde vive un tío canónico, está toda despierta de ventanas y balcones esperando al sol que tarda en llegar. Qué lejos ya aquella Casa del Pueblo, donde los socialistas cantaban cada noche la Internacional, y el Seminario de enfrente, desde donde a veces les tiraban piedras...

En la plaza de Santa María la Real, los pinos, los cedros y los álamos blancos ya están erguidos de procesión. El lienzo de la muralla me recuerda la muralla de Jerusalén. Fue hace un año y aquella nostalgia me pisa todos los pasos de estos días.

Comienza a andar la gente hacia la catedral. Avanza la procesión, ruidosa de chiquillería, bosqueril de palmas. Palmas afaroladas, florecidas algunas de caramelos, palmas cestillos, palmas-espadas con pomo y todo, palmas-orquídeas, palmas-caléndulas y palmas largas, cimbreantes, que nos recuerdan las palmeras de verdad. Algunos ramos de olivos, de los pocos que nos quedan. Alguna rama de laurel.

Hay niños que con las llamas parecen mayores, y niñas tan gráciles como las palmas que llevan.

El último sol de marzo nos alarga su fina palma de luz y toda la mañana está levantada y alacre.

Viene el paso de la entrada de Jesús en Jerusalén, tranquilo, rodeado de niños «judíos» que cantan, de los dirigentes de la Hermandad, serios y endomingados, y de los canónigos enrojados de solemnidad, que bien se ve que entienden el latín.

La calle de la Merced es una buena calle para revivir la entrada de Jesús en la Ciudad Santa. Hasta ese ajedrezado escudo baztanés parece querer festejar el paso del Señor. Cuando la procesión se hace romana y severa subiendo por la calle Curia, las campanas catedralicias comienzan a palmotear de música grave y tozuda. Y la procesión, alta y afilada de palmas, entra en las tres naves de la catedral donde la recibe el órgano puesto en pie.

Por la plaza del Castillo circulan al sol las gentes domingueras. Los plátanos, podados hace un año, levantan a la luz sus brazos jóvenes, con pulmones nuevos. En el cespced prieto de la Vuelta del Castillo me quedó con Alfredito jugado al balón, mientras se derriiten allí lejos, en la sierra de Aralar, las últimas nieves.

He tenido la suerte de pasar la Semana Santa en casa, entre el silencio, la lectura, el arte sacro y los quehaceres cotidianos.

Por las tardes voy a los conciertos de la catedral que organiza el Ayuntamiento. Un año, en Madrid, la Pasión según San Mateo, de Bach, me nutrió espiritualmente toda la semana. Y aquellas mañanas de luz y de mar, tristes y serenas, en Comillas, con música de Tomás Luis de Vitoria y gregoriano, se me metieron en el alma para siempre.

La Coral de Cámara de Pamplona, la Orquesta Sinfónica de Euskadi, la Coral Nuestra Señora de las Nieves, de Falces, el Orfeón Pamplonés y la Orquesta de Santa Cecilia nos traen músicas de Häendel –mala selección–, Vitoria, Guerrero, Bach, Van Berchem, Dubois, Donostia, Silcher, Aragüés y Eslava. Nos llevan también, y en esta catedral es fácil dejarse llevar, por la galería estética de los últimos cinco siglos.

El gentío se agolpa y se conmueve. Cuando el Orfeón canta el «*Quoniam si voluises*» del Miserere de Eslava, tengo la impresión de que lo escuchan los reyes don Carlos y Doña Leonor, cerca de cuyo sepulcro me siento, y de que el león del rey se despereza y de que los canes de la reina dejan el hueso por fin.

En los ratos libres me gusta pasear por la girola, miro el retablo de Caparroso, donde las figuras de la Pasión aparecen entre curiosas y ajenas al lance, y me acerco a los tres Crucificados del templo, que no disimulan el horror del dolor y de la muerte.

La tarde del Viernes dudo entre Pamplona, Cáteda, Viana, Peralta, Corella, Tudela y la procesión de mi pueblo. Elijo por fin para este año Corella, pasando por mi querido Monasterio de Tulebras, donde asisto a la celebración de la Cruz.

De Tulebras a Corella está la tarde torva y cejijunta como a mi me gusta que esté hoy. Bandadas de nubarrones hoscos, apizarrados y barrocos, se agolpan sobre el Moncayo como en un cuadro de Turner. Atravesamos eriales donde brillan las aliagas, cebadales crecidos, cabezos peinados de pinos, nogales dispersos y desairados.

Los cerezos, ciruelos y perales de la huerta corellana llevan ya traje pascual e intentan en vano poner de blanco el luto de la tarde. Corella está bulliciosa y multiplicada, más barroca que nunca. Del Crucero a la iglesia del Rosario, donde se organiza la procesión, hay un guirigay contenido de actores con los trajes bajo el brazo, y curiosos pasivos con la bullanga de hacer algo dentro. El sol que se cae da un último toque al ladrillo neomudéjar de la torre y hace aún más feo el color blancuzco del kiosko de la plaza tan bonita.

Nuestros amigos nos han preparado unas sillas sobre el borde de la Cuesta de San José, frente a la casa de Escudero. Hace dos años nos helamos en un balcón. Hoy también, qué le vamos a hacer, viene el bochorno, de Tudela, me dice un abuelo, y no el favonio, del Moncayo. Al final nos quedaremos rígidos como faro-las.

Se oyen las campanillas y los tambores a la funerala que llegan del Barrio Bajo.

Comienza la procesión casi infinita, que hoy el viento, a ratos húmedo, mueve a buen paso. Desde la muerte con la guadaña hasta el M.I. Ayuntamiento con su banda municipal cuento setenta números, —y me dejo tal vez alguno—, personajes vivos o artísticos de este variopinto, inmenso y popular Auto Sacramental que desfila por la noche recogida de Corella.

La procesión del Viernes Santo es aquí la procesión de la Historia Bíblica, que comienza en la Creación, con las cinco par-

tes del mundo, y termina en la gente de hoy que sigue a los músicos de la banda. La Pasión de Jesús es el centro de este drama, su quicio y su razón, pero no está sola, viene largamente precedida y la siguen miles de años de historia. A veces esta historia, en forma de «dolorosos» y «dolorosas», penitentes descalzos con cadenas y cruces, se incrusta en la escena central y acompaña de cerca a los «Pasos».

De ahí que cerca de mil personas, mocosos, niños y niñas, mozos y mozas, hombres y mujeres, ancianos y ancianas, vestidos de «carrapuchetes» o a cara descubierta, haciendo de alabarderos o maestros de campo, de reina de Saba o de Sibilas, de rey Salomón o de Sinagoga, desfilen por las calles, con colores chillones y símbolos sencillos y llamativos, trayéndonos hasta los ojos la maravillosa historia de la Salvación.

Claro que sin la breve guía que escribió Emilio Catalán y sin la ayuda de Pablo que nos acompaña, me hubiera quedado a la luna de Valencia, como deben de quedarse los que no son de Corrella y no se han visto antes el guión.

El frío y el viento producen sin duda algún vacío en la comitiva. Lo que lleva consigo, en la calle donde estoy, un cierto desasosiego y falta de silencio que sería fácil evitar con un mínimo servicio de orden. Por cierto, no hay en la procesión un solo coro que cante, ni siquiera los niños «nazarenos». ¿Por qué?

Pasa el famoso Cristo a la Columna, de principios de siglo XVII, atribuido a Gregorio Fernández y a Juan de Valmaseda, abundante de sangre y hematomas, agarrado a la columna, más compasiva que los hombres, en impotencia absoluta, varón varonil de dolores, y unos ojos inolvidables de debilidad y de ternura. Mirando a los sayones, me acuerdo de «*La pedrada*» de Gabriel y Galán:

Hoy que con los hombres voy
viendo a Jesús padecer
interrogándome estoy:
¿Somos los hombres de hoy
aquellos niños de ayer?

No, no somos los niños de ayer. Pero, ¿hay alguien que resista la emoción y la gratitud ante los ojos de ese Cristo agonizante que

DE LAS PALMAS A LAS LANZAS

mira al cielo oscuro, y ante la cabeza, dulcemente inclinada, las guedejas al viento, del Cristo blanco ya de muerte a la luz de la calle?

Míralo por dónde viene
el mejor de los nacidos...

A estas horas en toda Navarra saldrán llevados por la fe, hecha bendita costumbre, los pobres Cristos y las Dolorosas que he contemplado con amor en las iglesias, ante los que sufrieron y gozaron, esperaron y soñaron generaciones enteras.

Cuando termina la procesión, se asoma la luna a ratos sobre el campo de Corella. Es la luna llena de Nisán que nos acompañó hace un año en el via crucis por la Via Dolorosa de Jerusalén.

Es Viernes Santo. Pasado mañana me despertaré sobre los árboles verdeambarinos de la Ciudadela que me hablarán de la Pascua florida.

Todo, hasta lo más muerto, puede resucitar.
Y la luna viene y va, en su procesión celeste.

VIERNES SANTO EN CORELLA

Corella, cinco de abril
y tarde del Viernes Santo.

Los cerezos y ciruelos
ponen el luto de blanco.
El bochorno de Tudela
barre los cuatro costados.

Guirigay de muchedumbres
por la iglesia del Rosario,
por el nudo del Crucero,
por la plaza del Mercado.

Pasan nubarrones grises,
fríos, lluviosos, airados.

Se oye rumor de tambores
que vienen del Barrio Bajo.
La Cuesta de San José
se aprieta de noche y pasmo.

Pasa la Biblia encarnada
por el pueblo corellano.
Niños y niñas, y mozos,
mozas, mujeres y ancianos,

VICTOR MANUEL ARBELOA

hombres hechos y derechos,
mujeres de pelo cano,
van de Profetas o Tribus,
van de Sibilas o Santos,
llevan vestidos de reinas
o cascos de legionarios,
arrastran rudas cadenas
o van con los pies descalzos.

La Biblia se hace color
sobre vestidos de raso,
y luto bajo capuchas,
y brio y arte en los «Pasos».

Pasa el Cristo a la Columna,
cuerpo viril derrumbado.

Pasa el Cristo agonizante
con los ojos desclavados.
Y pasa la Soledad,
madre de la luz y el llanto.

Toda Corella esta noche
es un barroco escenario
donde las gentes reviven
a lo vivo el soberano
misterio de vida y muerte
de Cristo el Crucificado.

Hay lágrimas en los ojos
y los ojos son más claros.

Pasan nubarrones grises
sobre el Cristo sepultado.
Y la luna llena asoma
sobre los cerezos blancos.

POR LOS ALREDEDORES DE PAMPLONA

Desde el piso de «Nuevo Futuro» en Barañain, donde tomo café con las chicas y chicos que allí viven, veo caer la tarde de junio como una belleza verde sobre los campos. Cierran el espectáculo natural los Altos de Goñi, decorados por una leve bruma gris azulena.

Bajamos de prisa en busca de la tarde. El carrito de Miluce es como un camino huidizo de aventuras. Nos amparan los castaños y los olmos patriarcales. Hasta el cementerio de Berichitos parece hermoso. ¿Por qué parecen tan hermosos los cementerios?

El puente de Miluce nos trae terribles memorias de «lenguas largas» de antiguos ajusticiados por órdenes reales, y nos lleva a un apestoso olor a carnaza, sobre el que revuelan sin disimulo cuatro buitres bajos.

Nos metemos en Landaben. ¿A quién se le ocurrió amontonar aquí las fábricas? Parecería que a los revolucionarios del tiempo, y, sin embargo, no fue así. Están las paredes llenas de letreros llamando a la huelga general del día 20, como en aquellos tiempos. Hay una vieja «pintada», ya descolorida, que me suena: «*Urbiola askatu, Arbelo txivato*». Para que el pareado fuera perfecto, tendría que decir: «txivatu».

El cadáver en pie, y todavía sin descomponer de Ignario Soria, S.A.» sigue al sol del recuerdo de largas luchas laborales, mientras Torfinasa parece una quinta circundada de rosas rojas,



que no es mal color para adornar empresas de sonoros capitalistas.

Desde el carretil de ronda del polígono, con ciruelos japoneses, la iglesia del viejo pueblo de Barañain, entre acacias, deja ver su flanco airoso y defensivo frente a los vientos que le baten desde San Cristóbal y la humedad que le sube por el escarpe de las orillas del Arga, que arrastra aguas pútridas.

En el feo puente que nos lleva hacia el norte nos saluda un reciente letrado que dice: «*Regan kampa*», escrito como se lee. Pero por este puente no pasará nunca Reagan. A la derecha, la escalera blanca del cerro de Santa Lucía, entre colores verdiamarilleantes de junio, disimula bien de lejos la miseria de los arrojados de la sociedad, contra la que luchan cada día un puñado de gente valerosa, entre el olvido y la incompreensión de casi todos, excepto en tiempo de elecciones.

Junto al Orcoyen de ladrillo y teja roja, el restaurante «Costa del ajo» nos hace soñar en alguna costa, aunque sea de ajos. Está también el Orcoyen de casas apretadas de emigrantes, y el Orcoyen alto y solitario, de piedra y árboles, casi triste en su belleza extraña.

Ponen colorada la tarde las amapolas de los campos y ribazos, y la hacen tierna y variada los gordolobos, los digitales y las chirivitas.

Se me van los ojos hacia el castillo gótico y gotoso de Arazuri, a las tres torres que veo desde aquí, desde donde un día dominaron los Lancelot y los Beaumont. Hoy, por fortuna, en vez de fantasmas, guarda pacíficos moradores, aperos modernos de labranza y perros que, cuando es de noche, nos recuerdan la edad media.

Pasamos el río Juslapeña, que pone aún frescura por donde pasa. Viene un poco lánguido y se rinde en el Arga sucio, sin aspavientos.

Según se mire, Ororbia es tan distinto, a la izquierda y a la derecha. Hay tantas rosas, que parece que han venido de excursión. Vamos seguros, entre san Cristóbal y la sierra de Sarvil.

Por el puente de Astrain, tras encandilarnos ante el crucero, salimos entre pinos y Unión Carbide, inmenso y feo conjunto, y torciendo a la izquierda en el cuadrivio, subimos hacia Gazólaz. La pequeña y pinosa sierra de Cizur, recostada frente a la desembocadura umbrosa del Elorz, nos sirve de orientación. Pasamos con prisa y con pena ante y entre las maravillas de la capital de la Cendea, que fue durante años la mía. Cuántas veces me subí a esta torre y me bajé a este claustro!

La flor de los patatales, la última de los cultivos, está sonrosada y suave. Va camino de Cizur un cura con teja y manteo recogido al hombro, y viene hacia Gazólaz una mujer frescachona, acalorada, con las hombreras bajadas. Parece una secuencia preparada por Buñuel. Recuerdo, al pasar por Cizur Mayor, florido y florecido, su regocijante retablo y al activo párroco, sin teja y manteo, que anda queriendo dejar su iglesia limpia y exenta por fuera como la ha dejado por dentro.

Torcemos hacia Cizur Menor. Los pinos carreteros están pocos y como cansados. Entre trigos aún verdes cabecean algunas cebadas ambarinas para aguantar mejor el peso. Los cardos levantan airosas sus cabezas moradas encima de las verdes. De ellos aprendieron los maestros del gótico para tallar en piedra y en madera las cardinas.

Otro pueblo de rosas y de alegría. El Perdón está de un azul oscuro tornasolado, que alivia el paso. Sale una nube de polvo de la primera cantera de Alaiz. Quintas de ricos. Aspace o un lugar hermoso para el alivio del dolor y de la soledad de unos niños, sobre todo cuando se compara con aquel rincón de Echavacoiz. Gentes que van y vienen andando o corriendo por la carretera. Nadie quiere estar gordo ni ser viejo. Alguien se tuesta, ligero de ropa, al sol.

Entramos en el viejo imperio de Potasas, inaugurado en 1960, que dio pan y futuro a miles de personas. Esparza se derrama en la falda de la colina, la torre alta y alerta. Pozos incultos y escombreras convertidas en cabezos deformes. A derecha e izquierda, corren las cintas metálicas que transportaban la potasa cuando a los directores que vivían en Madrid les salían bien las cuentas,

que ahora se cuentan en miles de millones de pérdidas. Junto a las choperas jóvenes de la izquierda, abarrancamientos y dunas salinas a la derecha. Intento trazar el mapa geopolítico de la huelga de 1975. Ciapes y alholvas. Una urraca distraída a ras de tierra.

Un caballo blanco yergue su cabeza bien hecha a la entrada de Salinas. Ramas y flores de azahar junto a la iglesia.

Llegamos al río Elorz, viejo amigo de ratos apacibles, con riberas y sotos propicios al silencio sonoro de la amistad. El río se mueve entre chopos y acacias, aneas y tamarindos, los sotos están ahí y la nostalgia es grande. Hay gente mirando las obras de la futura estación de Renfe en un ambiente tan poco ferroviario.

Cardos y ababoles. Avena falsa, ortigas, hierbas canas, milenramas y llantenos por los ribazos. Las últimas fumarias. Pálidas hierbas de San Juan. Bajan desde Noain unas mujeres acaloradas, macizas de sol y de carnes. Motor Ibérica, y el vuelco de la memoria sobre la huelga general de 1973, epopeya entonces, hoy lejanía. No hay nadie en los balconcitos semiesféricos de este pueblo atravesado por la carretera, el ferrocarril y el pasillo aéreo, atravesado a la vez por contiendas vecinales.

Descansamos a la sombra de unas casas nuevas, feas como casi todas. Cruzamos la carretera de Monreal y tomamos el empinado camino que lleva a Tajonar.

Está fresca y abundosa la sierra de Alaiz, la más meridional del Pirineo navarro, frontera geológica y bioclimática, según los sabios, hasta donde llegó el mar eocénico, *in illo tempore*. Más cerca, un conjunto residencial de casitas como de gnomos. Mejor cerrar los ojos para no ver lo que en esta parte del pueblo han puesto.

Seguimos bajo la sierra de Tajonar y caminamos ahora sosegadamente por este paseo de lujo que es la ronda del Valle de Aranguren. Zolina tiene el color terroso del pueblo colonial y colonizado que ha sido. Labiano es un jardín en honor de Santa Felicia. Góngora tiene aún la cresta erguida del señorío que fue. Valle de las siete, ocho, nueve colinas, hasta donde bajan las hayas nor-teñas.

Caminamos entre álamos blancos. Los chopos lombardos pespuntean vaguadas y barrancos. Flores por doquier. La largirucha esparcilla, la malva peluda y purpúrea, la arveja silvestre enredadora con sus zarcillos, la gatuña, el rosal silvestre, el trebol encarnado, las mimosas con olor a mimo... perfuman la tarde y hacen las delicias de los caminantes.

Vemos a un lado la portada gótica de Ardanaz, por donde asoma el Valle de Egüés, y por otro lado la laguna de Badostáin, toda ojos bizcos desde aquí.

-¿Por aquí se va a la laguna?

-No, por ahí.

Pero el camino no lleva a la laguna, llegamos a las cercanías de Labiano y tenemos que volver. Otro día será. Al menos, vemos habales que ya perdieron la flor, y alfalfas suaves y verdejas. Y hacemos levantar una alondra ondulante y armoniosa.

Desde el Miravalles hasta la sierra de Sarvil se recortan los montes en la pizarra borrosa de la tarde, lejanos y evocadores, vaciados de densidad, desvaídos en la azulina del atardecer. Parece un cuadro de Salaberri o de Azketa. Nos quedamos mirando.

Pasan unos mocetes en bicis que nos sacan de nuestro atollamiento vespertino. Dejamos Sarriguren, con fiemo a la entrada y con rosales dentro, junto a las nobles, sufridas piedras.

Y por Olaz y Villava entramos en Pamplona.

Estamos que no podemos más.

Hemos rodeado la ciudad con un largo abrazo de belleza.

UNA TARDE DE SABADO POR LA SIERRA DE CODES

El sol frío de marzo se escapa de cuando en cuando. Seguro que hoy hay nieve en Peña Costalera, en Punta Redonda, en Yoar y en Peña Ochanda. Vamos, pues; alegres a la aventura de la tarde, siempre nueva y apasionante.

Bajando del cerro de piedra de Sansol, y antes de llegar a ese nido de paisaje que es Torres del Río, tomamos la carretera de Aguilar, siguiendo aguas arriba el cauce del Linares, que viene mozuelo. Miramos a nuestra izquierda la gigantesca y rubre iglesia de Armañanzas, y un poco más arriba, dejamos para otro día Espronceda, romántico de nombre, pueblo de obispos, palacios y cochiqueras, orgulloso del escudo con que el Rey Carlos I le liberó, desde París, del ominoso vasallaje.

Es mucho sitio Torralba, la de las tres torres, para verla ahora despacio y contemplar con amor el retablo de Andrés de Araoz y preferimos mirarla desde Codés: el color tierra de marzo de sus tejados de fortaleza se confunde con el de los campos de sementera y les da un aire entre pintoresco y misterioso. Torralba roja, a la luz del alba de la tarde.

Hay un silencio espeso en Codés. No hay un alma. El frontón, feo como casi todos, no nos distrae del encanto. Corre con gozo el agua por el regato de abajo, y uno recuerda aquella maña-

na de Pentecostés de hace dos años, cuando, a pesar del Espíritu, nos secamos de sol y de sed. Da pena romper la calma de la nieve, alta, y de los bojales y encinares, en estas últimas horas del invierno.

Pero para ver bien la sierra de Codés –que no la Virgen, que está cerrada la iglesia– hay que irse hasta Azuelo, villa desde 1643. Y mirar desde allí, cuando nos deje en paz, que ya es difícil, la visión románica del Monasterio benedictino de San Jorge, que no es completa si no vemos también la ermita de San Simeón de Cabredo.

Es Codés nuestro pequeño Montserrat navarro. Miro y remiro de un lado y otro sus pitones, espolones, repisas, plataformas, dientes de sierra, escarpes, paredes lisas..., que la nieve y la luz juguetona de la tarde hacen más caprichosos y variados.

Cuando no se sube hasta la nieve, ya es consuelo subir hasta Aguilar de Codés, pueblo-balcón, pueblo-corredor, pueblo-almena, desde el Rey Sancho el Fuerte. Qué bien pararse aquí y mirar hondo y alto. Por algo descansaban en su torre las brujas que iban al aquelarre de Viana.

No le va a esta villa el rococó de su hermosa iglesia, sino la pintura fuerte del viento y la luz con nubes. Cuando le burlan al sol, se nos echa encima la sierra alta y negra y nos empuja a salir. ¿A dónde?

Nos hace guiños la Peña de Lapoblación, que defiende después de tantos siglos el Reyno, y vamos hacia allá, donde se cobija la parroquia cisterciense de Santa María y el restallante retablo del siglo XVI. Qué soledad y que sensación de lejanía. Vemos allí abajo Logroño, entre calimas, y dos o tres poblaciones de semblante heroico, en tierras alavesas. En cambio, el lugar de Meano parece villa por lo repoblada que se le ve.

Nos volvemos hacia el puerto de Bernedo y nos sumergimos en Alava. La Peña es ahora sombría y frondosa, entre el verde de los pinos y el morado incipiente, tornasolado, de las hayas.

Desde Angostina, seguimos sin vacilaciones al río Ega que, a pesar de su adolescencia, corre menos que nosotros. De nuevo un

letrero que creíamos desaparecido: «Provincia de Navarra». ¿No hay nadie en estas dos mugas que no quiera ser provinciano?

Llegamos a Marañón cuando la tarde se quiebra. Romana, románica, incendiada, protegida, encaramándose por el encinar, la villa de Marañón es, junto con los pueblos recorridos esta tarde, testigo de fronteras elásticas, de guerras fronterizas, interminables, que traían y llevaban a estas villas como piezas de botín, como presas codiciadas.

Si el caserón blancuzco de la fábrica de Cabredo no nos turbara el recogimiento, entraríamos con mucho más respeto, andando, a este pueblo-camino, honrando la memoria del viejo taller de arte y la del santo Simeón, que llevó parte de su gloria al entonces lugar de Azuelo. Lo hacemos, pero la misa de la tarde está por la mitad, y seguimos hacia Genevilla, pueblo ancho de acogida, y con un templo protogótico y gótico que puede deleitar a todos los gustos.

Se hacen sombras las cornisas de Sierra Chiquita, donde aguardan la primavera los tilos y las hayas. Tras saludar nostálgicamente a Santa Cruz de Campezo —un pequeño Baden-Baden para los de Estella en los años sesenta—, recalamos en el perímetro ovalado de Zúñiga, que custodian algunos trozos de murallas, donde nos recibe con luz la nueva casa consistorial y un ambientillo dominguero en el bar.

Un buen cura con acento brasileiro, que pastoreó por miles de kilómetros cuadrados en tierras de «*cangaçeiros*» recita, antes de la misma, el inolvidable triduo de San José, ante la gloria plateresca de Diego de Ayala.

Desde Zúñiga a Pamplona, ya no viajamos, corremos.

¿Y si algún día se acordara alguien de todos estos pueblos, casi desconocidos, fronterizos, muchos de ellos pobres y difíciles, donde agramonteses y beamonteses buscaron su campo de refriega? Los niños de algunos de ellos van todavía a escuelas de Alava, porque las de Los Arcos y Viana les quedan lejos.

¿Y si algún día alguien escribiera un folleto sobre la riqueza turística de esta correría, con paisajes y templos bellísimos, con

VICTOR MANUEL ARBELOA

montes y nieves, con bares, posadas y mesones bien nutridos, y con gentes encantadoras?

Asegúrese, amigo lector, de que las puertas están o pueden estar abiertas. Y espere una tarde con más luz. Es preferible el otoño o la primavera crecida. O, si tiene la suerte que yo he tenido, la nieve, la nieve sobre la sierra de Codés.

TULEBRAS DE AYER A MAÑANA

Vuelvo a Tulebras, pueblo querido de la Ribera y primer monasterio cisterciense de España, fundado por García de Navarra en 1149. Vuelvo a oír las vísperas del domingo y a ver a los amigos.

Desde la capilla de San Bernardo, que hace de iglesia parroquial, oigo volar los salmos graves, airosos, seguros. Qué duros suenan en la blanda y verdecida tarde de marzo los viejísimos desgarros bíblicos:

«Los quebrantarás con cetro de hierro / como a vaso de alfarero los despedazarás».

El monasterio, recién reconstruido y restaurado por las monjas, está limpio y relimpio. El templo cisterciense se abriga de la luz, presidido por la serena Santa María de la Caridad. Pero en el claustro del siglo XVI brilla la tarde y se estiran de primavera los tres blandones de los cipreses, tan huraños. Fuera, en la huerta, nos reciben las flores rojiblancas de los albérchigos, que han contagiado de su color a las monjas que nos acompañan.

La granja está hoy quieta, quizás vacía. Quieto y ejemplar el cementerio verde, sin una sola lápida. Pronto saldrán las rosas de la sofocante humedad de los nuevos invernaderos.

Recorro las obras de reconstrucción, aún no terminada, y llevo al desnudo rectángulo que aguarda la futura hospedería. Hoy se aprietan en una ala del convento las personas que atraídas por



este grupo de religiosas jóvenes y activas, buscan silencio, oración, alegría.

De vez en cuando me topo con un bello cuadro de los muchos que alberga la casa y para los que las rectoras también han previsto sitio. Las monjas y los amigos del ayuntamiento –que repiten, como Dios manda, en estos pueblos pequeños– quieren ver pronto reunidos y vistosos esas decenas de lienzos, sargas, tablas y tallas, que van desde el siglo XII al siglo XVIII, y que en sus colores vivos, sus maderas transparentes, sus tornasoles y sus encarnaciones nos acercan a Rafael, a Leonardo, a las escuelas de Bizancio, de Venecia, de Flandes o de Madrid.

Unamos a esto la variada colección de orfebrería: acetres, arquetas, báculos, cálices, cirios, coronas, cruces, fruteros, fuentes, incensarios, lámparas, ostentorios... y tendremos una sorprendente galería de arte religioso que añadir a la bien preciada de Corella o a la dispersa y riquísima de Tudela. Podría ser uno de los mayores encantos del monasterio. Y no me olvido, no sólo porque el alcalde del «Castillo» de Barillas esté delante, del luminoso retablo de san Miguel.

En estos tiempos de sequía, el Queiles lleva poca agua y a los pocos les toca poca. El gobierno de Navarra no sale y los pueblos chicos, ay, se sienten desatendidos. Los jóvenes no se quedan. Y ya veremos en qué para el bar en el que nos entretenemos.

Que suerte para Navarra poder acercarnos una tarde de domingo a los cenobios de Tulebras, La Oliva, Leyre, Lumbier o Alloz. Sería bueno que la intensa experiencia monástica, para algunos casi escandalosa, pudiera conocerse mejor, compartirse en lo posible. Las hospederías, en el mejor sentido benedictino, son indispensables a este propósito.

De Tarazona a Tudela, pasando por el fronterizo Monteagudo, podremos estar pronto varias horas en Tulebras. A un paso, el frontón nuevo de Barillas y la laguna de Lor, cerca del vino y del aceite de Ablitas.

Antes de llegar a la capital de la Ribera, tendremos que pararnos en Cascante. Como lo hago yo ahora, en casa de mi amigo Gregorio, que, además, repite de alcalde. Lástima que no podamos ya darnos una vuelta por la ciudad vieja y subirnos hasta el Romero.

EN EL VALLE DE OLLO

Anda la tarde de mayo calurosa y débil, con fiebre, entre algodones de tormenta.

Amapolas, espinos blancos, tomillos ruborosos, dientes de león y escaramujos con flores aladas como mariposas nos salen al camino entre Pamplona y Olló. Es mejor no mirar mucho la ruta plata y verde del Araquil, de tan hermoso y tentador que va, y no hay tiempo para detenernos.

¡Ay del puente de Asiain a Izu! Que no nos lo dejen peor si nos lo tocan.

Está el valle de Olló rehogándose de esplendor verde y gris. El diapiro, especie de pequeño volcán pacífico y lento, abrió esta enorme boca dentada, de bordes calizos y de suelo blando y salinoso, rebajado por la erosión.

Arteta se plantó en medio del valle hondo, mientras Olló, Senosiain y Ulzurrun se repartieron a izquierda y derecha en las laderas. Ilzarbe y Saldise guardan los flancos medios de la garganta de acceso. Anoz custodia la embocadura, y a Eguillor y Beasoain los llevó el río, y se quedaron altos, distanciados de cualquier acometida.

Casi todos los pueblos se alejaron del centro de la concavidad como queriendo alejarse de las arriesgadas facilidades del llano.

Sólo Arteta prefirió quedarse cerca de las salinas primitivas y del río Udarbe gozando de las tierras más feraces en cereal.

La iglesia-torre de Olo, sobre el verdoso mirador del atrio, tiene un pesado aire defensivo, con un ábside cerrado al ataque y abierto sólo a la aspillera arrojadiza. El Churregi, con sus robles enciniegos bajos, y sus altos, desnudos, pastizales, es peligrosa atalaya para los enemigos. El castillo cimero que dio nombre al otro monte, el Gaztelu, lo guardaba del corredor del Araquil. Otro guardián permanente sobre la sierra de Saldise era el castillo de Garainu o Garaino, pobre de medios y presa frecuente de las aguadas, que protegía el valle y el paso hacia Pamplona.

Para defender sus Vírgenes góticas, los de Olo no han encontrado cosa mejor que llevarlas a casa del alcalde. El palacio se defiende bien de los tiempos. Y donde se libraron recias batallas contra la Convención francesa pastan hoy potros sanfermineros y cabras pintas.

En Senosiain están restaurando, en auzolan, la iglesia de piedra y laja. Entre el polvo siguen tan relindos el retablo renacentista y la pila románica. El bar se empotra en la parte ulterior de la nave, bajo la torre. Este es un pueblo que sube y que baja, con soberbias casas hidalgas, entre las que se deteriora, vacía, la de los Diez de Ulzurrun.

Mete aquí mucho ruido el regacho que divide los dos pueblos y junto a «la fuente de abajo» canta el ruseñor entre fresnos y chopos.

Pasamos el puente del molino, desde donde subirán el domingo la imagen de San Miguel hasta Ulzurrun.

Ulzurrun es otro pueblo faldero, con un barrio alto y otro bajo, separados por huertos y frondas.

Aquí nacieron hace poco más de un siglo el escritor Félix Urabayen Guindo y su hermano Leoncio, geógrafo e historiador. Fueron hijos de don Bonifacio, ayudante del general Moriones durante la última guerra carlista.

Por más que miramos la «casa con balcón corrido», que es la seña que nos dan, no encontramos la casa nativa de los Urabayen.

Félix estudió en Pamplona en la escuela pública de don Félix Serrano Zalba, quien le animó a cursar magisterio, primero en la capital navarra y después en Zaragoza.

Maestro en Urzainqui, Narvarte y Pamplona, regentó cátedra en Huesca, Salamanca, Castellón de la Plana y por fin en Toledo, donde fue director de la Escuela Normal, casó con doña Mercedes de Priede, fue nombrado consejero de cultura por el gobierno de la República y escribió la mayor parte de su obra.

Liberal y republicano, no quiso abandonar el territorio del gobierno de Madrid en horas difíciles, pasó dieciocho meses en la cárcel y, quebrantada del todo su frágil salud, murió en la capital de España, de cáncer de pulmón, el 8 de febrero de 1943.

Lo conocí en los folletones de «*El Sol*» donde escribió muchas narraciones novelescas desde 1925 hasta 1936. Y poco a poco fui leyendo su obra dispersa.

Voy con el alcalde y el secretario, dos muchachos activos que han organizado la fiesta conmemorativa. Los actos se celebrarán en la iglesia y en el frontón.

Están limpiando la iglesia. Hace tiempo que entre las diez casas del pueblo están poniéndola más bonita. La preside, como en el pueblo anterior, un San Martín caballero con sombrero negro sobre caballo blanco. Lucen con luz propia en el retablo romanista un Lavatorio y una Cena, ya muy conocidos en Navarra. Y se suma a los preparativos de la fiesta un San Bartolomé miguelangelesco, traído de la ermita del mismo nombre, escondida en el bosque, camino de Azanza. También la bonita pila donde bautizaron al escritor está remozada en el sotocoro terso y pulcro.

Durante toda su vida, Urabayen llevó Navarra en el alma y la metió a cada paso en sus obras largas y cortas. En *El barrio maldito* describió el Baztán y las fiestas de Sanfermín; en *Centauros del Pirineo*, las montañas desde Oricain hasta Nágúiz; en *Toledo: Piedad* uno de sus protagonistas es navarro, Fermín; sueña con el bendito Pirineo y nos da una receta permanente:

—«Sólo el campo cura todas las intoxicaciones y todas las extravagancias morbosas del fariseísmo ciudadano».

La novela póstuma de Urabayen, *Bajo los robles navarros*, se publicó en 1965. En ella narra el escritor los infelices amores de Juana Mari, la bonita moza de la taberna de Eraso en Aritzondía, «el último reducto del roble», «la villa más alta de toda la Barranca» bajo la protección espiritual de la peña de Ilumbeta. Fue escrita en los años 1937-38. Su hija María Rosa escribió sobre ella: «Urabayen tenía hambre. Hambre de paz, de silencio, de olvido, pero sobre todo de pan. Fue un escritor de evasión, como decimos ahora, que intentó anegar en los recuerdos de su infancia montañesa el horror desencadenado a su alrededor por el galope de los cuatro jinetes del Apocalipsis».

En las primeras alturas de los paredones calizos que cercan la hondonada crece el roble que cantó el autor de *Don Amor volvió a Toledo*: «anterior a todos los árboles, como el vascuence es anterior a todos los idiomas», «solitario y magnífico, individualista feroz, rezumante de tradicionalismo».

«Nuestros primeros años –escribe Urabayen– se mecieron en una cuna de roble albar. Que nuestra última congoja quede enclavada para siempre en un ataúd de roble. Un roble de la peña de Ilumbeta, limpio y aromoso, que entre la espesura de la fronda desgrane su copla como un rezo eterno».

Más arriba, sobre el robusto pecho de la sierra de Saldise, que dobla por este lado a la de Sarvil, despliegan su majestad las hayas, sobrias, esbeltas, lisas, sedosas, brillantes, prácticas y recatadas, como las vio el novelista de Ulzurrun.

Vamos hacia el nacedero entre «chalets», barracas y chiringuitos, una de las plagas del valle.

Allá en 1232 el rey Sancho el fuerte liberó a sus collazos de esta tierra «de todas las pechas del mundo y de labor de castillo» y mandó que el ricohombre que tuviese en honor el Valle entre y salga, «pero que no haga tuerto». Que nadie haga chandríos urbanísticos en estos pueblos, lo gritan hasta las piedras.

En los lienzos del Txargain (La Sima) cuelgan bojés, enebros y encinas. Se aferran éstas hasta en la pedriza desgranada sobre el escarpe.

En Ciñetarri, junto al Puerto de Goñi, una muesca arenosa nos señala una cantera de mármol para terrazos. Pimpan robles y hayas sobre Balgagorri. En Soluz pintan los líquenes blancos y negros franjas verticales. Y el ocre crestón de Peña Roya se toca con una encina solitaria, como un valioso dije.

Huelen a miel distante las flores de las otaberas. A derecha e izquierda nos arropan robles, arces, fresnos, serbales, majuelos, aliagas.

La esponja kárstica de Andía desagua aquí en la «exurgencia» o manantial un caudal medio de 2.450 litros por segundo (hoy son 4.000) y pueden llegar hasta los 25.000. Andan ahora, con tubos y excavadoras, estudiando la regulación, sobre todo para el estiaje. El agua mana bajo la roca como un monstruo blando y enorme y es encauzada mansamente hacia Pamplona. La que sobra se precipita a saltos hacia la regata que surca el valle.

El buen Eugenio, custodio y guía del tesoro casi escondido, nos acompaña, informa y orienta. Avanzamos cautamente, agarrándonos a rocas y arbustos, porque el agua baja valiente sobre la pista de hormigón, que lleva hasta el final del pasillo, estrecho, vegetal y un poco misterioso.

Pequeños lagos remansan el agua que cae en cascada o cola de caballo desde los escarpes calizos de la Peña de los Corrales, que se llama así porque es un refugio natural para los animales de la zona. Los buenos espeleólogos suben hasta la boca y se meten en ella cuando el agua no es mucha. Dicen que a la izquierda hay cuevas prehistóricas llenas de cerámicas y, por la noche, de animales negros y espantosos.

Esta es la regata de Goñi, que viene de los Altos; se confunde ahí abajo con el agua que se derrama del nacedero y juntas hacen el Udarbe, nombre prehistórico también.

Vemos caer el agua durante un rato, sobrecogidos disimuladamente por la belleza salvaje, geológica, del lugar y por la hora contagiosa de la atardecida.

Volvemos por Ulzurrun. Ya que algunos de nosotros no podremos asistir a los actos del próximo domingo, día 2, nos vamos

VICTOR MANUEL ARBELOA

contentos porque, a nuestra manera, hemos rendido un homenaje sencillo y profundo al escritor que cantó como pocos la Navarra del roble y del haya.

Seguro que a él le ha gustado mucho.

LA FIESTA DE EULATE

No organizaban la fiesta ni los Eulates ni los Baquedanos en alguno de sus poderosos castillos, antes de la yedra y el desamparo.

Era todo el pueblo de Eulate el que había preparado una fiesta de cariño y agradecimiento a José Luis Elcarte, párroco durante 20 años en el pueblo, que, al no poder hacer a sus feligreses como él —son palabras suyas—, se hizo él como ellos y salió ganando.

En la mañana rota del domingo, todos los chopos de las orillas del Ega y del Urederra parecían querer ir hacia Eulate. Era todo el barranco o valle de las Améscoas un palpitar festivo entre el pecho abrupto de la sierra de Urbasa y la espalda suave y caída de Lóquiz.

La celebración en la iglesia de San Martín fue un múltiple testimonio de fe y de alegría por parte de los mayores, de los jóvenes, de los niños, de los compañeros de José Luis en el sacerdocio y en otras tareas de la vida. Y cantaba un coro que levantaba los robles de alborozo. Del almuerzo masivo en el frontón no sé que recordar con más fuerza: si el calderete, si las jotas del veterano Adolfo, si las tablas del animador y jefe de orquesta, o la omnipresencia del alcalde, o el brío y la simpatía de la juventud, tan guapa. Y luego dirán que los amescoanos son esto y lo otro.

Mediada la tarde, y bajo un sol fogonero, un grupo de amigos vamos a visitar Ecala, de la mano de su encantadora alcaldesa;

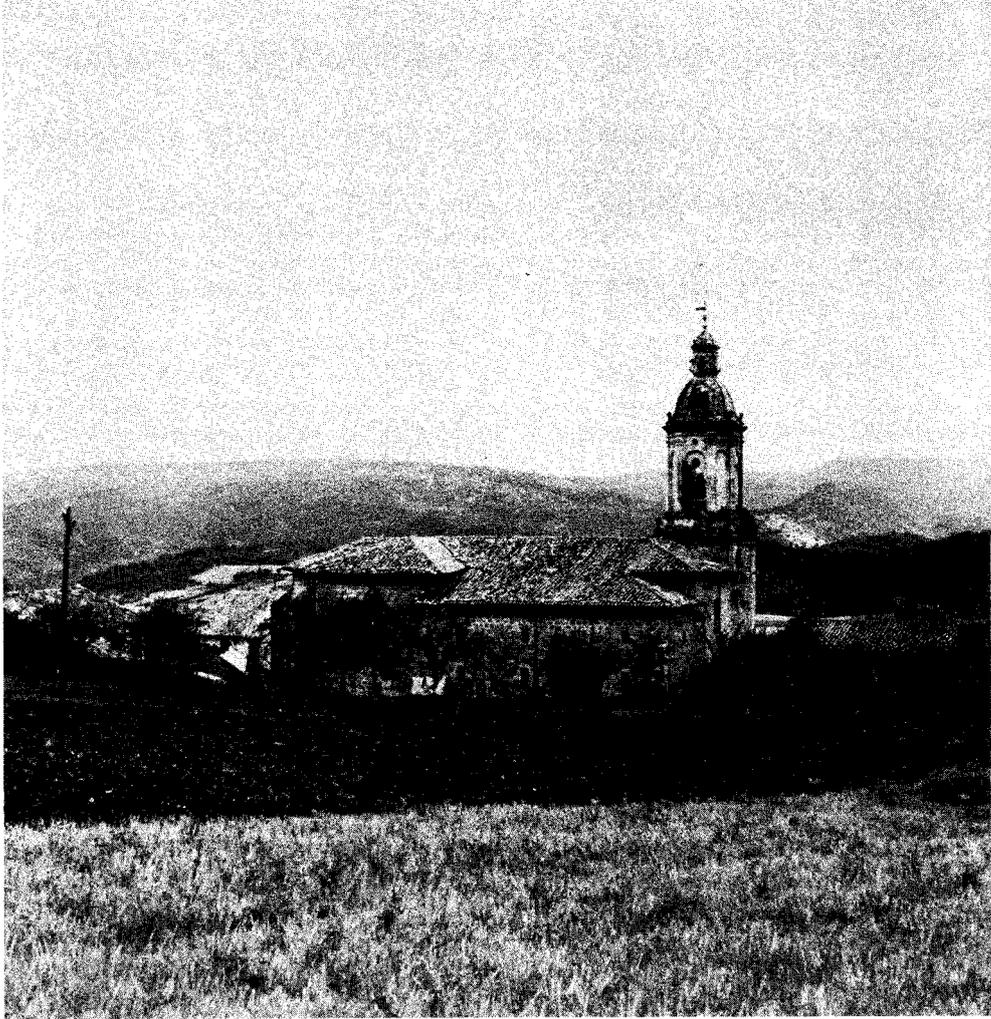
Baríndano, Gollano y Baquedano. Qué lindas las iglesias protogóticas restauradas o que necesitan restauración; qué bien hechos los centros recreativos populares; qué sosegados y verdes los caseríos, qué altos de luz y de posiciones estos pequeños pueblos de la Améscoa que llaman Baja.

El Urederra, que nace aquí cerca, sigue asomándonos, como a hurtadillas, el inmenso impluvio de Urbasa. Y por estas altas cornisas ya no se cazan agramonteses y beamonteses, carlistas y liberales, sino sólo jabalíes.

Cuando el sol nos perdona la tarde, doy unas vueltas por Zudaire, pueblo bellísimo, atravesado por huertas y campos. Miro con pena algunos desaguisados urbanísticos. Hemos dejado tan solos a los pueblos, que hasta de esos chandríos, comenzando por el frontón, somos un poco responsables.

Volvemos entre chopos y brisas de chopos.

Tras recibir al Urederra, el Ega aprende a correr, cosa que ya se le iba olvidando.



EN EL VALLE DE LERIN

Lo cierto es que, aunque casi nadie lo sepa, este bonito y recóndito Valle en el que entramos se llama Valle de «Santesteban de Lerín» —como lo llamaba ya Sancho el Sabio el año 1192 cuando le concedió fuero— o «Valle de Lerín» a secas.

Desde Mugaire seguimos el menudo y sosegado Río Baztán, que no sé por que se le llama aquí ya Río Bidasoa.

Es el primer día de agosto y comienza a llover cuando entramos en Santesteban, la villa del roble y el jabalí, cruce de caminos, plaza fuerte, pueblo mercado, buena villa con asiento en Cortes, uno de los «cuatro pueblos» a los que concedieron los reyes navarros el goce mancomunado de los montes Bidasoa y Berroarán.

—¿Cómo van a venir veranenates con este tiempo? nos dice con cierto enojo Alfredo, un alcalde joven, animoso y emprendedor, que nos acompaña toda la jornada. Si antes venían pocos, ahora vienen menos, como ocurre en casi todo el Norte, por otra parte. Y sin embargo, parece un pueblo turístico, hecho para turistas.

El conjunto urbano es amplísimo, muy superior a su población, decreciente. Es una villa jardín, casi península entre tres ríos, el Baztán, el Ezcurra y el Ezpelura (agua de bojes), que recoge los regatos Ameztia y Auizpe. El Ezcurra, —en el que desemboca aquí mismo el Ezpelura—, cuando se une al Baztán a la salida del pueblo, lo convierte en Bidasoa.

Si los ríos son bellos, los puentes no lo son tanto y, además, están mal hechos y no sirven sino para dar disgustos. El del viejo ferrocarril Irún-Elizondo es ojienjuto y bisojo de tres ojos y hace difícil la desembocadura del Ezcurra cuando viene loco, lo que es frecuente. Fue la causa de las inundaciones de 1980 y 1981. Las obras de reforma van a empezar pronto, pero el amplio paseo Intzacardi aún no se ha repuesto de aquellas sacudidas y está desordenado y triste a pesar de sus robles, castaños, tilos, y los gigantes plátanos plantados en 1892. Pasa una colonia veraniega de niños de Villava y alegra un poco el abandono del parque infantil.

Santesteban, como todo el Valle, está también rodeado de montes. Sobre el farallón del Mendaur o Mendaurre, el rey geológico de la zona, la lluvia ha dejado un recuerdo de niebla. Sobre el Askin, y sobre el Otxon, batido por los vientos del corredor Baztán-Bidasoa y deforestado, se secan en grupos, a causa de las heladas de este invierno, los pinos de repoblación «*pinus insignis*» en los que algunos expertos vieron una esperanza forestal para la zona.

Damos la vuelta por el pueblo, paso a paso, que aquí no se puede perder un detalle. Alguien levanta con un acordeón unos aires parisienses que nos ayudan a volver sobre el pasado.

Estropean la armonía del conjunto algunas casas hechas con prisa, demasiado altas o con ladrillo blanco que da a los ojos, pero son las menos. Las casas góticas, amaineladas o sin mainel, se mezclan con los palacios barrocos, balcones de forja con balcones de madera, fachadas de piedra dura y pura con fachadas revocadas y encaladas, mansiones reformadas con caserones sin apenas reformar. Las calles no tienen rótulo, pero todos saben sus nombres: Mercaderes, Mayor, Intzacardi... Tiene la iglesia-fortaleza las paredes laterales sucias de letreros, bajo el atrio de madera, típico de la Navarra norteña.

Entramos en algunas tiendas a saludar a viejos amigos, bajo arcos de medio punto o dinteles de piedra rosácea. Los jardines y las huertas compiten con las casas y todo está lleno de parrales, rosas, hortensias, parras vírgenes, laureles, pinos, magnolias. Nos detenemos en las casonas donde vivieron el painista Dámaso Za-

balza, los músicos Larregla y Moreno Torroba, el pelotari Carmelo Alsúa, el diputado y alcalde Azarola.

Es una pena que el que fuera asilo de las monjas, fundado por Juana Seminario, esté tan abatido y solo. Encuentro una casa que lleva el significativo título de «Leringaraya». Frente al casino «Unión», mortecino en todos los sentidos, el antiguo centro parroquial, antes «los Luises», es, después de veinte años, un proyecto de «centro de servicios múltiples», con las vigas en pie y el tejado cubierto.

El viejo frontón de 1855 sirve bien para el juego del guante, y los tres equipos locales compiten con éxito en el campeonato Baztán-Bidasoa. Nos rodean maizales, vacas y alguna casa fuerte abandonada.

Tenemos en frente la única fábrica que queda en la villa, con unos pocos obreros. El paso de la agricultura y la ganadería a la industria terminó en fracaso. Sólo aguanta, como puede, el comercio.

En poco más de diez años ha habido un derrumbe de varios cientos de puestos de trabajo. Laminaciones de Lesca sigue siendo, también aquí, la última esperanza. Muchas mujeres buscan trabajo en casas de Irún, San Sebastián y Pamplona. El «Bordatxo», que acaba de reconstruirse tras el incendio, atrae a mucha juventud de la zona y algo anima la vida de Santesteban, pero tampoco puede dar más de sí.

A un tiro de piedra larga, al pie del Askin, nos espera Elgorriaga, a donde llegamos atravesando el cementerio de las fábricas cerradas; todavía queda algún letrero violento contra los propietarios, esta vez alemanes, de una empresa. A la derecha, la ermita de San Miguel, con la efigie del arcángel en la portada.

Elgorriaga, donde hace tres años almorcé con los alcaldes del Valle, parece, antes de recogerse en el barrio de abajo, una calle larga, engalanada para el paso de algún personaje. El personaje es la vida de cada día, que pasa entre casas en hastial, balcones de hierro o de madera, ventanas rasgadas con persianas verdes o de color sepia, y espléndidos macizos de geranios, petunias, rosas, hiedras, hortensias, igual que en todos los pueblos del Valle.

Lástima, nos dice el alcalde, que anda convaleciente, que los cables de la luz, del teléfono y del telégrafo, los pusieran a la vista de todos. La cosa puede tener remedio.

Lo primero que hacemos cuando llegamos a Ituren, otro pueblo calle en su núcleo más habitado, es subir al Ayuntamiento, un caserón envejecido que le trae a mal traer a su alcalde, hombre de larga experiencia municipal que no parará hasta que no le llegue el dinero para emprender la reforma. Que San Martín, que preside la fachada principal, le largue la capa de la suerte.

Desde el balcón, vista encantadora de parte del pueblo y de los alrededores. En el frontón, de una pared, que se recuesta sobre una capilla derruida, juegan unas mozas a pala. Una fila de plátanos nos oculta parte del palacio de Sagardía, dorado en tarde de siglos, con geranios en el balcón de forja. Dos palmeras esbeltas y ligeras de cuerpo se dejan mirar.

Recorremos el pueblo, tras aceptar una invitación en el bar. Es un pueblo viejo bien conservado y reformado. Balcones torneados, soportales («gorapes» o «arkupes»), entramados, «artekas» o «estratas». Calles del Consejo, Nueva, del Puente... Todos los letreros, en piedra, están en castellano, cuando aquí todo el mundo habla vascuence.

El puente nuevo sobre el Ezcurra, que baja abrigado de alisos, no es precisamente una obra de arte, como es la casa cercana de Arguiñanea, con ventanas amaineladas, granadas o bolas de piedra, geranios y alegrías. Las huertas están aquí también entre el caserío, y es un primor ver entre construcciones del XVI y XVII perales, acelgas, hortensias y alubias verdes.

En los montes cercanos, el Okollo y el Amezitia, enrojecen, enfermos, los pinos insignes.

Dejando a la izquierda el pequeño barrio de Lasaga subimos, entre maizales, al tercer barrio, Aurtiz, de blancas, maternas casonas, entre las que destaca, por su pequeña galería avanzada, la de los Labayen.

Está la iglesia en un abultado cerro, equidistante entre los barrios, que se unieron en 1536, y desde donde suben los caminos.

Es una de las pocas iglesias navarras que conservan a su lado el camposanto. Viejas inscripciones sobre las fosas familiares, casi todas en castellano. En el atrio, bajo el maderamen, las losas de dos caballeros de Calatrava y Santiago, de finales del siglo XVIII.

Otro pueblo de «indianos» como se llama por aquí a todos los hombres famosos, propietarios de casas hidalgas, fueran marinos, comerciantes, funcionarios o militares. La memoria popular recuerda aún aquel «burro de oro», una especie de mecenas que hizo muchas cosas por el pueblo.

Lustroso retablo romanista, de Juan de Huici, de comienzos del XVII, dedicado al patrono San Martín, que nos enseña el párroco que, por lo que luego oímos, tiene una buena voz de barítono cuando canta durante la misa de la tarde.

Desde la era adjunta nos muestra Pello los picos de crestas peladas, a donde suben, sin llegar, las hayas, y, más abajo, los robles: el Sorano, el Makilipurdi, el Mendaur. Vemos la ermita de la Trinidad en lo alto, restaurada en 1963, tras varios siglos de agitada historia, que cuenta con su pericia habitual el historiador donostiarra José Ignacio Tellechea, que pasa aquí las vacaciones.

Dicen algunos que las paredes de la presa, que cuelga en la cima y es la más alta de Navarra, están agrietadas, pero otros no lo creen así. Desde aquí no se ve.

El alcalde sigue mostrándonos todos los términos de la falda del Mendaur: Asurdi, Arricelay, Alzurra, Arrutla, Garatama, Maxolar, Armurri. Nombres primitivos que evocan la piedra y el agua. Huele la tarde a menta de la era.

Seguimos por la ruta inversa del Ezcurra, que viene desde el pueblo de su nombre, hasta Zubieta, pueblo de puentes, como su nombre vasco lo proclama. Aquí la población se desparrama en barrios de caseríos: Ameztia, Aurquidi, Azcota, Mendrasa, Sarecoa.

El núcleo de la villa se mece, elevado sobre breves colinas, en la hondonada, cercado por montes arbolados que, según el alcalde que acaba de bajarse del tractor, se llaman Trepa, Elutsa, Bonalda, Mokoro...

Aquí las características de los tres pueblos anteriores brillan más, si cabe. Las casas tienen tejadillos sobre los balcones del segundo piso, como en la conocida casa «Etxeberria» con escalera exterior de piedra y dos puertas de entrada, en los dos primeros pisos. Pero cualquier casa es aquí una lindeza. En la entrada al frontón que hace la plaza, frente al Ayuntamiento, unas ruedas de piedra de molino sustentan y adornan el suelo.

Se sube a la iglesia por una escalera con tiestos de tantas flores, que parece el Día del Corpus. Delante de tres altares barrocos, un poco oscuros a esta hora, rezan el rosario en euskara un grupo de mujeres solas.

Nos asomamos desde esta loma a ver el caserío del pueblo en pendiente sobre el río. Allí arriba están las crestas del Mendaur y del Makilipurdi. Más a la izquierda, los montes que cercan el Valle del Urumea.

En el palacio de Irigoyen, que compró un mozo viejo del pueblo, hay ropa tendida: hay, pues, vida. Oímos al pasar una voz grave que canta y repite una triste melodía vasca.

—Es uno medio loco que suele cantar así.

Estremece oír ese vozarrón en el silencio atardeciente de este pueblo rural. Vemos que el cantor, en camiseta, se semiculta tras una ventana abierta.

Volvemos esta vez siguiendo el rumbo del río y vemos uno de los últimos molinos que quedan, con la fecha de 1785 inscrita en piedra, a donde vienen los labradores y ganaderos de la zona a moler el grano.

En Ituren y Zubieta la Papelera de Leiza es otro de los pocos centros de trabajo que atraen la mano de obra.

Pasamos cerca de la piscifactoria de Ituren y del viejo balneario, ya en desuso. Otra vez los puentes y los ríos de Santesteban. Y el *agur*, con el deseo de volver a visitar el resto del Valle.

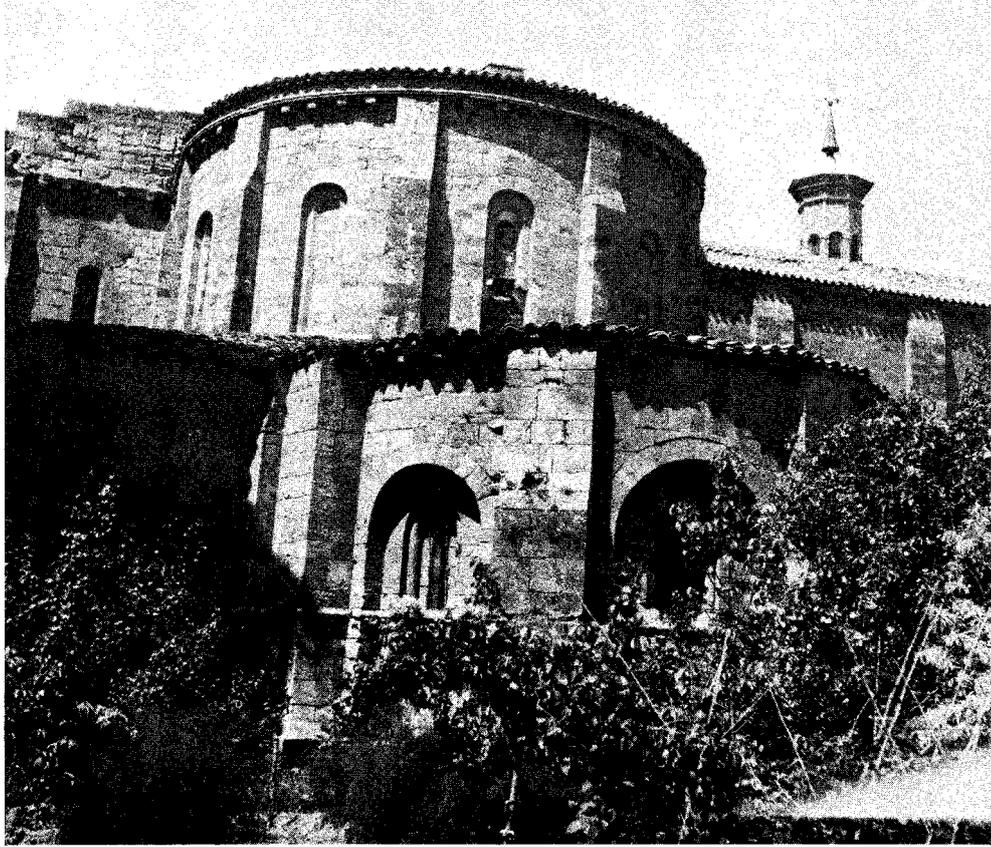
Sobre el Valle del Baztán el último sol anaranja unas nubes descoloridas y sosas, quietas, que no saben por dónde tirar.

POR EL PUENTE DE OTAZU

Bajo el puente de Otazu
pasaba el Arga.
Me agarré a tu cintura
que era más ancha.

Sobre el puente de Otazu
quise besarte.
Y temiste que el puente
no lo aguantase.

Por el puente de Otazu
pasamos siempre
que queremos querernos
fuera del puente.



POR LAS ORILLAS DEL ALHAMA

Llegamos Jesús Górriz y yo muy de mañana a Fitero, hito o mojón entre los tres reinos (hoy Comunidades Autonómicas-Forales) de Navarra, Castilla y Aragón.

He estado tantas veces en Fiterio en fiestas y solemnidades, acompañado siempre de tanta gente, que se me hace hoy raro venir casi en solitario, sin estrechar manos, sin comer empanadas en el Barranco y sin hablar en el Ayuntamiento y en la Casa del Pueblo.

El caserío, sinuoso y apiñado que viene desde el Medievo en su traza principal, no deja ver el Monasterio, que es hoy la parroquia de la villa. Ha mucho que algunas de sus extensas dependencias se secularizaron. Ha mucho que se terminaron también aquellos pleitos interminables entre monjes y pueblo por la jurisdicción civil y criminal. Hoy entra el Ayuntamiento tan campante por la nave principal del templo en los días de fiesta grande, que son muchos en el pueblo. Y entra el párroco en el viejo Ayuntamiento como en su casa.

La mañana de octubre es clara y fresca. La portada románica tardía oculta el mágico mundo interior del gótico cisterciense francés. Cuando entramos parece que nos embarcamos hacia la remota historia o que vamos a ascender hacia la eternidad.

No hay un altar que sobre. No hay un rincón que no nos embelese. Vamos y venimos. Callamos y rezamos. Recorremos una y otra vez la girola. Nos paramos en cada uno de los altares manieristas y barrocos. Aquí está el Cristo de la Guía, de Bernabé Imberto, que mejor estaría solo en su altar. Pocos Cristos tan bellamente muertos, tan serenamente extinguidos. Y si exquisita es la Virgen de la Candelaria, con el lazo en el tocado, la Andra Mari de la Barda, con el niño despierto y sabio en los brazos, es tan coloreada y tan viva, que la capilla barroca y aún la iglesia entera le viene pequeña y rompe los muros de luz y de alegría. No por nada se llama de la Barda –seto de espinos, quejigo– y es tan parecida a la Vigen del Puy, de Lizarra, Virgen entre fresnos.

No sé si las autoridades locales y los invitados nos dábamos cuenta durante las misas de que teníamos sobre la cabeza tantos ángeles chicos, y que allí arriba los atlantes femeninos sostenían el órgano barroco y nos incitaban al placer de la música coral.

Atravesamos la inmensa sacristía, donde tomábamos el vino y las pastas, y salimos al sol claustral de la mañana. El sol es plateresco abajo y herreriano arriba. El carro de la muerte del primer capitel está afortunadamente detenido pero carga cada mañana la lenta muerte de este monumento artístico e histórico, excepcional. San Raimundo y su Orden de Calatrava, que son los esforzados y nunca desilusionados hijos de Fitero, no van a perdonarnos a todos quienes podamos hacer detener la ruina y no lo hagamos.

Huele el ambiente a desamortización, a incuria y a insensibilidad mortal. Bécquer volvería gustoso a cantar estas ruinas y nos sacaría un Maese Pérez de cualquier tumba para hacernos correr de remordimiento.

Clama el Monasterio literalmente al cielo desde las crujías abandonadas del claustro, desde los plásticos del tejado, desde las grietas y los desconchones del coro, del antecoro y de la fachada.

Dejamos para otro día alegre la visita al Monasterio de Santa Clara y el paseo despacioso por los Baños, donde nació el Virrey, que no es otro que don Juan de Palafox, y donde se bañaron desde Gustavo Adolfo a Pablo Iglesias.

Nos vamos a Cintruénigo, donde encontramos el Alhama ce-

gatón y achacoso. Como la Basílica a estas horas está cerrada, nos metemos por el centro de la villa, que liberó Alfonso el Batallador. Una boda nos ha dejado abierta la iglesia y lleno de arroz el atrio. Qué satisfecha y catedralicia está la torre octogonal. Qué palio de arcos de piedra este salón eclesial, con sus ensangrentados Cristos renacentistas, y con este retablo mayor, al que el sol mediodiero le redobla el oro de sus tallas y le saca brillo viejo a los verdes y bermejos, que pintó el aragonés Pedro de Aponte en las estupendas estampas de la Pasión. ¿Qué hacen por aquí estas flores de trapo?

Paseamos por la plaza de los Fueros, el Cantón de la villa, por las calles Barón de la Torre, Ligués y San Francisco, entre casas señoriales, alados aleros y escudos de alabastro y piedra. Me acuerdo de aquellas procesiones y paseos de las fiestas de septiembre con mis queridos anfitriones.

Lástima que los baluastres y barandales rotos y violentados den ese bochornoso aspecto de chatarra a la casa barroca de la calle principal. No lo hubiera tolerado mi antecesor en el senado D. Tomás de Ligués y Bardají, marqués de Alhama.

La boda nos ha abierto la iglesia pero nos ha llenado/cerrado el hostel y tenemos que ir a almorzar a Corella. Luego nos echamos a recorrer el regadío, que riega a trancas y barrancas el Alhama, y que huele esta tarde a manzanas, a melón y a pimientos. Todo está lleno de ojos, de bocas y de manos.

Es día de vendimia. Las cepas guardan la uva negriazul entre un regocijo de colores en sus hojas, que van desde el verdeámbar al cárdeno, del alimonado al siena, del cobrizo al carmesí. Pocas cosas tan bellas como una viña en octubre.

Desde aquí Corella es una gloria de torres al corro del sol. Desde aquí, al menos por unos momentos, no se ve «el monstruo» que se zampa toda la belleza geométrica de la ciudad.

Entre los manzanos y las higueras ovachonas vemos las torres resueltas de San Miguel, con sus copulitas apuntadas en agujas de hacer punto celeste. ¿Cuándo levantará alguien la cruz y el pararrayos caídos de la izquierda? Parece que se le ha roto la muñeca a la torre.

Les hace juego la del Rosario, mudéjar y barroca. Junto a la cúpula de tambor solar, el nido de cigüeñas le da temperatura animal y calendario anual a la piedra y al ladrillo.

Un poco más a la izquierda juegan también la espadaña y la torre coqueta del Convento de la Encarnación.

Recordamos aquí de nuevo al Batallador y el año de gracia de 1119.

Salimos de la huerta porque nos esperan los amigos para recorrer la huerta barroca corellana. Plaza de los Fueros, calles Mayor, Ramón y Cajal, Trillo, Cruz, Rebote, Reja... Entre aleros y escudos, galerías y miradores, portalones y ventanas. Nos rodean águilas rampantes, liebres pasantes, niños tenantes, leones portantes, lunas menguantes y crecientes. Aspas y corazones, flores de lis, estrellas, cruces, delfines, cuernos de la abundancia, torres y castillos, quimeras y centauros.

Dejamos esta vez el luminoso Museo de la Encarnación, con sus Claudios Coellos y sus Berdusanes. Nos detenemos en la Casa de las Cadenas, que albergó a Felipe V y su corte. Nos lo cuenta este guía, que no nos deja andar de tanto como sabe, descendiente de D. Agustín de Sesma, y que se llama también D. Agustín.

Vienen y van con nosotros Virtos y Arteches, Alonsos y Ezpeletas, Anchorenas y Armendáriz, Aguados y Escuderos... Ministros, senadores, diputados, héroes de guerra, grandes priores, gobernadores en Indias. El pobre Mariano José de Larra escribió aquí su Gramática en muy temprana edad. Y Peralta y Beaumont hicieron las paces, por medio de una buena boda, en el renacentista Palacio de Corella.

En su casa palacio del XVI saludamos a José Luis Arrese y María Teresa Sáenz de Heredia. Cuánto debe Corella a estos hombres no voy a descubrir ahora yo. Durante horas nos perdemos en la maravilla repetida, apeñuscada, de las ciencias, las letras y las artes de la Casa-Fundación-Museo. Desde los asentamientos paleolíticos hasta una de las colecciones más ricas en libros, periódicos y objetos memorables sobre el Franquismo. Déjeme el lector que recuerde sólo el Mercurio romano de Mañeru, el lienzo de San Agustín, el de las lágrimas de San Pedro, el retrato de D. Fermín Arteta y la cabeza de San José, de Pedro Mena.

POR LAS ORILLAS DEL ALHAMA

Enteleridos los ojos y el corazón que no cabe de contento,
vamos al recital en la hermosa Casa de Cultura, que a eso hemos
venido.

APUNTE EN CATALAIN

Que si fue Sancho el Fuerte en 1203 o los hermanos Gari-noain en 1207 quien dio Catalain a Roncesvalles, no me importa absolutamente nada en esta mañana de San Isidro.

Parece que no va a llover, aunque estemos en mayo. De Pamplona al Carrascal, el amarillo limón, perdón, de colza, entre el verde verde de los campos, los hace bellos y orgullosos como banderas de país reciente.

Qué cerrada y hermética, de señorío y de pesares, está la piedra renacentista del palacio de Barasoain.

El álamo blanco de Catalain quiere, y puede, ser tan alto y hermoso como la espadaña; quiere, y no puede, ser tan resistente a los achaques del tiempo, y está enfermo.

Llegan los romeros de Olóriz y labradores de todos los valles de la Valdorba.

Es la primera fiesta de San Isidro después de los cuatro años de restauración de la iglesia-ermita. Está el románico fresco y remozado, prieto de piedra y alto de madera. Sólo la cúpula, imaginada, parece dudar y está en blanco.

Hay junto al altar layas, horcas, una barrica de vino sin vino, una pala de aventar, un yugo de bueyes. Luego traerán un ramo de espigas blandas, sándalo y tomillo.

Cuando tocan las campanas parece que vienen los ángeles del relevo del santo madrileño y labrador.

Cantan alto y fuerte las mozas y mujeres de la Valdorba y pronto nos sumamos todos.

Rinde el Cristo gótico su cuerpo flaco y grácil y hay un abrazo de claveles a sus pies como para recogerlo.

Aquellos tiempos del azadón y de la abarca, dice el padre predicador, tan distinto de aquellos solemnes oradores que conocieron los más viejos de los lugares. Porque al predicador sin campanillas le gustan más estos tiempos, que son los suyos, con tal que se ayude al campo y haya paz y trabajo humano en la Valdorba.

A la hora del ofertorio, todos los capiteles vegetales de Catalain son vasos de ofrenda. Y los monstruos bajan la cabeza.

La Virgen románica, de oro y grana, más sede que madre del Niño, no sé como resiste serena el regalo de «las flores de Mayo».

Que feo está Catalain cuando se pasa por la puerta al patio. Patio de caballos de la incuria. La vivienda del capellán ermitaño y las de los últimos caseros, que aún conservan la propiedad, son una ruina verdina, entre arcos medievales, un torreón desmochado, restos de pasadizos, yedras, comportas en la bodega, zarzales, saúcos, hierbas sin nombre. Cerca, lo que pudo ser hospital de peregrinos es un costillar roto de arcos cansados de tanta lluvia y tanto viento.

Todo esto limpio, podría ser, si los párrocos y los alcaldes se ponen de acuerdo, un lugar de encuentro y de servicio a los valles del Valle.

Mientras trituramos sin dificultad las garrapiñadas de Catalain —que es tarde para almorzar y pronto para comer—, hablamos del tiempo, de la mucha gente que hubo el domingo primero de Mayo, de la carretera que van a arreglar, y de la fiesta que hacen hoy los de Barasoain, que van por libre.

Los enebros, que aquí llaman giniebro, y las coscojas, que aquí dicen coscojos, están por todas partes. El secano tiene buen ver, y con tanta agua de la sierra de Alaiz baja seguro hacia el Zidacos el regato Leoz, que los mapas llaman río.

APUNTE EN CATALAIN

Vete a saber, le digo al alcalde de Garinoain, al que San Isidro le conserva de muy buen año, si todas esas grandes caras de los modillones no son los regidores de aquel tiempo!

Pasa un sol ocasional y sobrio sobre los viejos términos de la clavería de Catalain: Chopardía, Cutandur, Elchoarrana, Lardia, Murgain y Urrutin.

Cerca de Unzué arranco del ribazo un tomillo redondo, florido, fragante, casi provocador.

Cuando lo subo a casa, nos parece tan delicado y hermoso, que nos duele como si fuera un animalito vivo, apresado. Nunca más arrancaré un tomillo así.

Que San Isidro me perdone.

EL VINO NUNCA MIENTE

«Más vale un bebedor cuyo corazón sin astucia ignora la mentira, que un mentiroso austero que no bebe».

(Khwaja Shamsuddin Mohammad. Persia, c. 1300).

Ay, el vino nunca miente.
El vino es verdad madura
que penetra hasta la hondura
donde se piensa y se siente.
El vino tiñe prudente
la luz de su algarabía.
Es la loca compañía
del más solo corazón.
El vino tiene razón:
la razón de la alegría.

OLITE. En la entrega de premios.
Junio, 1985.

COMENZAR POR EL RONCAL

La fiesta del tributo de las tres vacas fue este año multitudinaria, ruidosa y alegre. A los participantes habituales del Valle del Roncal y del Baretous francés se unieron este año gentes innumerables de Estella y de Pamplona y tres autobuses de Murchante con su fanfarria y su bullicio.

Una hora después de terminada la ceremonia secular, y mientras tomábamos el aperitivo francés en la estación de Arette, la niebla de julio limpió de personas y de coches la pequeña campiña. Autoridades e invitados nos refugiamos al calor de un buen almuerzo franco-español en la borda levantada hace años con este fin. Por cierto, no faltó ese día, para que la fiesta fuera completa, un conflicto de pastos entre ganaderos de la Soule y propietarios de Uztárroz, que quedó resuelto al fin, previo pago de un buen número de francos.

Allí estaban los alcaldes y concejales del Valle del Roncal, ya con sus trajes de cada día y con su humor y su tristeza de cada día también, gracias y pese al vino de Mañeru que no dejó de correr en bota. Hartos de palabras, de promesas, de iniciativas truncadas. Con algunos logros recientes, bien conocidos de todos, al mismo tiempo. Con ganas de salvar el histórico valle, y no sólo Belagua, del envejecimiento, de la soledad, de la inercia.

El alcalde, casi legendario, de Arette, nos afilaba los dientes cuando nos decía que en el Baretous, el turismo es la primera fuente de ingresos, muy por encima de los otros recursos. El resto

de los alcaldes franceses me hablaron de la conveniencia de tener todo el año abierta la frontera franco-española –así lo he hecho saber al Gobierno español–, mientras el Ayuntamiento de Isaba me insistía en la necesidad del cambio de lugar de la aduana.

¿Por qué no comenzar por el Valle del Roncal la nueva política turística? Hasta ahora, como en el resto de Navarra, no hay nada que indique al viajero que allí hay algo más que pinos, hierba y algo de ganado. Estamos en la prehistoria del turismo. Dan ganas de llorar cuando se compara nuestra situación con la de los territorios colindantes franceses. No sólo falta infraestructura, falta incluso imaginación para potenciar esta tierra famosa en toda España.

Aquí, como en algunos valles cercanos, hay nieve, alta montaña, próximas estaciones de esquí, agua, bosques, frontera, buenos productos del país. Y queso, y Pirineo aragonés, y la casa y tumba de Gayarre, tan olvidadas.

Ojalá que cuando celebremos dentro de dos años, por todo lo alto, la fiesta de hermandad, recién entrada España en la Comunidad Europea, algo haya cambiado por fin en el Valle del Roncal. Y en los valles cercanos.

HACIA JAVIER

Cuando llegamos cerca de Rocaforte, la amanecida nos deja entrever el color de piedra terrosa del caserío.

Las primeras timideces del alba se confunden con el ópalo noble de la luna sobre la pequeña cascada del río Aragón, ejemplo de peregrinos.

¿Cómo pasar de largo sin encomendarnos a la corte celestial del pórtico de Santa María? La iglesia huele a camada colectiva y las latas de bebidas se amontonan junto a las columnas. Hay que salir corriendo.

Se despierta la calle mayor somnolienta y verticalmente peregrina.

A las siete en punto parte la procesión litúrgica y popular, penitencial y deportiva hacia Javier. ¿Por qué no? ¿Desde cuándo lo religioso ha tenido que estar separado del resto de la vida?

La larga comitiva escucha la palabra de Dios, los entrañables fervorines, la música religiosa, alegre y marchosa. Tal vez hay demasiadas palabras. ¿Y por qué no hablan más jóvenes como ese muchacho de 24 años? En las curvas más de la mitad de los que marchamos –vamos a paso de marcha– perdemos lo que se dice por el altavoz que va en cabeza.

Es una marcha predominantemente joven, con caras frescas y sonrosadas como la mañana que se abre. Hay un silencio normal y respetuoso propio de caminata juvenil.

Entre unas y otras, se nos ha perdido la luna bonita por la vega del Onsella.

Los pocos olmos y acacias que quedan en las orillas de la carretera pasan fríos e impassibles. Asoman tímidamente los enebros, las aliagas y las carrascas. Por fin, la mañana nos entrega, de frente, en un abrir y cerrar de ojos, la moneda dorada y comunal del sol. Crecen de verde los trigos y las cebadas forrajeras.

Dejamos atrás, a la izquierda, los términos javieranos de Escampadero, Valdarto y Valullada y al doblar el Adoratorio, en el collado Malpaso, se nos aparece en todo su esplendor madrugado la muralla anticlinal de la sierra de Errando o de Leyre, verdinegra de encinas, cárdena de robles y de hayas, al temple azulenco de esta mañana, pura como pocas. A sus pies, grisáceos, El Robledal y el monte Ferrandillo. Y más acá, traído y llevado por las campanas que tocan a gloria, sobre el bulbo defensivo de las rocas, el Castillo de Javier.

Fue en las postrimerías del siglo X, según el maestro José María Recondo, una torre exenta. Las hiladas, «a gran tizón», que penetran el grueso del muro en su lado oriental, hacen pensar en los arquitectos de Almanzor que construían o rehacían castillos. Tras la destrucción del cercano Castellar, castillo montado encima del castro romano sobre el Val del Borro, la futura torre de San Miguel o del Homenaje serviría de núcleo a las nuevas construcciones que dieron lugar al castillo-fortaleza de los Aznárez, los Artieda, los Azpilicueta y los Jaso.

No era nada entonces un castillo suelto. Valían sólo muchos castillos, dentro de una línea defensiva, unidos por caminos seguros, cerca de un río común, comunicados entre sí por señales de espejos, banderas, fuegos y humos desde los miradores de las torres. Ese río era el Aragón o Río Grande y también su afluente el río Del Arco. Iban los castillos desde Berdún a Tiermas y desde Lerda a Sos. Sobre la Portillada de las Tres Rocas de la Sierra de Errando, sobresalía el Castillar, que enviaba, por el norte, las señales al castillo de Castillonuevo y, por el sur, al de Tor, cerca del puente de Yesa. En el valle del afluente se empinaban los castillos de La Torraza, El Castellón, La Torreta, y El Castellón que domi-



naba Liédena. Otra línea defensiva navarra, llegaba desde Peña hasta Ujué.

Así fueran las contiendas y las alianzas guerras, así servían los castillos.

Navarro antes, aragonés después, comprado definitivamente por Sancho el Fuerte en 1223, semidestruido por Mosén Pierres de Peralta, demolida su «parte fuerte» por orden de Cisneros, es hoy el único castillo en pie, en pie de fama y de servicio universal. Morada de Juan de Jaso, embajador ante Francia y Castilla, presidente de las Cortes de Navarra; refugio de los capitanes Miguel y Juan de Xavier, fieles a los últimos reyes navarros, es sobre todo el castillo cuna y casa de Francisco de Xavier, santo misionero universal, patrono de medio mundo.

En el cuadro que preside esta peregrinación, Salaverría lo dibujó con la cruz, la campanilla y la concha de peregrino: «un paso horizontal de fuente y río» en frase de Pemán.

Bajamos entre las encinas de El Encinar y del Cerro de Santa Ana; se ven bien desde aquí los pinos de repoblación que van suavizando la antigua dureza esteparia del paisaje. Desde El Soto a Zarrastiero hay un bosquecillo de chopos, cipreses y cedros azules. En el último tramo del camino, junto a la Abadía están alegres de mañana y de primavera próxima las flores rúbeas de los cerezos japoneses y las blancas nevosas de los cerezos europeos.

Ya no pagan sus troncos en El Molinaz los almadieros que bajan desde el Esca, ni entregan una oveja por rebaño en El Paso los pastores que pasan por la Cañada Real. Pero Javier se llena de niños, de jóvenes, de hombres maduros, de mozas y de mujeres mayores, cada año; cuando marzo marcea y la gracia deportiva de salir de nosotros mismos nos toca el corazón.

En el rito universal y cristiano del camino hacia lo santo, Javier es un lugar importante. Europa es hoy un tablero variopinto de santuarios y de peregrinaciones. Desde el Consejo de Euro-

HACIA JAVIER

pa, católicos y protestantes, ortodoxos y agnósticos estamos promoviendo, también por motivos culturales, todos estos recorridos.

Francisco de Javier se pasó toda su breve vida andando de aquí para allí, peregrinando hacia Dios y hacia los hombres.

Hoy, cuando tanta gente no sabe, de nuevo, a dónde ir, aunque se mueva sin parar, Javier no es sólo una meta. Es también una dirección.

Por fin hemos llegado al castillo. Banderas que se mueven al cierzo blanco, más bien suave, que nos manda el Pirineo. Algunas cruces de madera que traen los peregrinos. Campaneo jubiloso. Fiesta de todos los colores en la ropa de los caminantes. La mañana está tan bella, que casi duele.

Los pies no pueden más. Pero el alma sigue caminando.

NIEVE EN LA CIUDADELA

La nieve ha borrado la sierra de Ezcabarte, San Cristóbal, Erga, Gaztelu y los arranques de las sierras de Satrústegui y Aralar.

Está borrando ya las torres de San Cernin.

La nieve amenaza por todas partes la que un día fuera «llave y antemural de las Españas», la orgullosa fortaleza mandada construir nada menos que por el emperador don Felipe II de las Españas y IV de Navarra.

Los tres bastiones que quedan, el Real, Santa María y Santiago, de aquel inexpugnable pentágono navarro, estrella de piedra y poderío, se vuelven pronto campos de paz y de masedumbre, cosechadores de este imprevisto maná de enero.

Los viejos sillares arrancados del castillo levantado por don Fernando el Católico, ya descansados hace tiempo de la fatiga defensiva, se ablandan ahora en castillo nevado, en un belén natural a donde llegan los Reyes Magos de Pamplona.

Los niños reciben también a la nieve como a un rey mago colectivo y anónimo que les trae ilusión y belleza. La cogen, la llevan, la tiran, juegan con ella. Suben a los glacis, bajan a los fosos, se asoman a las poternas, se siguen y persiguen en los contrafuertes y revellines. Gorros y bufandas, abrigos y anoraks, manoplas y pantalones, calcetines y botas, de todos los colores y formas, hacen un delicioso cuadro *naif*.

Dos perros juguetones sobre la nieve parecen lobos hambrientos.

Los olmos, los álamos, los abedules y los plátanos, y el tilo y la robinia de cerca de mi casa se dejan hacer. Están desarmados, y se cubren pronto de melancolía. Sólo los cipreses *–sempervirentes–* se lucen con su nuevo capuchón, que parece hecho a medida.

Me gusta más ver la nieve entrar por su pie, por su cuerpo entero, en la Ciudadela, que no, como dicen, a través de los soldados franceses jugando a bolas.

Maldecida por los ciudadanos que tienen que moverse en la ciudad, y agradecida por los niños y por algún poeta suelto que queda por ahí, bien sé que la nieve es un fruto y un lujo de campo y pertenece a un estadio de cultura rural. Desde la ciudad, se la aguanta sólo lejana y como instrumento de diversión y de negocio.

Pero la Ciudadela es un trozo de ese tiempo y de ese espacio metido en la urbe. Aquí la nieve es original y buena y no hace mal a nadie.

Nieva en la Ciudadela.

Silenciosamente. Parece que nieva silencio.

Lentamente. La nieve es puro reposo.

Nieva y sólo nieva. No hay distracción posible.

Nieva. Nada más.

Sólo y todo nieve.

FEBRERO EN LA CIUDADELA

Se escapa la tarde
de la Ciudadela
sobre las murallas
que en vano la cercan.

Arboles de frío.
Remansos de hierba.
En las ramas altas
las urracas huelgan.

Pasan viejos aires
en proas de piedra.

Se asoman los siglos
entre las almenas
y hay una luz verde
de larga edad media.

El tiempo ha ganado
la última guerra.

Se escapa la tarde
de la Ciudadela.

FIESTAS DE LOS PUEBLOS

El alcalde y el Ayuntamiento de Castejón nos dieron al principio de la temporada el buen ejemplo de programar sólo cinco días de fiestas. Punto y raya. Pocos han seguido ese ejemplo, a pesar de que, en voz baja, alcaldes y concejales anden diciendo que tantos días de fiestas son muchos días en la era del coche que nos lleva de unas fiestas a otras. A veces, un abuso, un aburrimiento y un despilfarro.

En algunos pueblos pequeños han encontrado la buena solución en un fin de semana. Lo malo es cuando se empieza cualquier día y no se sabe cuándo acabar.

¿No sería mejor potenciar un poco las fiestas pequeñas de otoño, primavera o invierno?

Me dicen algunos que las fiestas son las únicas vacaciones de los pobres que no tienen otras. No me vale tan viejo y débil argumento. Y ¿por qué todas las vacaciones se han de ir en vacas, meriendas y cenas? ¿No hay imaginación y medios para que la gente salga por poco dinero al mar, a la montaña o se asome al sur de Francia, al menos, con lo que se gasta, a veces inútilmente, en la prolongación de las fiestas?

Me parece, en cambio, una buena idea la de las semanas culturales prefestivas, aunque dudo seriamente de que sea el tiempo mejor. También es buena cosa la de entablar relaciones con otros pueblos de otras comunidades o países. En toda Europa los «jumelages» o hermanamientos son moneda de cambio corriente.

Aquí los que existen o se tambalean o se caen, como el de Estella-San Juan de Pie de Puerto. No hay que darle vueltas: el hermanamiento exige una gran dedicación y mucha imaginación; si no, mejor es dejarlo. Parece, en cambio, que quieren hermanarse el San Adrián navarro y el catalán. Y hay que animar a que otros hagan lo mismo.

En el norte de Navarra tienen la buena costumbre de invitar a los alcaldes franceses vecinos. Recuerdo con nostalgia aquellas comidas de hermandad en Aranaz, Urdax o Zugarramurdi.

En fin, veo por todas partes, y lo he gozado en algunas, un interés cada vez mayor por meter un poco de arte, de deporte, y de gusto entre tanta vaca y tanto zurracapote. Es un buen camino.

P.D. Escritas estas líneas, leo con horror la noticia de la persona corneada hasta la muerte en una plaza navarra. ¡Ya son demasiadas las víctimas de toros y vacas para que sigamos tan campantes!

CUANDO CASCANTE ES EUROPA

Más allá del pobre río Queiles veo, entre olivos, Murchante, quieto, horizontal, huertano por el Canal de Lodosa, orgulloso, hasta en las paredes, de sus vinos. La nueva torre no puede disimular el aire de la vieja mezquita y de la posterior iglesia renacentista.

Me voy en mi recuerdo tras las innumerables vacas de las fiestas que he conocido, tras el Cristo de la Siembra en la procesión de otoño, y guardo la gratitud y el aprecio hacia el grupo de jóvenes que hacen una revista y tienen viva la llama cultural. Ahí nació el pintor Basiano, hasta ahí llegó el Duque de Alba derribando castillos, y ahí alcaldea el gran Justino.

Hoy sus buenas gentes trabajan por instalar la planta potabilizadora que les depure el agua del Canal y por regar las setenta hectáreas del comunal de La Torre.

Pasan las ruinas de Urzante, la espadaña de ladrillo de la ermita del Pilar, y la sombra de la «Diputación» que gobierna estas tierras entre calderetes de fiestas y buenas relaciones entre Tudela, Murchante y Cascante.

A Cascante voy y a Cascante llego, cuando el reloj municipal sobre el Ayuntamiento da las dos.

Después de comer en el Mesón cosas de casa, nos perdemos

por el Casco viejo, entre la Puerta de la Villa y la Puerta Nueva. Voy de la mano de Paco y Cecilio Jiménez, que es apellido de lengua prosapia cascantina. Y vamos de la ceca preromana y romana a la meca de plazas, calles y callejuelas: San Pedro, Caracoles, Martín Cereceda, Obispo Soldevila... parándonos aquí y allí ante esta galería de arcos, ese escudo barroco, aquel blasón rococó, y deteniendo más el paso ante el ladrillado y serio palacio de los Bobadilla, que vinieron de Villafranca a emparentar con los Ximenez de Antillón.

Hay que cerrar los ojos a ratos ante los estropicios cometidos estos últimos decenios y, como la tarde de primeros de abril es aún breve, nos subimos a tomar el sol hasta el Romero.

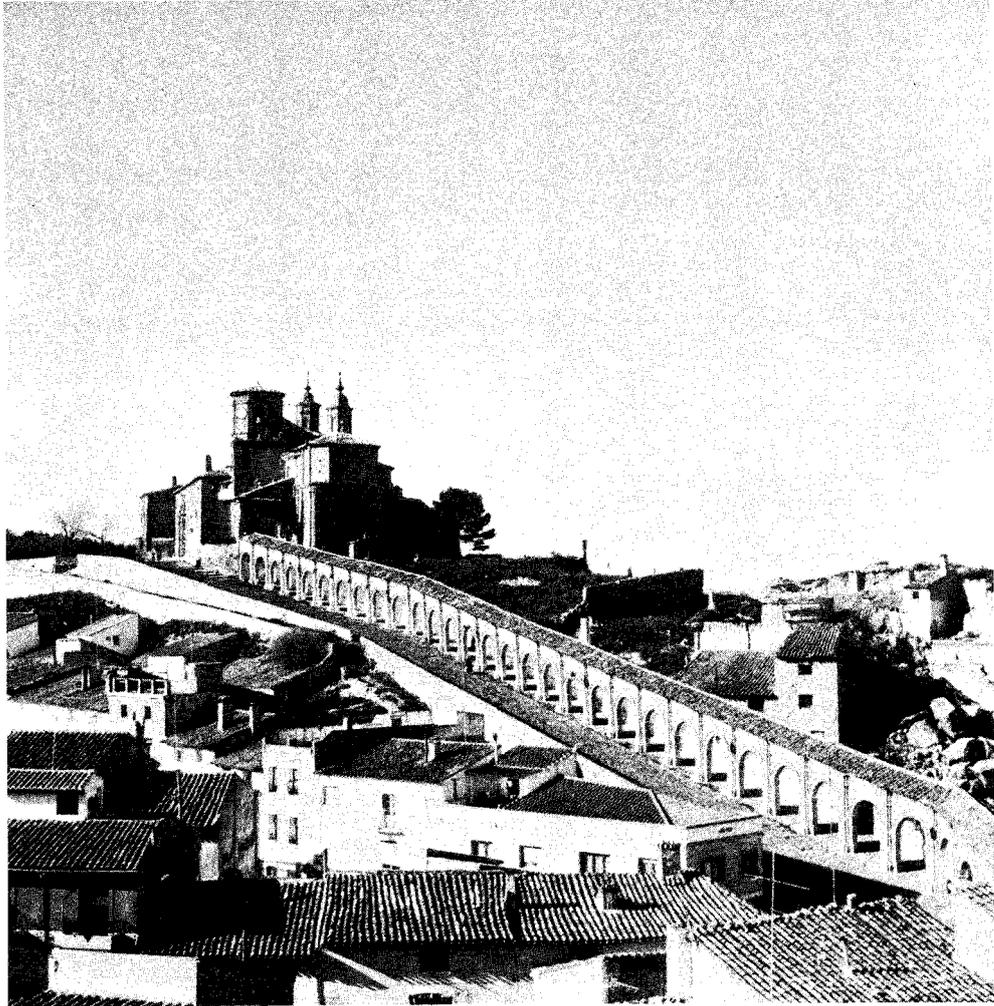
Pasear por aquí y asomarnos a este balcón redondo sobre la Ribera verdeciente es una delicia. También a Cascante el agua del Moncayo le viene racionada y andan ensanchando el mamotreto del depósito de aguas, del que los pinos recios de la colina y los arbolitos que espero que pongan junto al hormigón libren nuestros ojos de cada día.

Desde aquí vemos, más allá del pueblo viejo, de los barrios nuevos, del frontón y del pobre río Queiles, el viejo término de Pedriz; Ablitas, entre viñedos y olivares; Barillas y «la choricera» que sostiene el pueblo; El Buste, patria de obispos y monseñores; el regocijado soto de Tulebras, y los largos campos del Marqués de San Adrián, en Monteagudo. Sobre los bordes últimos del Moncayo descansa la nieve, la bruma y algunas nubes de plata dura.

Al Este, tras las vegas del Ebro y de los canales, amoratados de sombras y lejanía, los cabezos de la Bandera, Royo y Fraile Alto.

El ventarrón no nos deja en paz. Por el otro lado de la balconada, hay granjas, villas de gentes acomodadas que suelen estar lejos, almacenes y la Residencia de ancianos. Viñedos, almendrales, cereales crecidos, esparragueras. Sobre el cabezo de Pedernaleta ya no se yergue el fortín de don Lope de Antillón. Cierran el cerco los Montes de Cierzo. Más allá, sobre Fitero, la sierra soleada de Yerga, y a la izquierda, al fondo, el Madero. También aquí, el mojón de los Tres Reyes. Siempre son tres.

La gente pasea o se sienta tranquila en la ajardinada expla-



nada de Malón de Chaide, entre lilos en flor, acacias, chopos, adelfos, rosales y palmeras. Andan que no paran de pasar y de cantar los gorriones, los ruiseñores, los tordos y los vencejos, que aquí llaman gocetas.

Una cigüeña aparece no sé de donde y con el pico enfilado se lanza campo abajo. Me dicen que las cigüeñas han abandonado la torre parroquial vacilante de La Asunción y que se han venido aquí, a lo alto y seguro. Quién sabe si no anidaron en tiempos sobre el chapitel cónico del castillo gótico de Santorcaz, que se levantaba ahí detrás, sobre el campo de fútbol.

Visitamos a Nuestra Señora del Romero en su gloria barroca, levantada tras el incendio de un 30 de mayo de 1684. La coronó en 1928 el futuro cardenal Gomá, y la corona cada día la devoción de los cascantinos, como he podido ver más de una vez. La acompaña la encantadora capilla gótica de San Marcos, sacada hace poco de su emparedamiento, y le hace juego desde el coro la ascendiente talla de la Asunción, entre angelotes que la cuidan y adornan. La Virgen, con el romero en la mano, está hoy de verde y oro.

La galería porticada de ladrillo, que conserva restos de muralla medieval, está muy delicada; el techo y el tejado necesitan una pronta reparación. El camino empedrado está lleno de «lesnas» —«atrapones» en Monteagudo—. El dicho popular nos anuncia que «cuando hay hierba verde en la cuesta, hay buena cosecha».

Pasamos por la calle Tras la Iglesia, donde aún se levantan el Círculo Carlista y la Juventud Católica, y llegamos a la iglesia de Santa María intramuros, construida para sustituir a la que estaba antes sobre el monte. El párroco nos enseña lo poco que puede enseñarse tras otro incendio que arrasó la fábrica en 1939. Pero, al menos a primera vista, la iglesia reconstruida por el pueblo —con un recargo durante varios años— está esplendorosa en sus tres naves de salón renacentista, hermana de la de Cintruénigo, tras esa linda portada con los cuatro evangelistas subidos a cuatro ménsulas de piedra.

Además estamos en Pascua y la iglesia luce lemas pascuales. Y es cosa de ver la capilla del Cristo de la Columna, paso devocio-

nal, patético en su debilidad, y ese desconocido museo de la sacristía, donde hay que estarse mucho tiempo a pesar de la humedad que la penetra.

En el bar de la esquina, donde nos solzamos un rato, hay fotografías curiosas de viejas glorias locales, auroros y futbolistas.

Bajamos hasta la iglesia de la Victoria, junto a aquel grande y frío teatro, antigua dependencia conventual, donde una noche de invierno, en los bravíos años setenta, recitamos poemas ante una docena de personas. Fue la única iglesia de los frailes Mínimos en Navarra, a donde llegaron, a petición del pueblo, de su convento de la Victoria de Zaragoza. No siempre fue fácil la convivencia entre navarros y aragoneses.

Aquí tuvieron convento, huerta, estanque de peces –pues no comían carne– y hasta trujal. Exclaustrados una y otra vez, la Desamortización de 1836 acabó suprimiéndolos, a pesar de los esfuerzos del Ayuntamiento que atendió bien a los que se quedaron en Cascante por su cuenta. Me dicen mis guías, y citan casas y apellidos, que antes de salir vendieron por poco precio tierras a gentes del pueblo.

La recia nave del templo parece al sol de la tarde que fuera a hundirse en el agua que entra por todas partes e inunda, según, la cripta-cementerio. Guardan las muchas capillas tal tesoro de retablos barrocos y manieristas, de lienzos, tablas, tallas, pinturas murales, blasones y árboles genealógicos, que es lástima grande verlas perecer. Al Cristo de la Vera Cruz le da la luz atardecida y hace aún más bellas y desoladas las tinieblas del cuadro a su espalda.

El saneamiento de la ciudad, objetivo principal del Ayuntamiento, remediará en parte la situación.

Aún nos falta visitar la casa de la Santa. De Sta. Vicenta María López Vicuña, hija del abogado Tejerina –su tercer apellido– alcalde constitucional de la ciudad en tiempos de Espartero, que no eran menos difíciles que los de Gregorio Monco. Cuando, vg., un Real Decreto incautaba y declaraba bienes nacionales todos los bienes del clero secular. Primera santa navarra en la ciu-

dad del mayor místico navarro, Fray Pedro Malón de Echaide.

Cerca, en la casa de los Duplá, me llama la atención un escudo, con tres rocas, un puente y sobre él la cabeza de Abderrahman.

Celtíbera y vascona, undécima mansión romana, ciudad ya en tiempos de Augusto –*Civitas Cascantum, Municipium Romanorum*, es hoy su lema–, musulmana y mozárabe, judía y cristiana, villa real y señorial, concejo libre, buena villa y lugar de Cortes (1478), siempre importante y fronteriza, asombra leer en el libro del historiador local J.I. Fernández Marco las veces que Cascante fue escenario de batallas, sitio de estacionamiento de tropas, y objeto de visitas de reyes de Navarra y de España, incluido el mismísimo Felipe II.

Hoy es una ciudad próspera. A las afamadas fábricas decimonónicas de fósforos han sucedido fábricas boyantes de lonas, anoraks o pantalones, de las que viven alrededor de 500 familias. Donde se encontró una ánfora vinaria romana bulle una Bodega Cooperativa de casi todo el pueblo, que nos ha hecho pasar a muchos muy felices tragos.

No cuesta mucho, con todos estos antecedentes, ir a gusto a la nueva Casa de Cultura, junto al pórtico gótico de San Pedro, en el barrio de Lombo, para hablar sobre España en Europa, sobre Cascante en Europa.

¿Hay algún pueblo más europeo que éste?

PASAR VELATE, QUE MAÑANA SERA TARDE

Los niños nacen en Irún o en San Sebastián y se registran después en los pueblos de Navarra.

A veces, como en Urdax, los bomberos y la luz vienen de Francia.

Aunque el Instituto de Mugaire dio solución a buena parte de la demanda escolar, algunos niños van a estudiar fuera de Navarra.

Llegan antes, y por eso llegan más, los periódicos de San Sebastián.

No se oyen las radios de Navarra o se oyen mucho peor que las demás.

No se ve Telenavarra. Pero todo el mundo conoce a los locutores y a los políticos de Telenorte.

Están poniendo ahora, con el dinero de unos o de otros, repetidores y antenas para ver Telebista, TV francesa y la segunda cadena de TVE.

Turísticamente, cero pelotero.

Laboralmente, gracias a Laminaciones de Lesaca.

Por mucho que algunos hayamos recorrido, y varias veces, todos los pueblos de la zona, la verdad es que los visitamos bien poco, y nunca o casi nunca llegamos a todos los barrios, que son tantos, y mucho menos a todos los caseríos. Somos unos desconocidos.

Y, sin embargo, nos saludan, nos reconocen, nos agasajan, nos quieren y, sobre todo, nos esperan.

Porque estos navarros, además de serlo tanto como los demás, han resistido, a pie firme, la incomunicación, el aislamiento, y el abandono –digámoslo claramente– de buena parte de la clase política y de la administración «de Pamplona».

Digo todo esto, caliente aún mi última visita a Urdax y Zugarramurdi, los pueblos más pequeños de nuestra frontera y, con Luis Roldán, a las villas esplendorosas de la Regata. He vuelto a sentir tanta vergüenza como afecto y, en lo que me toque, propósito de la enmienda.

Nadie quiere aquí aflojar las buenas relaciones con Francia y con Guipúzcoa. No, no, al revés. Es una suerte. Pero eso no está reñido con unas mejores y mayores relaciones con el resto de Navarra, que no es mucho desear ni pedir.

No haría falta hacer un túnel en Velate, querido alcalde de Yanci.

¡Velate es casi siempre tan hermoso de pasar! Además, el teléfono, el correo, las imágenes y las palabras en las ondas pueden salvar cualquier obstáculo.

Y el hermoso y frágil vascuence une las dos puertas del Puerto.

Ya hemos perdido muchos tantos. Y mañana será tarde.

Entzuteko belarriak dituenek entzun beza.

DESDE UJUE

Bajo del románico al gótico, tras la alta celebración dominical en San Martín de Unx. Gentes amigas me acompañan por un recorrido de siglos, que termina en los problemas más acuciantes del pueblo, pueblo de historia sufrida como su tierra roya.

Llego a Ujué entre una niebla pertinaz, que se rompe a ratos contra el castillazo y las perfiladas torres de Santa María.

¿Cómo no esperar de nuevo, delante de la imagen venerada de la Virgen, el rasguño de esa sonrisa adolescente que hemos visto aquí y allí, en las primeras catedrales góticas? No, todavía no.

Voy y vengo, guiado por baquianos autóctonos, entre los desolados muros, hasta el paseo de ronda cerrado permanentemente por obras que no son permanentes; entre piedras y losas amontonadas, escombros y materiales de construcción.

Como en otras ocasiones, he aquí el bíblico caso del constructor que comenzó a edificar y no pudo acabar la tarea. Viejo vicio foral.

Hay obras que no debieran empezar, que bien se están las piedras como y donde están. Debieran dejarse otras a la iniciativa particular, en sus diferentes órdenes, a la que podría ayudar, de un modo u otro, la Administración. Mientras algunos, pocos, de esos empeños no debieran paralizarse nunca.

Entre estos últimos está la reconstrucción del «conjunto histó-

rico artístico» de Ujué, gloria levantada del arte, nido de historia, mástil de fe, castillazo de esperanza.

Se arregló por fin la carretera, obsesión que fue durante cierto tiempo de un Ayuntamiento siempre en acción. No se derrumbó, y es pena, ese bunker al aire libre, que a la entrada del pueblo provoca a todo buen gusto. Es de esperar que para las próximas Romerías de abril vuelva a crecer el viejo cerco medieval de sepia y oro viejo de siglos.

Tras las migas al brasero y las costillas a la brasa de sarmientos en el mesón, aún queda tiempo para gustar las garrapiñadas y el pacharán casero de los amigos.

Sale por fin el sol de media tarde, que deja en cueros de luz y tierra rebelde torrenteras y abarrancaderos, quebradas y re hoyos. Lejos, entre brumas, Cáseda es un débil corro de blancos. Las nubes bajas velan la nieve de los Pirineos.

Ujué es ahora más real que nunca. Pura piedra. Fría luz.

VALCARLOS, EL PUEBLO-VALLE

Vuelvo a media tarde de Francia por Valcarlos, cuando el sol escala ya los picos de Lindux, Guirizu, Ciritegui, Astobíscar e Ibañeta.

Altos son los montes,
tétricos los valles,
las rocas son grises,
las foces terribles.

sigue diciendo el Cantar rolandiano.

Ya ni los valles son tétricos ni las foces terribles, y menos cuando se tiene buenos amigos en Luzaide. Ya no es hora de estar hoy con ellos, pero sí recuerdo con afecto a Luis Echeverri, que tantas veces me acogió fraternalmente, como alcalde en funciones, y que se nos ha ido hace poco a los Ultrapuertos celestes.

Mientras sigo el curso del río Valcarlos, «la petite Nive», y me adentro en el valle oscurecido, ordeno en mi memoria mi última visita, el último noviembre, al pueblo-valle. Quien sólo conoce Elizaldea y el «barrio de abajo» o Pecocheta, no conoce el pueblo.

Entre las hojas sueltas de los castaños y de los avellanos subía y bajaba el Land Rover una y otra vez por caminos casi de cabras,

pero por donde van los coches que llevan a los niños a la escuela; avanzaba lentamente, rodeaba cabezos, sorteaba pendientes. Con el alcalde y los concejales valcarlinos, visité caseríos perdidos, caminos y pistas forestales, me entretuve en el barrio de Gaiñdola, en una bella estampa de mujeres caseras y animales domésticos endomingados, y llegamos tarde al almuerzo, cerca de la frontera, donde nunca falta el buen paté y la alegría de unas gentes, tan liberales como el apellido del alcalde.

Todavía nos quedó por visitar, a la vuelta, el barrio de Gañecoleta, al pie del Mirachilota.

Me quedo tan agradecido como entristecido, viendo cómo decrece este pueblo hermoso y múltiple, famoso en la historia y con voluntad indomable de estar al día y no sólo a la sombra de la épica medieval. Viendo decenas de caseríos vacíos y otros muchos llenos de solteros y solteras de avanzada edad. No sé si todo esto tendría solución, aunque un nuevo Carlomagno volviera a reunir aquel ejército legendario de doncellas guerreras traídas de todos los rincones del imperio.

Pero hay otras muchas cosas que sí pueden tenerla.

Avergüenza un poco comparar las cuidadísimas pistas de la parte francesa, que atravesamos en nuestra excursión una y otra vez, con las de la parte española, a pesar del empeño puesto por las dos últimas corporaciones. Y es bien sabido que los arreglos de caminos y accesos a los caseríos es una obra fundamental en éste y en otros lugares parecidos.

Hace tres años que, a petición de aquel alcalde casi vitalicio, José Bazo, me interesé ante el Gobierno ucedista por la categoría de la aduana, que no debiera ser menos, según los valcarlinos, que la francesa de enfrente. Las buenas palabras de la respuesta no parecen poder superar las dificultades del largo puerto que queda hasta Roncesvalles, con no pocas curvas peligrosas y un sospechoso puente de hierro, que la Dirección de Caminos de la Diputación Foral parece dispuesta a remediar.

Valcarlos ha vivido demasiados años aislado del resto de Navarra. Cuando mis amigos lo piensan, se enfadan y se acuerdan

enseguida, sin más consecuencias, de sus vecinos y hermanos franceses de la Baja Navarra. ¿Tanto costaría, por ejemplo, restablecer, al menos dos días por semana el viejo servicio de «La Montañesa» entre la villa y Pamplona? ¿Y no merece cualquier costo económico la creación, claro que extraordinaria, de un grupo escolar con viviendas para profesores, para que los niños no tengan que trasladarse nada menos que hasta Garralda?

Cuando todavía se ve mal la primera cadena de TVE, dicen que las instalaciones para la segunda estarán listas dentro de unos meses.

¡Cuánto descuido, cuánta insensibilidad política en todo esto!

Porque con Valcarlos no pueden utilizarse los cómputos que valen para Fitero o Yesa.

Valcarlos es todo un pequeño reto a la imaginación y a la generosidad, si no quiere hablarse de justicia geográfico-política.

No es sólo un pueblo. Es un pueblo-valle. No es un lugar cualquiera. Es el pico fronterizo de Navarra. Nuestro paso más hondo hacia Francia y resto de Europa. Una pequeña península, que quedó agarrada por fortuna al viejo Reyno, que debiera tener siempre una fundada predilección por ella.

Hay en Europa lugares como Valcarlos, que son atendidos, preferidos, mimados por cualquier Administración que se precie.

Pero habría que comenzar tal vez por conocer bien Valcarlos.

El Land Rover de mis amigos está siempre dispuesto.

DESDE SAN CRISTOBAL

Terminamos la visita en el bien cuidado bar del «Fuerte Alfonso XII». Entre textos y símbolos patrióticos, tiene lugar preferente aquel hermoso poema de Calderón, donde hay versos tan bien hechos como éstos:

«...
porque a lo que sospecho
no adorna el vestido al pecho,
que el pecho adorna el vestido».

Nosotros no sospechamos. Estamos viéndolo. El general y sus ayudantes, que han tenido la deferencia de subir para acompañarnos, son cultos, conversadores, ágiles de cuerpo y espíritu, llenos de buen humor, patriotas realistas y abiertos a todos los aires, y navarros de corazón o de nacimiento, que se conocen, a pie, los valles y las cordilleras que nos rodean.

Hablamos de muchas cosas, de lo bien que salieron los actos populares en el Refugio de Belagua y la fiesta de la bandera en Aranjuez...

Desde el patio de los cuarteles de Ainzoin, el día de las Fuerzas Armadas, veíamos la franja reluciente de los quejigos nuevos cruzando el pecho verdioscuro del encinar como una condecoración de primavera. Hoy subimos huyendo del bochorno alborotador metiéndonos entre las encinas, los quejigos y los pinos.

Pero lo encontramos suelto y sin rival cuando llegamos, ya sólo entre tomillos y bojés, a la cima.

Ascendemos por caminos y trochas fáciles hasta la garita más alta para verlo todo mejor.

Desde 1903 hasta 1920 se llamó con propiedad Fuerte Alfonso XII, y popularmente Fuerte San Cristóbal. Fue luego prisión militar y más tarde civil. Hace ya muchos años que sólo es cuartel. Nadie diría, aun habiéndolo visto desde el avión, que aquí pudieron estar hasta 5.000 hombres. Metidos en la misma montaña, cubiertos de tierra y hierba, están los tres cuerpos de edificios, construidos con recios sillares, resistentes a cualquier evento.

Levantamos la vista alrededor y damos vuelta a Navarra con la imaginación y la querencia. Saca la cabezota pelona el Moncayo por encima de la sierra de Reniega. Pueblecitos blancos y color teja se reparten las llanuras y los valles que la tarde de bochorno tornasola. Desde Erice y Sarasa hasta Beorburu suben y bajan balanceándose en las colinas del valle de Juslapeña.

De las Malloas a Berrendi cadenas de montañas verdiazules nos cierran el paso al Pirineo. Seguimos recorriendo amorosamente el mapa de Navarra extendido a nuestros pies.

Entre el Fuerte viejo y nuestro observatorio batido por el ventarrón hay un largo argomal que huele dulzón e insistente.

El Fuerte se construyó junto con otros que completaban las viejas líneas defensivas del sistema pirenaico. La tercera guerra carlista no fue el único motivo. Mira hacia Francia, como el de Santa Elena, cerca de la ciudadela de Jaca. Vigila el paso de Marcalain, el camino de Irurzun y el corredor del Ulzama y se sitúa entre los últimos cabos de las rutas que bajan de los Puertos de Azpíroz y Velate.

Pronto se vio, tras la primera guerra mundial, que tan costosa defensa carecía de utilidad y el Fuerte artillero pasó a ser prisión. Todavía muchos lo recuerdan como el lugar de lutos diurnos

y de noches de insomnio. En la capilla funcional, en la que no podía faltar Santa Bárbara; junto al sencillo monumento a los caídos en el patio de entrada; en todas partes recuerdo en el hondón de mi alma a los hombres que aquí sufrieron; entre ellos, a los compañeros del poeta Jorge Guillén, que también pasó por aquí, y por quienes no quiso preguntarme, después de muchos años, por miedo a lo peor.

Vemos los depósitos de agua, llenos y lúgubres, a la luz de linternas. Ahí se hacía el pan, allí se guardaba la munición. La escuela conserva aún el tablero en pie y unos dibujos de delineante que quedaron sin terminar, tal vez porque al mozo le llegó la «verde». La biblioteca, caliente y bien pertrechada, todavía sirve. Recorremos pasillos deshabitados. En uno de ellos, el letrero «Hermanas de la Caridad» nos recuerda que aquí tuvieron hospital y escuela.

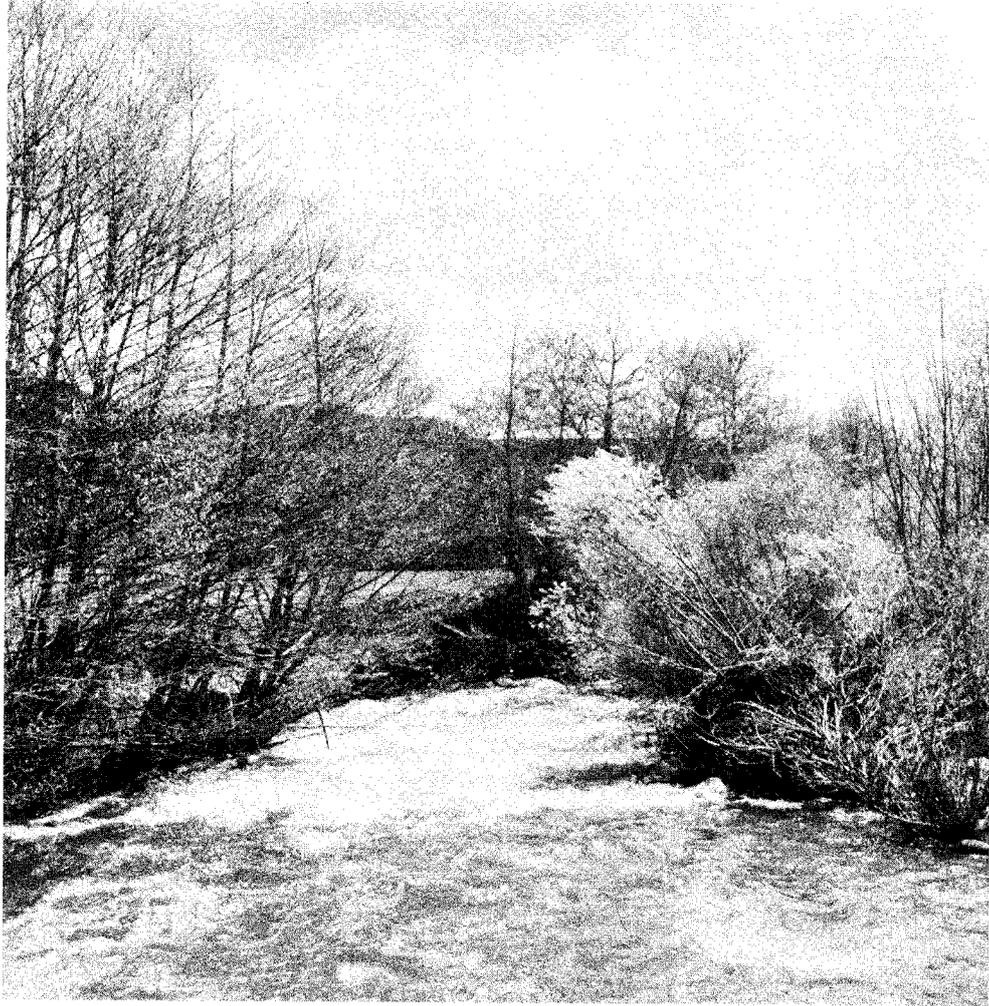
Dentro de poco el Ejército dejará sólo un servicio de guardia permanente, y habrán acabado ochenta y dos años de historia muy diversa.

Pamplona y sus alrededores tienen en el Fuerte de San Cristóbal una ciudadela del aire, con muchas posibilidades de futuro, que habrá que estudiar a su tiempo y con imaginación, sin olvidar la máquina de calcular. El ejemplo del Castillo de Montjuich en Barcelona y de otros Fuertes o Fortalezas en toda Europa, convertidos en museos, salas de arte o/y sitios de esparcimiento... algo puede enseñarnos a los navarros.

Cuando salimos, llega corriendo, echando los bofes, maratoniano de bochorno y tarde de Junio, un respetable ujier del palacio de Navarra.

Artica está repoblándose de casas en serie. Ellos sabrán lo que hacen.

Desde Pamplona, el Fuerte de San Cristóbal se parece de nuevo a ese enorme mastín geológico, paciente y fiel, que guarda a la ciudad desde siempre.



LLUEVE SOBRE EL URROBI

(De Pamplona a Roncesvalles)

Llovizna sobre los tilos de la Avenida de la Baja Navarra. Sobre el «inmenso relicario de cristal» del seminario, que cantó Mugueta. Sobre los últimos chopos chamuscados de otoño que le quedan al Arga en Burlada. Nos distrae de las últimas casas en construcción a la entrada del pueblo, que hacen aún más ciego el conjunto urbanístico.

Sobre el arboloso paseo de Villava, al que la lluvia de noviembre le da hoy un aire romántico y misterioso. Y sobre Huarte embotellado «entre dos aguas», a las que se suma el arroyo de Egüés que las trae de los barrancos de Sagaseta y Elía y al que escoltan unos chopos que van del amarillo brasil al amarillo palma.

Llueve sobre la innumerable plaza ferial de Urroz, donde los porches ya no resguardan del agua a los buenos paños. Y el viento que comienza a enfurecerse bate las ventanas amaineladas y las dovelas de la Casa de Doña Blanca. ¿Qué hacen ahí esos pimientos en carne viva?

El río Erro pasa hoy blanco, de alborotado. Hasta Zuza, ya más calmado, va pidiendo y recibiendo las últimas monedas de oro viejo de los árboles que se despiden. Izaga se entrecubre de nieblas y los quejigos se funden y confunden con ellas.

Cae el aguaviento sobre el torreón fortaleza de Liberry, y sobre el recuerdo sepia de don Pedro Pablo Enríquez de Guzmán y de doña Josefa de Alegría y Peralta. Va por la derecha la sierra de

Gongolaz, rala de pinos y con unos robles tristes. Y allí lejos, la sierra de Leyre es un borrón de brumas.

Hay tanto barro cerca de Ecay –donde encontré las primeras huelgas ferroviarias de Navarra–, por unas obras en la carretera, que parece que llueve barro.

Nadie diría, viéndola de lejos, desdibujada y casi borrada por las nuevas urbanizaciones, que estamos ya cerca de la «buena villa» de Aoiz, donde escampó un día, tras el chaparrón de guerras civiles, la paz general de 1479.

Recorremos lenta, devotamente, el centro histórico de la villa: calle de la Virreina, Plaza del Mercado, calle Nueva, calle de Arriba, mientras la lluvia resuena en los caserones góticos y barrocos, en los castaños y plátanos que cuidan la iglesia de San Miguel y sobre las gloriosas piedras del puente viejo. Pero no borra los chafarrinones de letras rojas y verdes en las paredes. Brilla en los azulejos, en los escudos, en los cipreses del palacio de Argamasilla de la Cerda.

Jarrea inicuaamente sobre las basuras que asedian Aoiz a uno y otro lado de la carretera y el viento las esparce como alimañas venenosas por todas partes. ¿Quién dijo que pasamos hace cinco minutos por Aoiz?

Resistimos el embrujo del Irati, que viene llovido desde la frontera y electrizado desde Olalde, y entre pinos, robles y enebros, remontamos contra corriente, los treinta kilómetros del Urrobi, nombre entrañable de río viejo.

Aguantan bajo el aguacero la torre palomar de Itoiz; las callejuelas de Orbaiz, el tejeroz de sus viejos hornos y los arcos conopiales de sus ventanas. ¿Habrán vuelto esta tarde de lobos, los desaparecidos lobos del escudo palaciano de Ezcaiz?

El encinar comienza a espesarse donde el valle se angosta entre los crestones de la sierra de Labia. Entre el verdeoscuro de las encinas sacan el cuello algunos robles pajizos y otros que van del color meseta al color arcilla. De repente, en dos ocasiones, en la empinada pendiente de la izquierda, estallan en hogueras de luz, como pavos reales campestres, dos hayas descompuestas de otoño.

Vamos cruzándonos con el río que baja al galope, animado por el turbión. Le seguimos a la par, le pasamos por encima, le miramos de reojo, volvemos a cruzarle, a la derecha, a la izquierda. Parece que tiene prisa por llegar al Irati en Itoiz y quedarse un poco más tranquilo.

Ya nadie se acuerda de los fueros que concedió Sancho el Fuerte al Valle de «Arce», campo hoy de soledad, que parece más solo, casi acorralado, en esta tarde lluviosa de noviembre. Pero no olvidemos que ya hace siglos Arce fue un valle de señores pobres que buscaron fortuna en el Sur, y por allí derramaron sus ilustres apellidos.

Cuando llegamos a Nagore amaina el argavieso. Pasa mojándose a cuerpo limpio un anciano, que se nos aparece como un símbolo del pueblo y del valle. Hace tres años visité, también una tarde de lluvia, la esperanza en forma de instalaciones gigantescas, que buscaban aquí cerca, gas natural. La esperanza se desmontó y se fue con la técnica a otra parte.

Una chopera tan alta, lisa y bruñida, que parece que va a estrenar alguna marcha o algún desfile, frente a las peñas de Ukua, nos impide ver bien la iglesia románica de Arce y su deteriorado «palacio vetusto» del que habla Altadill.

Zanduetta ha estrenado por fin letreros que digan lo que ahora es. Algunos jóvenes hacen algo fuera de la casa. En la era, junto al río, relucen las últimas horas de los nogales. Aún recuerdo aquí, en las fincas que circundan la casa, que ahora usufructúa «El Patriarca», a Benito Ilárraz layando. No ha podido tener mejor destino social la noble casa de aquel hombre noble.

Llueve ahora mansamente sobre el escudo natural de las tres torres de Uriz. Sobre el viejo y desaparecido blasón de oro con tres fajas azules onduladas como veros. Sobre un avellano que parece aún agarrarse a su vieja hermosura.

Baja por la carretera una recua de yeguas jóvenes, alazanas y frescachonas, con la cabeza baja y el andar seguro.

Más allá de Urdíroz, la carretera rompe un bosquecillo de robles que ahora me parecen de color salmón dorado cuando no color tez.

Pasan más yeguas. El yegüero, un hombre robusto y bien pertrechado contra el agua que ya no cae, nos dice que bajan a Gurpegui desde Arrieta, que allí pasarán los animales el invierno.

Me sorprenden unas rosas rojas cerca de una casa blanca, junto al río. Me las quitan entre Fellini y Buñuel.

El cielo tiene un color entre blando verde y blando gris ceniciento.

Chispea sobre la piscifactoría de las Ventas y sobre los campanarios pirenaicos de Arrieta y Villanueva, capuchas para la lluvia y la nieve.

Casi de repente, y donde la sierra de Labia alcanza los mil y pico metros, llegamos al reino del haya.

El Urrobi nos lleva, a contrapelo, por un alto y macizo bosque, umbroso también bajo el sirimiri. Los últimos vientos y lluvias han dejado a las ramas vinosas, cárdenas. De color de haya desnuda, como me gusta decir. En los abrigos, aún hay hojas ocre y sienas que caerán pronto sobre el cardumen vinagroso que recubre el suelo.

Orvalla sobre el raso de Burguete donde se juntan los dos brazos del Urrobi tras recoger las aguas del Mendimotz y del Mendixuri. Pasamos, por «el pequeño burgo», por el puebl calle, tan bien rehecho después de incendios y guerras.

¿Qué paseo hay más hermoso que el de Burguete a Roncesvalles? A la izquierda, el cuartel fronterizo que he visitado en las horas duras y en las maduras. Y más adelante, todo un claustro natural con abetos en traje de gala permanente, hayas solemnes, pinos arrogantes, alerces despeluchados, arces rusientes, robles americanos casi episcopales... Y el chapoteo sobre el calabobos de miles y miles de pisadas que nos acompañan en este peregrinaje de belleza y de historia hasta Roncesvalles.

El cielo es ahora gris otoño, y sobre Orzanzurieta hay unos retales de azul calma.

Hay paz y alegría en el Cabildo que acaba de transformarse y multiplicarse. El orvallo parece subrayar esa paz alegre.

Los cuatro sueños que hace cuatro años nos recitaba don Má-

LLUEVE SOBRE EL URROBI

ximo ya se han cumplido: el cabildo, la hospedería, el museo y la escuela agrícola. Ya puede descansar y dedicarse a la cura de almas de la parroquia.

Desde ahora, el Camino europeo de Santiago será más seguro y más atractivo. Así lo asegura Jesús Arraiza, que de eso lo sabe todo.

Y, si Dios quiere, volveremos a Roncesvalles cada noviembre, río Urrobi arriba.

Es difícil encontrar un recorrido más bello.

PREGON DE LAS FIESTAS DE CASTEJON

*D*e orden del señor alcalde.

Amigos castejoneros,
nacidos en Castejón
o venidos de otros pueblos
—que aquí, en fiestas o no fiestas,
nadie es nunca forastero—:

escuchad durante un rato
a este pobre pregonero
que anda corriendo Navarra
entre prosas y entre versos,
que conoce vuestra villa
hace mucho, que ya es viejo,
desde el tren, desde el avión,
desde el cariñoso encuentro
paso a paso, calle a calle;
que pocos hay compañeros
como los de Castejón,
y amigos llamaros quiero:
seguros igual que el puente,
anchos como el río Ebro.
(¿Quién ha visto nunca un río
con un puente tan al pelo?)

....

VICTOR MANUEL ARBELOA

Que bonita está hoy la villa
con sus jardines y tiestos,
chopos, plátanos, acacias,
rosas, dalias, pensamientos.
El Colegio, proyectado;
siempre activo el Tentadero;
terminado San Francisco;
el Ensanche, postinero.
Y atención: dice el Ministro
de la RENFE que el terreno
para el parque en breves días
lo tendrá el Ayuntamiento.

....

De orden del señor alcalde.

Que van a empezar las fiestas
de Castejón de la Barca,
una antigua fortaleza
que defendió a los navarros
de Castilla en la frontera.

Antes fue pueblo romano:
en «La Uada» están sus huellas.
Aquí dejaron cerámicas
y mosaicos y monedas.
El Cid pasó por aquí
cuando Alfaro fue su presa.

Pasaron lentos los siglos,
largas pestes, largas guerras,
con algunas alegrías
y seguro que más penas.
Castejón se fue quedando
en una pequeña aldea.

El tren recreó otro pueblo,
barrio ilustre de Corella,
luego barrio independiente,

PREGON DE LAS FIESTAS DE CASTEJON

por fin villa libre y nueva,
siendo rey Alfonso Trece,
abuelo de quien hoy reina.
Don Francisco Roiz y López
fue elegido a la cabeza
del primer Ayuntamiento
que comenzó la tarea
que sigue Juanjo Paredes...
quien me manda abrir las fiestas
de la Virgen del Amparo,
Patrona castejonera,
que mañana llevaréis
por las calles, como llevan
el retrato de la madre
los hijos que son de veras.

Los cinco días –qué ejemplo!–
que van a durar las juergas
han sido ya precedidos
por muchos actos: conciertos,
patinajes y carreras...
y estas vísperas alegres
que es lo mejor de la fiesta.

Pero el cuerpo está aún entero
y entera está la cartera,
y está en el aire la música.
de los «Aires de Corella».

.....

Habrá encierros y corridas,
que aquí somos gente brava,
y niños, grandes y ancianos
tendrán sus chocolatadas
para chuparse los morros
y hasta lavarse las barbas.
No habrá noche sin bailongo,
no habrá mañana sin diana,
ni tarde sin copa y puro,

VICTOR MANUEL ARBELOA

no habrá calle sin charanga.
Habrá cine, habrá teatro,
competiciones variadas.
Habrá festival taurino
y el empastre, que es la gala
de nuestras plazas de toros
por su variedad y gracia.
Y el claro toro de ronda
y la vaquilla ensogada...

Y otras cosas que el alcalde
en su real pecho guarda.

Quien no pruebe el calderillo
será que no tendrá gana
de verduras y de espárragos,
de costillas y patatas,
y de carne de conejo
con buen vino de Campanas
(Y no digo de Mañeru
porque la rima no canta).

Habrá risas, habrá rosas,
habrá humor, amor y chanzas
habrá canciones y jotas,
habrá alegría y jarana,
y esa hermandad sin afeites
cada día más escasa.

....

Castejoneros amigos,
dice el alcalde en su bando
que hay que poner buena cara
aunque el tiempo sea malo,
y hay que ponerla buenísima
cuando es, como hoy, bueno y sano.
Que os olvidéis de las penas
y de los peores ratos,
amores perdidos, cosas

PREGON DE LAS FIESTAS DE CASTEJON

viejas, espantajos
que van a espantar los músicos,
que es de la Música el Año.

«Olvidad a los políticos
y a los dueños de los bancos»
—nos decía en un pregón
madrileño don Fernando
Fernán Gómez, que de esto
y otras cosas sabe un rato—.
«Olvidad a los Ministros,
sobre todo al de Trabajo».
(Diz que ahora están en crisis:
aquí... ni nos enteramos).
Olvidad letras y créditos
y no penséis en pagarlos
hasta que acaben la fiestas
y ya no quede un ochavo.
Que si entramos en Europa
y ya estamos en la NATO,
¿para qué andar con historias
y para qué preocuparnos?
¡Pero estamos sobre todo
en las Fiestas del Amparo!

. . . .

Niños, jóvenes, maduros,
estudiantes, jubilados,
chóferes y labradores,
peluqueras, ferroviarios,
costureras, concejales,
comerciantes, licenciados,
camareros, alguaciles,
amas de casa, empleados,
trabajadores que estáis
buscando vuestro trabajo,
gentes que no pegáis golpe
y acabáis de levantaros,
guapos, feos —¡hoy no hay feos!—,
verdes, rojos, gordos, flacos...

VICTOR MANUEL ARBELOA

a la fiesta, que el alcalde
abre de la fiesta el saco.
Y que no se quede nadie
triste por falta de cuartos.

....

De orden del señor alcalde.

Mozos, mozas, gentes llanas,
peñas «Paredes» y «Chispas»,
«El Escozor», «Abrelatas»,
«El Cortijo», «Barachorno»,
«Exterminio», «La Tajada»
(No sé si me dejo alguna:
Sé que me dejo «La Farra»!)

a poner alegre el cuerpo
y el corazón sin amarras
y que todo sea vivo,
festivo, sin doble cara.

Que Castejón sea el pueblo
que ha sido siempre en Navarra:
puerto de gentes distintas,
puerta de pueblos de España,
liberal y progresista,
generoso, y en vanguardia
para coger siempre a tiempo
todos los trenes que pasan.

....

De orden del señor alcalde.

que os habla de corazón:
Que el cohete no se tarde,
que está la gente que arde.

¡Viva siempre Castejón!

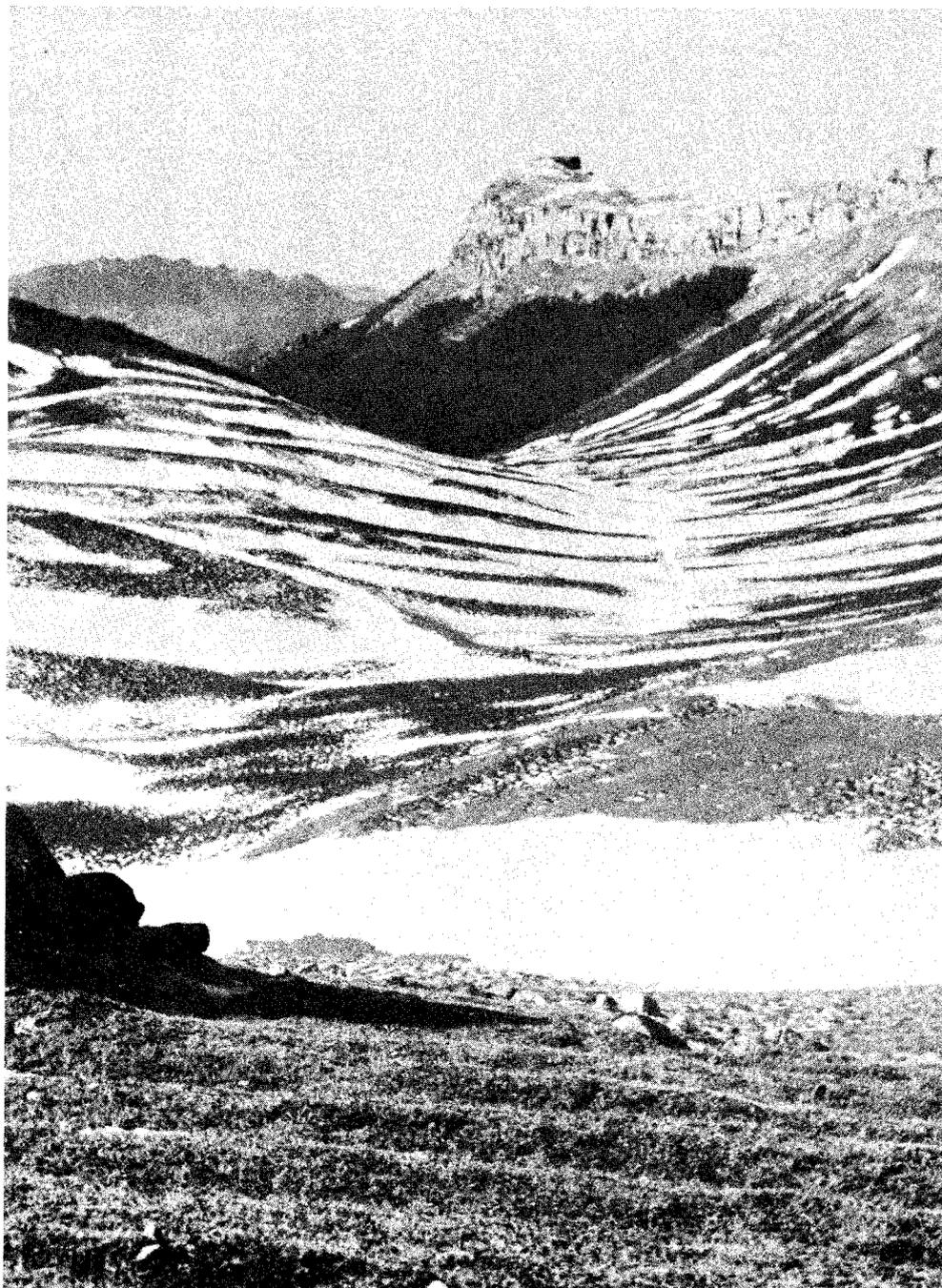
JUNTO A LA SIERRA DE ANDIA

Hace muchos millones de años todo esto fue mar. Mar que durante muchos siglos fue dejando margas, dolomías, calizas, y estas calcarenitas margosas, en gruesos bancos rizados, que arrasaban las corrientes marinas, y a las que no llegan las hayas de la sierra. Unas hayas achaparradas, encogidas, lacias, que ya aparecen, a fines de agosto, verdicobrizas y otoñales.

A lo lejos, entre celofanes de bruma, sigue enhiesto el Moncayo. A la derecha, el paredón de las Peñas de Echavarri. El Montejurra, de azul oscuro. A la izquierda, los montes de Goñi, con la sierra de Sarvil a sus espaldas; Artesa; el peñón de Espáraz, y la hondonada amarilla de Guesalaz y Yerri, entre suaves, calcinadas, colinas. Al final de la garganta, el caserío de Lezaun, un nido largo de vida.

La ermita de la Trinidad —piedra, cemento, cal y lajas—, románico tardío rural, con sus pilastrones y su corpaz echado sobre el alto suelo, se arrebuja de revoques al Norte frente al viento, la lluvia y la nieve. Un Ave María de azulejos, junto a la puerta.

En el cobertizo adjunto, que hace también de atrio, hay un buzón de montañeros, un rincón de fogón a la brava con agujero de chimenea, y muchos letreros al carbón escritos los días de la romería de este año. Ya lo saben ustedes, la familia Ros Lezaun, por ejemplo, estuvo allí, el 9 de mayo. No faltan los «Goras» a ETA militar. La campana, el cabezal y la puerta están pintados de purpurina.



En las pequeñas depresiones, en forma de embudo, que forman las calizas, crecen cardos de flor morada. Saltamos la cerca de lajas, límite entre Iturgoyen y el Comunal de Andía y caminamos hacia Peña Blanca. Algunos espinos, desarrapados, hechos a aguantar todas las inclemencias. En el pastizal de hierba breve pastan vacas pirenaicas, caballos y yeguas de Burguete, de anchas ancas, de crines sueltas y color miel. Dos collalbas grises, o culiblanco, patas negras y pecho rosado, se mueven ágiles sobre las rocas agujereadas, donde quizás tienen el nido.

Andamos por una gran llanura tapizada de tierra descalcificada, con hierba canija, donde, entre algunas pequeñas ortigas, lucen unas flores violáceas, de tallo largo, que aquí llaman «quitameriendas». Impresiona recordar que esto fuera fondo de mar. Un mar parece toda la sierra de Andía, un mar grisáceo y blancuzco, rodeado de una playa de hayas y de donde emerge, a lo lejos, la sierra de Satrústegui, largo navío con la proa de San Donato.

Las vacas y las yeguas dan un concierto permanente de cencerros, con notas graves y agudas, que van del *la* al *la*. Es la música que le va al imponente silencio, geológico, de la tarde agosteña. Cuando se oyen un poco más lejos, parecen campanas. Algo de campanas tienen las esquilas en su forma y en la misma acepción del diccionario; fueron las campanas primitivas de nuestras gentes y aldeas, antes del campanil románico, que ya hablaban de huídas y de retornos, de robos y de muertes, de fiestas y de lutos.

Pastan ahí ovejas y yeguas amigablemente. Más lejos, un rebaño de cabras, y más lejos aún, unos graznidos casi dramáticos.

Cuando bajamos, el sol se escapa por entre los pies de las hayas falderas, jugando, en el silencio del musgo, a la gallina ciega. Seguimos el curso, ahora seco, del Balsaberri o Arlasca y luego del Ogancia, ante las altas mesas de Mugaga y Artesa. Hay un aska nueva, con agua, donde beben unas vacas, por turno, sin alterarse. Un corral de cerdos deja ver, abierto, su naturalidad primitiva y su olor violento y fecundo.

No se echaron este año cerdos al monte, por la peste africana. Y cada día son menos las ovejas y más las cabras. La brucelosis y la tuberculina han reducido a un tercio la cabaña vacuna y los

ganaderos no se animan a comprar vacas nuevas, con subvenciones y todo.

Entre helechos, bojés, zarzales y fresnos, vamos a la ermita de San Adrián, según nos indica el letrado. Pasamos por un pequeño puente, sobre el regato, junto a una pequeña cascada de roca blanca. Hay sobre un raso restos de la competición de aitzkolaris del día de la fiesta, frente a las peñas de Unzarreta. Está la ermita medio hundida en la tierra, con la puerta de madera echada sobre el vano, tenebrosa y semiabandonada. Los de Iturgoyen la quieren restaurar.

San Adrián fue mártir y soldado
de la imperial guardia del emperador
al momento que se hizo cristiano
se contó dichoso con mucha razón.

nos enseña la letrilla de la aurora del santo.

Comemos moras a la entrada del pueblo parándonos ante el paisaje, parado también.

Está el pueblo que parece resbalarse por la pendiente. Lo aseguran fuertes casonas de piedra, con blasones barrocos y rococós, que llevan lobos y jabalíes. Los de Iturgoyen, que llevan el apodo de *alchirukis* (archiduques), se sienten orgullosos, y con razón, de sus remotos orígenes; de sus castillos y monasterios medievales, hoy desaparecidos; de su iglesia gótico-renacentista, con el retablo plateresco-romanista de San Millán y la Trinidad; de sus montes y bosques; de su fuente de Ziliturri. Y sobre todo, de su capacidad de unirse y trabajar juntos, como lo muestran el reciente museo etnográfico popular, que han montado con la participación de todos, y esas fiestas como la torada de San Roque y otras culturales, que reúnen a los de dentro y a los de fuera en torno a sentimientos y voluntades comunes.

Bajan las cabras llenando la calle de alchirrias, y una vaca con su ternero se entretienen en la plaza de San Antón, buen nombre para un pueblo ganadero.

Puedo añadir que las magras y el queso que he comido en casa de Silvano no desmerecen mucho de otras glorias que nos cuenta el folleto «Iturgoyen y su entorno» que acaba de reeditarse hace un mes.

Al salir, otro letrero bien puesto nos dice que estamos ante la ermita románica de Nuestra Señora del Camino, ruda y blanca, entre el verdoyo de los zarzales.

Riezu no es un pueblo ganadero sino cerealista, ni pertenece a Guesalaz, como Iturgoyen, sino al Valle de Yerri. Dicen que estuvo sobre la colina que le entorna, Riezumendi; ahora se expande holgadamente a orillas del Ubagua, que baja entre chope-
rales espesos, en los que buscan refugio unos cuantos campamentos de verano.

A Riezu hemos venido los pueblos de abajo, desde Cirauqui hasta Artajona, en peregrinación de agua. Hoy volvemos a hacer el camino, con polvo de sequía, por el molino viejo de Arguiñano. Están los chicos y chicas, rojos de piel, flexibles de cuerpo, en traje de baño junto a la playa fluvial.

En la presa del molino nos paramos a ver el agua que va hasta la Mancomunidad de Valdizarbe. Es una agua tan limpia, que no se la ve; sólo se ven las piedras y las ramas del suelo. Si la Mancomunidad tuvo que pagar 21 millones de pesetas a los dueños de la piscifactoría, concesionarios del agua, que al menos les baje limpia y segura.

Saltando por encima de las fuentes de San Pedro y de San Juan, que se escapan por el carretil, llegamos al Nacedero, frente al monte Arbizula, entre encinas, carrascas, fresnos y zarzales, de donde toma el agua el pueblo de Riezu y la Comunidad de Santa Cruz. Viene el agua del «nacedero viejo», en el barranco Arbioz, junto al antiguo camino de Riezu a Lezaun.

Está el manantial, que apenas si se sobra, custodiado por ladrillos, hierros, tubos y verjas dobles. Parece un preso peligroso. Tanta es la escasez y el valor del agua y el miedo a que se la lleven o la ensucien. Piedras y losas verduzcas en el fondo.

Hay tiendas de campaña semiescondidas en el paraje y, aunque el alcalde de Riezu puso una puerta a la entrada del camino y prohibió hacer acampadas, quién y cómo impedir que desaprensivos y comodones no hagan de estas aguas «usos múltiples»?

Al volver, bebemos del agua fresca y segura de la fuente de la

Chinchún, que el alcalde quiere llevar al merendero que van a poner junto a la playa. Está la fuente entre tamarindos y mimbres silvestres (*zume*). Vete a saber si de aquí les viene a los de Riezu el apodo de «*zumerikas*».

Riezu es un pueblo de huertas, con nogales en todas partes, y parrales, ciruelos, cerezos, manzanos. Recorro las calles, con casonas y palacios por doquier. En el palacio por antonomasia, el de los Remírez de Ganuza, me enseñan amablemente la hermosa mansión rural: el vestíbulo con la panoplia y los adornos caseros, el patio, la escalera de losas, los cuadros, los cuatro escudos de los ángulos de la claraboya.

Llaman también palacio al barroco caserón blasonado que un día compró don Román Oyarzun, nacido en Olagüe, político e historiador carlista, a quien conocí en Madrid mientras escribía él con entusiasmo la historia de los curas obreros franceses; hoy sus hijos rigen embajadas y bibliotecas. Estuvieron aquí en agosto y ahora sólo están abiertas las rosas y las adelfas del jardín.

El destartalado exterior de la iglesia de la Asunción refleja un poco las transformaciones habidas durante cinco siglos. Queda la portada gótica, muy estropeada, unos cuantos capiteles figurados y vegetales, y dos Crucificados renacentistas.

En la plaza del sol, alta de petunias, juegan unos chicos «a los indios» con un gran mecano. Sobra, qué horror, ese desván nuevo de chapa azul.

De Riezu, por Arizaleta, curva curvando, subimos a Lezaun, Municipio propio, pueblo ganadero y serrano. La famosa «mural china», hecha de tapias y cercas, como la llaman los mismos «*txamarros*», nos aparece pronto a lo largo de las laderas del encinar que precede al pueblo, y ya no dejaremos de verla en toda la tarde. Parece que es la mejor medida para el pasto y el pastoreo del ganado del pueblo.

Lezaun está extendido en horizontal sobre el estribo de An-día. Es un escaparate de casas color teja y color cal, según sea la parte vieja y nueva del poblado.

El pueblo viejo está hecho con piedra sobre piedra y varias

casas están aún así, desnudas, mucho más bellas que compuestas con otros materiales, que hacen a veces irregular el conjunto.

Cerca de la fuente, seca estos días, hay letreros en la pared que piden «menos porras y más porros» y un «Gora ETA». Mientras tomo un apunte, un muchacho, desde la sombra de una entrada posterior, y parando la máquina de su trabajo, grita tres veces el grito fatídico. Sin inmutarme, continúo la vuelta por la villa, de calles bien asfaltadas.

Mientras tanto, mis compañeros hablan con el alcalde sobre los posibles peligros de la contaminación del agua de Riezu desde lo alto de la sierra. En los proyectos del Ayuntamiento está la depuradora de aguas negras, que a todos nos interesa.

Entre la iglesia, a la que defiende una corpulenta torre medieval, y la era, estorba la vista el pequeño frontón, donde juegan unos chicos y que tiene iluminación nocturna. La iglesia está recién restaurada y pudo ver el final aquel cura trabajador, que acaba de morir de un infarto. Muchos más años está viviendo el célebre don Mónico, cura carlista activo, que tanto se movió por aquí en los años de la República. De entonces data tal vez la consagración de las casas al Corazón de Jesús, que está en todas las fachadas.

La nave románica del templo medieval, adosada ahora a la del siglo XVI, es una especie de trastero. El retablo principal del patrono San Pedro es un primer barroco lleno de placas, cogollos y triglifos, mal pintados. Un buen sagrario-expositor de Martín de Morgota.

Aún no han devuelto la Virgen hispano-flamenca de la Candelaria, también del XVI, con su Niño inquieto y la candela en la mano; la robaron y nadie ha sabido más. Ya no se devuelven las cosas robadas por Pascua, tras la confesión anual. En una puerta cercana, una flor de cardo conjura o ensalma.

Hay hermosas casas nobiliarias, sobre todo en la plaza de la iglesia: de los Subizas, los Pérez de Obanos, los Martínez de Morrentin... Los escudos llevan también aquí águilas y lebreles, lobos y jabalíes.

En la casa señorial donde vive el alcalde, que hace años sacó la patata más grande de Navarra, se ven de nuevo lebrél y barras, leones y sirenas. Pero el rincón que más me gusta está en el nor-

VICTOR MANUEL ARBELOA

deste de la villa. Hay allí una casa central, con un escudo, de 1321, en la clave del arco, y otro escudo muy posterior de los Ladrón de Guevara. Hay petunias y geranios en el largo balcón, y tras los ventanales, unos visillos de ganchillo.

Encuentro, mira por donde, junto a la casa de su suegro, que es de aquí, a Txiki Benegas, morenazo de Mediterráneo.

La Trinidad de Iturgoyen, vista desde Lezaun, parece ahora un nido alto, inaccesible.

Por el Aldaya, cercado por todas partes, se escapa la tarde hacia el desahogo del valle de Yerri, al que un día perteneció esta ilustre y alta villa, puerta de la Sierra de Andía.

VIOLENCIA URBANISTICA

Vuelvo de Aranaz, de Sumbilla, de Arraiz. ¡Qué paz urbanística!

En los debates que vamos teniendo en el Consejo de Europa sobre la violencia y el terrorismo, suele haber un capítulo importante que para muchos apenas tiene relieve. Es el de la violencia urbanística.

El urbanismo no es un simple sistema funcional neutro que ordena las relaciones entre el domicilio, el lugar de trabajo, el tiempo libre y la circulación. Es también el soporte de las relaciones sociales positivas y negativas. En el interior de la estructura urbana estamos confrontados, además, al lenguaje-forma de la arquitectura, que influye sobre la vida de los habitantes.

A veces ese lenguaje es violento y violenta todo lo que toca. Desde el Lincoln Centre, de Nueva York, hasta la torre de Montparnasse, de París. Atenas está llena de violencia arquitectónica, y casi todas las ciudades españolas. No hablemos de nuestras costas.

Pamplona, a pesar de lo que se dice, es en muchas partes un mal ejemplo. Basta ir del hotel Tres Reyes al Edificio Singular, o de las casas de Arrieta al frontón Labrit. O basta pasear por el paseo de Sarasate.

¿Para qué hablar de Burlada, Ansoain, Berriozar o Barañain? Estella está ya irreconocible, el viejo y bello núcleo de Tafalla recubierto de fealdad, y es mejor no calificar Tudela. Media Navarra, sobre todo del centro y el sur, está violentada urbanística-

mente. Los piratas del interior nos han robado robadas y robadas de paisaje, y han atropellado el buen gusto por doquier.

Pero el Norte tampoco se libra. Hablé un día de Zudaire. Hace poco en Lesaca algunos nativos lamentaban ciertos chandrios. ¿Y qué decir del desaguisado del frontón cimero de Erro? ¿Y de las nuevas casas que están desoraurenizando Sorauren? Feo en verdad es el nuevo puente de Puente, pero el que han puesto sobre el Perdón es horroroso.

¿Cuándo podremos ver en los órganos correspondientes poetas y pintores que pongan un poco de buen gusto a las decisiones técnicas?

Menos mal que nos viene una nueva sensibilidad. Hace una semana me llamó la comisión de Urbanismo de un ayuntamiento. Todos eran jóvenes. Todos tenían ideas claras y un sentido estético a flor de piel.

Si en todos los municipios hubiese una comisión de trabajo así, aún podríamos salvar la Navarra no destruida.

IZURDIAGA ES UN AUZOLAN

Recuerdo con viveza aquel domingo en que visité, de la mano de aquel gran alcalde José Arraiza, el Valle de Araquil. Entre la sierra de Aralar y las de San Donato y Satrústegui, siguiendo la ruta inconfundible y amena del Araquil, que siguió también, un día lejano, la calzada romana de Astorga y Burdeos.

Pueblos pequeños, pueblos-calle, se asientan en las orillas, a derecha e izquierda. Están bien hechos y bien reconstruidos, con sus casas palacianas, sus labras y sus blasones. Y sus gentes tienen un vivir pluriforme, entre la agricultura, la ganadería y las fábricas de La Burunda e Irurzun.

Entre Concejo y Concejo, hicimos una merecida excepción con la erguida y reciã iglesia románica de Santiago Ichasperri, en los últimos toques de restauración. Un día fue parroquia del desaparecido poblado de Ichasperri, que limitaba con Arbizu, también desolado, y lleva aún adosada la casa de juntas donde celebraba las suyas el Valle de Araquil.

Aizcorbe se nos quedó a oscuras aquella atarde y he vuelto en ésta de mayo, con nieve y niebla en San Donato y en Aralar.

Entre alholvas, ciapes y ciruelos pelochos, hemos subido hasta la iglesia cerrada y cimera. Cerca, un perro grande y tranquilo, rodeado de mendrugos, guarda una bonita y también cerrada casa parroquial de mitades del siglo XVIII. En la falda del Erga, hay aún tres casas habitadas, que a esta hora huelen a leche de vaca.

Desde aquí se ven en los montes cercanos más pinos nuevos

que robles viejos. Los bloques de mármol gris y café con leche de la sierra han resistido, por su dudosa calidad, los recientes intentos de explotación. En los altos de Larragueta y Sollaundi se concentran unas nubes pacientes y lluviosas.

Erroz sigue tan bonito como lo vi hace tres años, tal vez un poco más. Visito el centro social del barrio de abajo, donde antes estuvo la escuela, y el taller de carros, un día con caldera de vapor, que Ruiz de Erenchun, hijo y nieto de carreros, tiene entre la carretera y el río.

El río suena fuerte aquí, debajo de la presa del viejo molino de piedra, que hoy muele con martillos lo poco que le traen para moler los ganaderos de la zona. En los rincones del barrio hay flores y plantas. El puente lleva a Urrizola, donde se refugia el último vascuence del Valle.

El barrio de arriba es uno de los lugares más cuidados de los contornos. Casas hermosas del XVIII y del XIX, como la de «Sastrerena» y las de Goyeneche se mezclan con eras, huertos, nogales, olmos y rosales.

El atrio de la iglesia es un gozo de tiestos, y un pequeño cementerio de lápidas sepulcrales que trajo el párroco, mañoso y forjador de hierro, de ribazos y caminos, se adorna con una Virgen de piedra entre lirios, jacintos y geranios de los prados. Dentro, preside el retablo San Babil, y la Virgen de Mayo tiene a sus pies velas y claveles encendidos.

Ha sido una buena cosa conservar el viejo lavadero pero, por Dios, que le quiten ese color gris.

Y llegamos a Izurdiaga, la antigua Guzairudiaga. Caen algunas gotas sobre un suelo muy llovido.

Izurdiaga es un pueblo dividido por la carretera y por el tren, con un casco viejo, el barrio de la estación, y unas casas nuevas, individuales y en bloque, que se extienden entre ambos.

Los de Izurdiaga vieron pronto que sin un Centro deportivo y social el pueblo podría dividirse aún más. Y se pusieron a la obra. Los sábados y domingos todos están dispuestos a todo. Cuando llego, termina la faena un grupo que hace zanjás. Otros trabajan

en la herrería y en la carpintería. En dos años y medio han levantado el centro que abriga un salón social, cocina, asador, bar, baños, vestuarios y que sirve además de graderío y resguardo frente al campo de fútbol.

Sólo han pagado el material, que es hormigón y madera de iroco. Hasta las planchas de hormigón han hecho a mano, lo mismo que las verjas de las ventanas.

El delegado del Gobierno dio unas pesetas, y lo demás ha venido de los ahorros del Centro actual, propiedad de la parroquia, y de préstamos sin interés hechos por algunos del pueblo y avalados por ellos mismos. El Ayuntamiento, por su parte, corre con el seguro de los que trabajan.

Al alcalde el futuro le quita el sueño. Y sueña, como todos los de Izurdiaga, en que de alguna parte vendrá el dinero que hace falta, aunque sólo sea porque en todo el Valle no hay instalaciones de este tipo y éstas pueden servir para todos.

Más allá irán la piscina y el frontón. Más acá el campo de fútbol ocupará una pequeña pradera junto a la chopera del río —«Chopardi»—. Los chopos impedirán que el balón se vaya al agua.

El sitio es idílico. Un poco más abajo el Araquil se hace anchuroso y brillante. Hoy baja verdibarroso o barriverdoso, de tanta agua que le ha venido encima. En frente se levanta el Gaztelu o La Recua, con restos de castillo en la cima. Relumbra el verde prado de las hayas recientes junto al verde pardo del encinar al que van ganando terreno.

Alguien del pueblo saca a pastar una yegua jocunda y un potrillo juguetón. Un cuervo pasa solemne y alto entre Osquía y las Dos Hermanas.

Se escapa un sol débil sobre el Basalde, donde recientes y equivocadas plantaciones de pinos echaron por la borda hayas, robles y encinas, que ahora vuelven sobre sus fueros y retoñan otra vez.

En el Zapardi sólo crecen, desde siempre, aliagas y encinas, mientras en el monte de Urrizola, junto al cementerio, campean las flores albas de los majuelos entre chaparros y carrascas.

Las bajeras de las viejas escuelas servirán también para los chicos y el resto del edificio será la casa del Concejo.

Dejamos el humedal y vamos al casco viejo, pasando por el puente que abrieron hace poco en la muralla del paso del tren. Junto a la casa donde viven unos gitanos hay revuelo de ropas y carruajes.

Salen la gente de misa y en el Centro, con buen humor y buenos recuerdos, metemos al colete chistorra local y vino extranjero que nos quitan el frío que trajimos desde Aizcorbe y el barrio alto de Erroz. Este pueblo en acción que es Izurdiaga se muestra aquí visiblemente unido por el presente y el futuro. Hoy no hemos visto al cura con la carretilla, pero otro día será.

Volvemos por Irurzun. El doble semáforo rojo que ha sustituido a los guardabarreras de antaño nos hace esperar un buen rato. Pasa un tren y esperamos de nuevo.

Qué feo está el Irurzun que han destruido la especulación y el mal gusto. Aquel pequeño pueblo de ferias y fondas que conocimos! Podían haber venido las fábricas sin que se fuera la belleza del conjunto.

Menos mal que el río Larraun y las Dos Hermanas ponen el contrapunto natural en esta tarde de mayo, asediada por la niebla, la nieve y el frío. La Trinidad está a punto de rendirse al asedio.

LA PROCESION DE FIESTAS DE MAÑERU

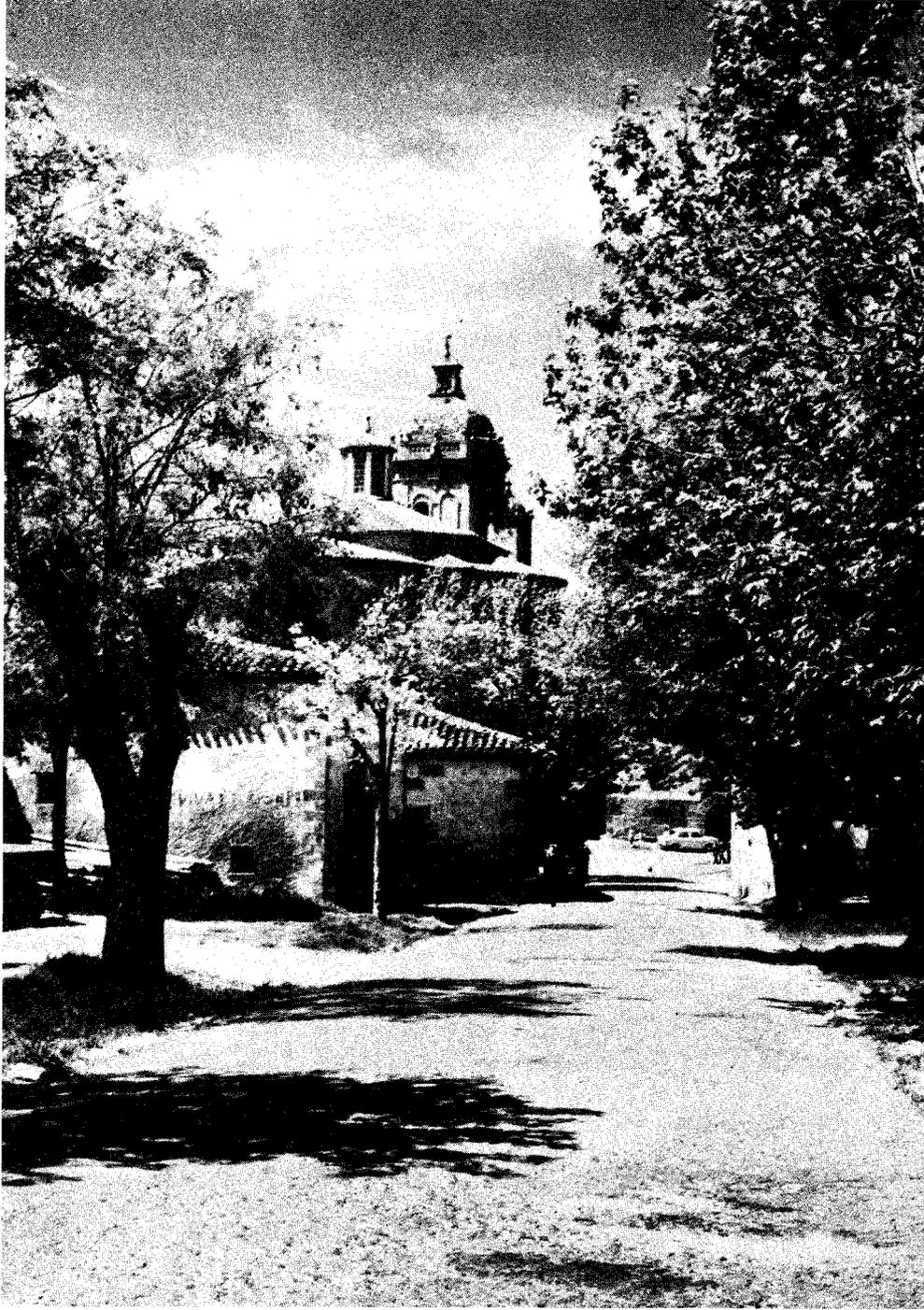
El predicador, que es del pueblo, ha sido breve. Los Coros Musicales Unidos han cantado muy bien durante la Misa, pero no ha sonado el órgano, que es lo único que llena esta inmensa iglesia, y la gente ha cantado poco. Muchos recuerdan aún el concierto de la Coral de Cámara de ayer, aquí mismo.

Salimos al atrio mientras nos saludamos con cariño los de aquí y los que venimos de fuera, y los de fuera entre nosotros. Nos da el sol abierto y todavía poderoso de setiembre. Nos cae un bullicio de campanas graves y blancas desde el campanario barroco, montado sobre la segura torre renacentista.

Abre la procesión la cruz parroquial, neoclásica, de plata parcialmente dorada, que el sol, tan clásico, hace moderna y popular.

La procesión de fiestas es más que proclamar discreta y sinceramente la fe que se profesa o sacar al santo fuera de la iglesia. Es también el pueblo que se recorre a sí mismo, que recuerda a sus muertos, que se contempla, se examina, se festeja, se arraiga, y se afirma hasta el año que viene.

Abren la marcha lenta los chicos, sólo disciplinados por las filas, empujados por la música de la orquestina que ataca la Marcha de la Virgen de Lidón, del Maestro Turrillas. Después, los mozos, menos los que están durmiendo, y los hombres. Tres curas



con el terno decimonónico rosa y oro; lleva el de medio el ostensorio-relicario de plata, envuelto en paño rojo granate. Sigue el Ayuntamiento con los invitados, precedidos por la bandera del Municipio. Continúan las filas de los hombres. Al final, apiñadas en un abigarrado grupo de colores, gracias y cabelleras, las chicas y las mozas del lugar, muchas de fuera, casi todas soleadas en la playas o en las terrazas de casa. Unas pocas mujeres, porque las más se han ido a preparar el cordero y los mariscos. ¡Ay aquellos pollos con patatas fritas que se pegaban a la cazuela!

La música, alegre y brava, suena a fiestas y a procesión, y nos retiembla en el alma. Pasamos junto al Círculo, que un día se tituló Carlista, luego Jaimista, Tradicionalista, y Carlista de nuevo. Ahora no tiene letrero. La carretera coincide con la calle mayor, abierta a los cierzos de Moria, de donde baja, con el agua que sobra del depósito, el regacho, que hace de río del pueblo, con chopos, puentes y el cauce por dragar.

Ahí cerca empieza la aurora, que he oído hoy entre sueños, nostalgias y propósitos de levantarme más temprano. Donde estaba casa Pardo —«más pobre que Pardo»— está hoy el Bar Mendi-belea. El viejo mesón, que hoy es casa Sarri, nos recuerda en piedra que *«de cada palabra ociosa dará el hombre cuenta rigurosa»*. Hay adelfas blancas y rosadas junto a la puerta.

Las campanas, las dos grandes y las dos chiquitas, resisten más que los músicos de la orquestina, que dejan un momento de tocar. Antes más, don Félix el secretario-organista, con el «*liber usualis*» en la mano, cantaba antifonas en latín y contestaban los curas, que, igual, no sabían tanto. Los plátanos de Indias, recios y bajos, que para eso los podaron, aseguran el orden y el límite de la procesión. Los tres paños de sillería del ábside de la ermita medieval de N.S. del Rosario aguantan desde hace años el cuerpo vacío de lo que después fue «Primicia» y más tarde «Cine», como se lee en el muro.

El Rebote, que nunca se llamó frontón, sigue abierto y alto y hay alguna gente en las puertas vecinas. Era una aventura jugar aquí a la pelota: se nos perdía en los tejados y en las huertas, o nos «renegaban» las mujeres cuando se les metía en la cocina. Había cerca una chica muy guapa y a veces jugábamos esperando a ver si la mandaban a algún «recau».

El alcalde habla con el delegado del Gobierno, que ha venido a las once y cuarto con traje oscuro. Llevan medallas doradas al cuello, con el escudo y la efigie del patrono. Las mujeres hablan más porque van más juntas, pero los hombres van en fila india y la orquestina no deja oír casi nada.

Las calles están limpias. No hay un escombros, ni un madero suelto, ni cascos de botella, ni papeles por el suelo. No se mueve una pluma de aire.

Por la calle de la luna, a la que no le da el sol, las casas del siglo XVIII lucen leones, volutas, querubines, serpientes, vasijas, lises, calderos, cruces de Calatrava y, cómo no, lunas ranversadas y taqueadas. Todo de piedra.

Antonio, jubilado ya y que vive en Pamplona, va recordando la banda, donde él tocaba el clarinete, dirigida por el tío Luis, «el músico mayor», que venía de segar y le daba con el violín a Beethoven y a Mozart.

La gente va aprendiendo casi la Marcha de la Virgen de Lido.

Las higueras adornan el puente de entrada al Rellano, donde la estampa del viejo Mangana se nos aparece a los que tenemos más de cuarenta años: se parecía a Pi y Margall y al último gobernador de Filipinas.

En la calle de la Esperanza estaban las tías Cruz y Carmen en las ventanas; discretamente asomadas; ahora hay una jaula con un canario en casa de la primera, que era el horno. En casa de los abuelos siguen las tres cruces de hierro, de la duodécima estación.

Con la música y las campanas, la plaza de los Fueros se hace aún más solemne de lo que está, con los ciruelos japoneses, las casas con escudos y el balcón del Ayuntamiento con macetas y las tres banderas, que hoy no se mueven. En el escudo del pueblo que preside la plaza, donde unos ven un lobo o un jabalí, otros sólo ven el zorro de Aitzpea, la única caza mayor que nos queda.

No se oye bien lo que hablan el alcalde y el delegado del Gobierno, pero debe de ser de subvenciones por los gestos que

hacen. El primero lleva pañuelico de fiestas y al segundo se les ha olvidado ponérselo, pero así parece más autoridad.

Enfilamos la calle del sol, que ayer vimos a la luz de la luna. En ese patio de casa «el Palaciano» rodaron dos secuencias de la película «Tasio».

Hay unas mujeres cotorreando en el balcón de Portillo. Los árboles ocultan casi las antiguas eras y la antigua casa de la maestra. Están puestas la vallas para las vacas de la tarde y hay carros que hacen de graderío alrededor.

Sale a la terraza la alcaldesa con el chico pequeño. Junto a la Bodega Cooperativa esperan a que pase la procesión los que han ido con los garraones «a por el vino de las fiestas», que suele ser tan bueno como el del premio, porque premio hay todos los años.

Desde el balcón de casa Gazpio —geranios y piedra limpia— nos sacan unas fotos. Ya no está la Elvira en su casa-palacio de la calle Santa Bárbara, para hacerle una seña. Al fondo, sobre el monte, la ermita del mismo nombre, célebre durante la tercera guerra carlista.

Algunos concejales van de mozos sanfermineros, pero el secretario, que acaba de ganar la plaza en firme, viste de domingo grande.

La fuente neoclásica, que fue el reñidero y el encontradero de este pueblo seco y sediento hasta hace poco, baja con dos chorros como dos glorias, y está cercada de barandilla, que parece un monumento. Lo es. Un sauce servil y bello le corteja y corre el agua del Ubagua por las askas limpias, ahora que ya no hay machos ni mulas apenas.

Nos acercamos a la iglesia. Un olmo centenario, bajo el que se sentaban antes los «intelectuales» del pueblo mirando pasar las «estrellas» ondea seguro y festivo. Todavía no se ha puesto malo. Las campanas dominan ya el espacio sin rival.

En esa casa grande, blanca y severa, casa de Seminario, hubo un cónsul, un vicario general, y un alcalde que yo conocí.

Por las nueve escaleras llegamos al atrio, que es la plaza, el

ágora y el foro de la vida cotidiana durante el año, fuera de los días de las fiestas. Antes era también el polideportivo de la pelota, el marro, «los tres navíos», las chapas, las canicas, la comba, el corro y los primeros naipes. Cuando sudábamos, bebíamos del aguabenditera de la iglesia: nunca nos contaminamos.

Sobre la portada, un San Pedro de piedra, revestido de pontifical del siglo XVI, nos levanta el dedo del saludo, y yo creo que también el del aprobado. Hace ya calor. Los mirones, que no han ido a la procesión, están bajo la sombra de los plátanos, que sustituyeron a las acacias, porque las raíces de éstas reventaban el paredón.

Entramos a besar el «lignum crucis», la reliquia que ha ido en procesión, que las fiestas son en honor de las Santas Reliquias.

Callan ahora las campanas, esas campanas que llevamos dentro por donde quiera que vayamos porque resuenan momentos trascendentes de nuestra vida, y son ya vida propia.

Vamos a tomar el apertivio al bar de la juventud. Nos siguen los músicos, que ya no tocan la Marcha de la Virgen de Lidón sino un pasacalles festivo.

INDICE

Prólogo	7
Leyre	11
A Leyre	15
Olite encantado e historiado	17
En Larrún entre Francia y España	21
De romería en Sorlada	27
¿Qué va a pasar?	33
El cohete de San Fermín	37
La fiesta de un pueblo	39
Procesión de San Fermín	43
La tarde en que no fui a la corrida	45
Toro negro, rojo, azul, naranja	49
Sanfermines de sangre	51
Por la Navarra despoblada	53
El retablo de Aralar, a su sitio	59
Entre Aralar y Zamarce	63
Tarde de calor en Beire y Pitillas	67
De Pamplona a Petilla	73
Abril en Sarría	79
Urdax y Zugarramurdi, pueblos de Frontera	81
De las palmas a las lanzas	89
Viernes Santo en Corella	95
Por los alrededores de Pamplona	97

Una tarde de sábado por la Sierra de Codés	103
Tulebras de ayer a mañana	107
En el Valle de Olo	111
La fiesta de Eulate	117
En el Valle de Lerín	121
Por el puente Otazu	127
Por las orillas del Alhama	129
Apunte en Catalain	135
El vino nunca miente	139
Comenzar por el Roncal	141
Hacia Javier	143
Nieve en la Ciudadela	149
Febrero en la Ciudadela	151
Fiestas en los pueblos	153
Cuando Cascante es Europa	155
Pasar Velate que mañana será tarde	161
Desde Ujué	163
Valcarlos, el Pueblo-Valle	165
Desde San Cristóbal	169
Llueve sobre el Urrobi	173
Pregón de las fiestas de Castejón	179
Junto a la Sierra de Andía	185
Violencia urbanística	193
Izurdiaga es un auzolán	195
La procesión de fiestas de Mañeru	199

